



*La  
estrella  
ardiente*

Rompamos la línea que separa tu  
honor de mi deseo

Iris Vermeil

# **LA ESTRELLA ARDIENTE**

©Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción creada únicamente por el autor. Cualquier parecido con otras personas, así como, lugares y situaciones son pura coincidencia.

Título: La estrella ardiente.

Copyright © 2018 – Iris Vermeil

Primera edición, agosto 2018.

Dedicado a todas las personas que han tenido el valor de salir de  
situaciones difíciles y aún así jamás perdieron su esencia.  
*La libertad es aquello que gané cuando empecé a confiar en mí misma.*  
Iris Vermeil.

## *Capítulo 1*

*1932*

*Berlín, Alemania.*

Sonó el reloj de mi cuarto cuando ya tocaban las ocho en punto.

—Mmm...—estiré los brazos desperezándome.

Hice un bostezo tapándome la boca con la mano, había dormido de un tirón y me levanté muy descansada. Busqué a mi hermana en la habitación de al lado, ella solía madrugar mucho más que yo, por lo que vi su cama ya hecha.

—Padre ¿está en casa? —alcé la voz sin respuesta.

Deseosa de un rápido baño recogí el cabello para no mojarlo con una pinza, cogí un par de ollas y las llené hasta arriba de agua. No iba a perder el tiempo en atemperarla al fuego así que, las vacié en el gran barreño. Me dio un escalofrío al notar el agua deslizarse sobre mi piel desnuda, estaba helada y tuve que aguantarme la frigidez, al menos iría a trabajar más despierta. Sin embargo, hacía tanto calor en casa que lo agradecía. Aún con la toalla puesta sobre mi cuerpo, me dirigí al armario de mi recámara y escogí uno de mis vestidos preferidos. Era muy fresco, de manga corta y un pequeño escote en pico, en tono azul oscuro con estampado lleno de flores en colores rosáceos y blancos que lo hacía la mar de jovial.

Una vez me hube vestido, me senté en la silla del tocador.

—Vamos a ver qué hacemos con este pelo... —murmuré pasando el cepillo por mi cabellera azabache frente al espejo.

Mi hermana siempre me decía;

*Tienes el cabello demasiado largo, vas a enloquecer a los hombres.*

En mi opinión, tampoco era tan largo, lo llevaba justo por encima del pecho y me hacía una caída muy bonita dibujándome unas ondas que me recordaban a las de una sirena. Sinceramente, si los caballeros posaban sus ojos en mí no me desagradaba pero eso a ella no podía decírselo con tanto descaro, era de lo más recatada. Deslicé el labial rosa por los labios carnosos que hacía juego con las mejillas coloreadas por el suave rubor natural, resaltaba el tono marrón de mis ojos almendrados delineando una negra línea infinita, enmarcando de esta forma la intensidad de mis pestañas. En la parte derecha de la barbilla tenía un pequeño lunar de color beige, parecía darme un toque muy sensual y femenino.

*Mira que eres presumida, Iris Goldstein.*

Sonreí ante mi reflejo rociando unas gotas de perfume en el cuello y en las muñecas, el olor a jazmín abría mis sentidos dejándome una sensación de bienestar.

Cuando ya me adecenté bajé las escaleras de madera que comunicaban el piso superior es decir, mi casa, hasta nuestra cafetería.

Como todas las mañanas ayudaba a mi hermana Esther y a mi padre Ben allí. El aroma del café recién hecho me cautivaba, debía estar todo listo para que los primeros clientes salieran satisfechos a empezar su jornada con energía y buena actitud. Éramos muy conocidos entre el vecindario, elaborábamos todo tipo de pasteles, panes, galletas, batidos, tés...

Los que más disfrutaban eran los niños, a menudo venían en grupo y se quedaban merendando junto a sus madres. No era un local muy grande, pero aún así Esther y yo lo manteníamos muy bien ordenado, le guardábamos un gran aprecio pues había pertenecido con anterioridad a nuestros abuelos. Las mesas situadas en paralelo en varias filas, eran de madera de pino. En el centro de ésta, yacía un pequeño jarrón transparente con flores de paniculata y lavanda, mis favoritas. Las sillas, estaban hechas del mismo material, sólo que acolchadas para hacerlas algo más cómodas. Papá, había pintado hacía poco las paredes de un gris perla que daba mucha luz. Teníamos una pequeña barra rústica donde los señores se sentaban largos ratos a leer el periódico mientras fumaban, un mostrador para exhibir los dulces del día y las barras de pan. A la izquierda, se encontraba la diminuta cocina y pasando una puerta ibas a parar al almacén que nos servía para mantener el género en buen estado y en orden. Por último, al fondo de todo; la trastienda. Al aire libre, daba a las casas de algunos vecinos.

## *Capítulo 2*

Era más temprano de lo habitual, decidí barrer la puerta antes de que empezara a venir la clientela. Era verano, en concreto julio, al salir sentí el aire seco de la mañana en mi rostro y los primeros rayos de sol me cegaban. Vivíamos en un barrio muy tranquilo, con aceras amplias, por allí pasaban pocos autos. Había bastantes negocios y un ambiente animado, la gente era humilde pero muy trabajadora.

—Buenos días Iris, tan madrugadora como siempre —saludó Mark limpiando los cristales de la floristería de su familia, que estaba enfrente de nuestro local.

Preparaba él mismo, varios tipos de ramos para que los muchachos se los regalaran a las señoritas en sus citas. Sus flores eran tan vivas y frescas que parecían recién cortadas de un campo silvestre. Las arreglaba por colores en la entrada donde llamaban mucho la atención.

—Buenos días, ya sabes que lo soy ¿no crees que hoy hace un día magnífico? —sonreí—. Qué hermosas flores tienes siempre, que alegría dan a este barrio —dije acercándome a unas rosas para olerlas—, mmm y ¡qué bien huelen!

—Qué amable, pero no son tan bonitas como tú, permíteme —me alabó mientras me pasaba el pequeño tallo de un clavel rojo tras mi oreja.

Bajé la mirada vergonzosa. *Mira que es zalamero*, pensé risueña.

Me gustaba que Mark me halagase, era un embelesador nato. Me sentía muy cómoda con él porque podía hablar de cualquier cosa, era muy extrovertido. Nadie en su sano juicio podía decir que no era atractivo, pues tenía la virtud de tener los ojos en tonos grisáceos y un cabello lacio de rubio intenso. No sé si por el hecho de haber crecido juntos, ya que éramos de la misma edad, yo lo veía como un hermano. Él no despertaba en mí eso que parecía despertar a la mayoría de chicas del barrio. Nunca le había visto como algo más que un buen amigo. Desde hace unos meses vivía solo, en el piso de arriba de su local, su familia se había trasladado a las fueras de Berlín por la enfermedad de su hermana menor, tenía asma y le suponía mucho esfuerzo vivir en la ciudad. Así que, el doctor le recomendó una vida más pacífica en la costa. Mark decidió quedarse, su vida estaba aquí y se apañaba muy bien, era un muchacho independiente.

—¡Iris! ¡Iris!

Miré a lo lejos con los ojos entrecerrados. Era Alina.

—No te lo vas a creer, es Erika, ella... bueno... —titubeó fatigada de

subir cuesta arriba.

Alina era mi mejor amiga, tan solo un año menor que yo, su familia era judía como la mía y teníamos mucha amistad. Las dos éramos muy parecidas, yo tenía más carácter y ella era más alocada, nos complementábamos muy bien.

Nos contábamos absolutamente todo; nuestras inseguridades, nuestros miedos, todos nuestros sueños, las cosas que ansiábamos lograr algún día... ¡Sentíamos qué éramos hermanas! Era hija única, vivía junto a sus padres al principio de la calle, ya tocando con la bocacalle para dirigirte a la plaza principal donde se encontraba el mercado. Mark y yo vivíamos mucho más arriba y la pobre siempre subía agotada de la pronunciada cuesta. Ellos se dedicaban a la artesanía, hacían cubiertos de madera, cestas de mimbre, vajillas de cerámica, también bisutería con materiales reciclados... Alina había heredado la maestría de su padre y les echaba una mano siempre que podía.

Miró hacia el clavel rojo, después a Mark y a mí.

—Disculpad, no os quería interrumpir —se apresuró a decir, secándose el sudor de la frente con un pañuelo.

—No interrumpes, tranquila —aclaré, quitándole importancia.

—Creo que ha entrado una señora voy a atenderla, hasta luego chicas que paséis un buen día —se despidió algo agitado, volviendo hacia la tienda.

—Vaya...vaya... ¿así que Mark sigue cortejándote? —preguntó cruzándose de brazos—. Este chico te conviene, siempre le has gustado.

—Ya sabes lo que pienso al respecto, somos buenos amigos, nada más —repliqué a la vez que acababa de barrer el portal.

—Muchos matrimonios han empezado así, quizá con el tiempo puedas llegar a amarlo, piénsalo.

—No, yo no creo en el compromiso sin amor... cambiando de tema, dime de una vez ¿Qué ocurre? —cuestioné con preocupación—. ¿Por qué vienes tan alterada?

—He recibido una carta de Erika, toma, léela. Te va a sorprender —advirtió, entregándome el sobre.

### Capítulo 3

25 de Junio de 1932

*Queridas,*

*Os escribo esta carta con antelación ya que no sé cuando la recibiréis. Sé que os dije que mi viaje iba a ser de varios meses pero en este caso debemos regresar antes de tiempo. Papá ha recibido noticias que debe intervenir lo antes posible a uno de sus pacientes. Ya sabéis cómo se toma su trabajo. Me entristece marcharme de París es todo tan espléndido, no sabéis cómo son las vistas desde la Tour Eiffel y pasear por Les Champs Elyseés al atardecer... tengo tanto que contaros... lo mejor de todo es que he conocido a alguien encantador, creo que me estoy enamorando de él... Chicas, ¡qué ganas tengo de veros! Mamá organizará mi fiesta de cumpleaños cuando regresemos a casa y no hace falta deciros que estáis invitadas.*

*Con cariño, Erika*

—Qué sacrificado es el trabajo de un médico, seguro que Erika se ha tomado muy mal esta noticia, con lo ilusionada que se fue a Paris... —me apené.

—¿Has leído más abajo? —señaló—. ¡Qué suerte que haya conocido a alguien! Nuestra Erika, ¡con lo exigente que es! Tiene que ser un hombre muy atractivo y con mucho dinero.

—Tienes razón, aunque me preocupa más que vayamos a su fiesta, ella está acostumbrada a relacionarse con otro tipo de gente, algo soberbia... no sé si debamos ir —vacilé regresándole aquella misiva—, nos harán sentir inferiores.

—No lo harán, es nuestra amiga, nos quiere por cómo somos y su familia también —comentó—. Va Iris... di que sí... hazlo por ella, piensa que estará contenta de vernos y contarnos todas las experiencias del viaje.

—Está bien, está bien —cedí, poniendo los ojos en blanco—. Tenía un don para convencerme.

—¡Gracias! ¡Gracias! —saltó a mis brazos ilusionada.

Del sobresalto tiré toda la basura que había amontonado del suelo.

—¡Alina! Ahora tendré que volver a empezar —exclamé muerta de la risa.

—Perdóname, deja que te ayude.

—Por cierto, ¿has desayunado? —pregunté, mientras recogíamos todo el desastre.

—Uf no —respondió—, con las prisas por enseñarte la carta ni me he acordado.

—Pues entra y sirve dos cafés cargados con cuernitos de nuez. Están recién hechos —puntualicé guiñándole un ojo—. Yo tampoco lo he hecho, estoy hambrienta.

\*\*\*

Al acabar de arreglar el estropicio entré a la cafetería donde me esperaba mi amiga con el desayuno tal y como le había mencionado.

—¿Qué te parece si vamos a la tienda de doña Ana? —propuse sorbiendo el café—. Si vamos a asistir a esa fiesta necesitaremos estar decentes ¿no crees?

Vi que le cambió la expresión de la cara, sus ojitos marrones estaban brillantes y su sonrisa era tan expresiva.

—Eso quiere decir... ¡vestidos nuevos! —exclamó maravillada—. ¡Qué buena idea! ¡Hoy es el mejor día de mi vida!

Reí. A mí me encantaba arreglarme y ser coqueta pero en eso Alina me ganaba.

Más tarde, ya con el estómago lleno nos dirigimos a la plaza donde doña Ana tenía una pequeña tienda de telas y mercería. Los estrechos callejones mantenían un frescor que se agradecía en las épocas de calor. A los niños les gustaba jugar a esconderse. El suelo era algo irregular hecho de adoquines de granito. Ese día había mercadillo y la plaza se ponía a rebosar, las mujeres aprovechaban y compraban algún capricho para agradar a sus maridos. Muchos puestos ocupaban el lugar, con poco espacio entre ellos y rodeando la gran fuente que había allí en medio donde las palomas picoteaban en el suelo y

se refrescaban en el agua. La mayoría de los mercaderes eran de etnia gitana, unos se dedicaban a vender todo tipo de objetos para la decoración del hogar y textiles, otros tenían su propia huerta, traían hortalizas y fruta fresca. Solían haber varios artesanos que fabricaban joyas únicas, así como maestros queseros y granjeros.

—Mira que pendientes tan bonitos —señaló.

—Son preciosos, te favorecerían muchísimo y parecen auténticos.

—Justo lo que necesito, espero que cuando volvamos no los haya comprado nadie.

Durante el paseo hablábamos de cómo serían nuestros vestidos y las ganas que teníamos de volver a ver a nuestra amiga Erika, nos encantaría visitar algún día todos esos países a los que ella viajaba.

—¡Señoritas, los bombones al sol se derriten! —vocearon y nos silbaron un grupo de muchachos al pasar delante de ellos.

Nos echamos a reír ante ese piropo y seguimos a lo nuestro. Alina tenía el cabello por la clavícula también ondulado pero su tonalidad era más castaña, tenía las facciones más dulces, lo contrario a las mías. En su pequeña nariz reposaban varias pequitas que la hacían más aniñada.

Pasadas las diez de la mañana, llegamos a nuestro destino.

—Buenos días, doña Ana —saludé entrando por la puerta.

Me llegó el olor a madera tan peculiar que hacía su local evocando recuerdos de mi infancia, cuando a menudo acompañaba a mi madre o a mi abuela.

—Buenos días, corazones ¿a dónde vais tan guapas de buena mañana? —preguntó risueña mirándonos por encima de sus pequeñas gafas.

—A por unas telas, las más bonitas que tenga y que estén bien de precio claro... —respondió Alina, tan sincera como siempre.

Le di un codazo disimuladamente.

—¿Habéis pensado en algo en concreto? —dijo saliendo de su pequeño mostrador.

—Queremos hacernos unos vestidos, vamos a asistir a una fiesta con gente de buena posición, ya sabe... —expliqué.

Doña Ana era una señora mayor muy cariñosa, fue amiga de mi abuela desde hacía años, yo le tenía mucho aprecio. A menudo la acompañábamos a la sinagoga ya que enviudó y sus hijos vivían a las afueras de Berlín. Nos gustaba hacerle compañía y que nos contara las cosas que hacía cuando tenía nuestra edad. Siempre le comprábamos a ella porque sus telas eran de gran calidad, las tenía situadas a la vista en amplios armarios y vitrinas de cristal, clasificadas por colores y tejidos. Con frecuencia, explicaba que de joven se dedicó a hacer vestidos de novia a las muchachas de buena familia. Ahora pasaba las tardes dando clases de corte y confección a las jovencitas. ¡Qué paciente era!

—Lo que queremos es resaltar, parecer que somos de su misma clase social.

—Desprender glamur y que los muchachos nos miren embobados —agregó mi amiga sacándome una sonrisa.

—Mmm dejadme pensar corazones... ¡sí!, creo que tengo lo que buscáis.

Empezó a sacar telas y telas. Nos apuntó todos los pasos que debíamos seguir, centímetro a centímetro, todo lo que debíamos cortar y lo que no. Nos midió de arriba abajo. Yo sabía coser porque mi abuela me enseñó desde pequeña y me podía defender pero Alina tenía cara de estar haciéndose un lío con tanta explicación.

—Os lo dejo aquí todo bien apuntado, si os perdéis puedo ayudaros sin ningún problema. ¿Entendido?

Las dos asentimos.

—Gracias doña Ana, si tenemos alguna duda le consultaremos —me despedí saliendo por la puerta.

—Esto es muy difícil Iris, no he entendido casi nada —dijo con

preocupación—. Suerte que nos ha hecho un buen precio porque como queden cuatro trapos mal cosidos me da un síncope.

—Le pediré a mi hermana que nos eche una mano —propuse—, así los tendremos acabados a tiempo. ¿Regresamos ya a casa?

—Espera, antes quiero comprar esos pendientes que vimos en el mercadillo.

## *Capítulo 4*

Quedé con Alina en que vendría a cenar esa noche, para poder empezar a confeccionar los vestidos. Cuando entré a casa, papá estaba fumando y escuchando la radio sentado en la vieja butaca del abuelo, situada al lado de la ventana. Él no se percató de que había llegado, así que, aproveché para esconder las bolsas debajo de mi cama. Era una casa pequeña pero muy acogedora. Constaba de tres habitaciones, la mía es la que daba más luz en diferencia a las otras, pero eso era un inconveniente en esta época porque parecía un horno. El comedor, era lo más espacioso de toda la vivienda, con un pequeño mueble aferrado en la pared donde guardábamos las copas de cristal y objetos de valor sentimental. Al lado había una repisa, teníamos varias fotos de la familia expuestas, la mesa donde comíamos estaba en una esquina decorada con un tapete y un jarrón lleno rosas de la misma tonalidad de la flor.

Justo cuando salía por la puerta oí de pasada lo que comentaban en la radio.

—El Partido Nacionalsocialista ha obtenido la mayoría de escaños en el Parlamento —narró el locutor.

No me sorprendieron los resultados, era obvio después de una campaña tan efectiva. Había oído rumores que ese partido no demostraba demasiada tolerancia hacia la etnia judía y eso me generaba cierta preocupación.

Bajé las estrechas escaleras hacia la cafetería y me dirigí a la cocina.

—¡Hola, hermana! —exclamé abrazándola por detrás—. ¡Qué olor tan rica!

—¡Que susto me has dado! ya tardabas —dijo preparando *baclava*, un pastel típico judío elaborado con pasta de nueces trituradas y con una masa muy fina cubierta de almíbar.

—No vas a creer las telas tan bonitas que hemos comprado ¿nos ayudarás a confeccionarlos? —le supliqué, enseñándole los bocetos que doña Ana nos había dibujado.

—Ya me ha comentado Alina que Erika va a celebrar su fiesta de cumpleaños. ¿Estáis seguras de que queréis, ir?

—Al principio no lo estaba —reconocí—, pero ahora me apetece mucho.

—Está bien, si lo tenéis claro yo os ayudo pero tendrá que ser al acabar la jornada.

—Alina y yo podemos turnarnos —propuse.

—De eso nada —negó tajante—, últimamente hay mucha faena, vosotras no estáis acostumbradas a trabajar tanto, yo prefiero que estudies en la biblioteca.

A ambas nos había gustado pasar el rato en la biblioteca, ella le encantaba leer libros de anatomía y ciencias naturales. En cambio, a mi me fascinaba la historia y el arte. Debido a que Esther era la mayor, en concreto cinco años, llegó un momento en que papá la necesitaba para trabajar y no tenía tiempo de acompañarme. Nuestro padre no nos lo permitía, decía aquello de que *una señorita debe ocuparse de su hogar y no malgastar el tiempo leyendo*. Pero yo hacía oídos sordos, tenía que esconder los libros muy bien para que no me cazara. Recuerdo una vez que me cogió por sorpresa explicándole a mi hermana cómo los españoles llegaron a América y me dejó sin cenar cuatro días seguidos.

—¿Puedes ir a comprar estas cosas al mercado? —sugirió dándome la lista de la compra—. Yo no podré ir, tengo que acabar de hacer unos cuantos pasteles más que me han encargado.

*Membrillo para compota*

*Lentejas*

*Racimos de uvas*

*Pavo fileteado*

*Miel de romero*

## *Arenques frescos*

—Descuida yo me ocupo, iré después de comer.

—Aquí tienes el dinero, gracias Iris.

—No me des las gracias, tú me ayudas a coser y yo a hacer la compra —  
reímos juntas.

—Un día por ti y otro día por mí —dijimos al unísono.

Subí a casa. Papá seguía en la butaca con la radio encendida.

—Padre ¿le sirvo la comida?

—¿Dónde has estado toda la mañana?! —gruñó poniéndose en pie—. No me gusta que mi hija se pasee por todo el barrio de aquí para allá como una cualquiera.

—No he hecho nada indecente, he ido al mercadillo con Alina —expliqué de manera pacífica.

No se me ocurría decirle que había ido a comprar telas para asistir a una fiesta, aunque fuera a casa de Erika si se enterara capaz era de castigarme sin ir. Era un hombre muy tradicional y creyente, hiciera sol, lloviera o nevara jamás se quitaba su *kipá*. Tenía una barba espesa negra y a la vez canosa, de talla recia y no muy alto.

—¡Cierra la boca! —gritó—. A tu edad tu madre y yo ya estábamos comprometidos, no voy a estar toda la vida dándote de comer. ¡Búscate a un muchacho que te mantenga! Como Mark, por ejemplo.

—Pero si apenas tengo veinte años —repliqué—, soy muy joven para compromisos, además no necesito que nadie me mantenga tengo estas dos manos para trabajar y cuidarme yo sola —voceé.

Papá se acercó a mi furioso y me dio una bofetada que me calló de golpe.

—¡Comerás en la trastienda por insolente! —vociferó agarrándome fuertemente del brazo—, no pienso compartir mesa contigo.

Bajé la cabeza, di media vuelta y fui hasta la cocina. Desde allí oí a papá

que había tirado algún objeto contra el suelo. Me la jugaba cada vez que le contestaba así pero no podía dejar que hiciera con mi vida lo que le diera en gana, esa presión en que me casara me enervaba. Como si nada hubiera pasado, puse el mantel encima de la mesa del comedor, los cubiertos y la vajilla para él sólo. Mientras lo hacía ni me miraba, estaba con la cabeza hacia un lado de manera orgullosa y la barbilla alta. De ese modo, se le veía la nariz mucho más pronunciada. Le serví el vino y el pescado relleno que hice la víspera del día anterior, cogí la porción que quedaba y me fui a comer a la trastienda con *Tom, Lisa y Miah*.

## Capítulo 5

Se me había cerrado el estómago después de la discusión, les di parte de mi comida a ellos, a los gatos callejeros que acogí tiempo atrás. *Tom*, un felino color naranja de ojos amarillos era el menos sociable y el más dominante. Lo encontré justo en la tienda de Mark un día de tormenta, el pobre estaba sucio, lleno de pulgas y desnutrido. Poco a poco me fui ganando su confianza, luego vinieron *Lisa y Miah* dos gatitas pequeñas que las encontró mal heridas Alina en un cubo de basura, cuidamos de ellas hasta que se recuperaron. ¿Cómo podían tirar a la basura a dos seres tan indefensos? Creíamos que eran hermanas ya que las dos eran atigradas con ojos verdes y del mismo tamaño. Les puse agua fresca cerca de la caseta que hizo el padre de mi amiga para ellos poder resguardarse del frío y les dábamos parte de nuestra comida. Me encantaba verlos comer y felices. *Miah* siempre se restregaba en mis piernas cuando acababa de comer, yo me lo tomaba como una muestra de gratitud.

Después de comer, con todo lo que había andado esa mañana me dolían los pies, los remojé en un barreño con agua caliente y sal. Estaba muy emocionada por la fiesta que iba a dar Erika, nunca había asistido a una en su casa y, tal y como era ella me imaginaba que iba a ser fabulosa. Mi madre Sarah, fue sirvienta de la familia Müller toda su vida, se dedicaba a limpiar, a cocinar y cuidó los primeros años de vida de Erika. Me acuerdo que a menudo me llevaba a su casa para que jugáramos juntas, siempre habíamos sido grandes amigas aunque fuéramos de distinta posición social. Desafortunadamente, mamá murió de una fuerte gripe cuando yo tenía siete años, tengo pocos

recuerdos de ella. Era muy buena y cariñosa con Esther y conmigo, nos hacía pasteles para merendar y nos dejaba dibujar mientras hacía sus tareas. Fue ella misma quien nos enseñó a leer y a escribir, a escondidas de papá, claro. La añoraba demasiado.

Hacia la tarde, cuando el calor más agobiante se hubo ido, salí a hacer los recados que Esther me había pedido. Fui al herbolario primero, a comprar la miel de romero que nos iba muy bien tomarla junto a las infusiones para evitar infecciones de garganta, eso leí en un libro de remedios y la verdad es que era muy efectivo. Más tarde, pasé por la pescadería.

—¿Podría limpiar los arenques? son para ponerlos en vinagre, si no es mucha molestia.

—Claro, a una muchacha tan guapa como usted no se le puede negar nada.

Le sonreí como muestra de gratitud.

Seguidamente, llegué a la frutería de doña Lola, que era española y se vino a vivir junto a su familia a Berlín hacía ya tres años.

—Toma *mi arma*, salúdame a tu hermana, ¿vale, *bonica*?

—Gracias, así lo haré.

Me hacía gracia su manera de hablar, era muy afectuosa o como decía ella *mu salá*.

Por último, cogí la carne de pavo y salí del mercado. Andaba distraída pensando en que ese mes tendríamos que apretarnos más el cinturón, entre unas cosas y otras siempre íbamos algo justos de dinero. No nos podíamos quejar, siempre daba gracias por lo que tenía, sabía que había gente mucho peor que nosotros pero me angustiaba los días que la clientela brillaba por su ausencia.

De repente, me topé con algo o mejor dicho con alguien. Me desequilibre y caí de culo rasgándome la palma de la mano al erosionar con el suelo, me entraron ganas de llorar al ver toda la compra desparramada.

—Disculpe señorita, ¿está usted bien? —preguntó una voz acercándose a mí —. Oh su mano, déjeme ver, necesita atención médica.

—No, no es nada grave gracias —respondí, algo aturdida de la caída.

Estaba más pendiente del escozor que sentía que de con quién me había topado. Hasta que alcé la vista y me cambió el semblante al verlo. Era un joven con uniforme oscuro, nunca había visto un soldado y me entró tal opresión en el pecho que me costaba respirar.

—Yo... no... yo... —balbuceé.

—Disculpe de verdad no la he visto, déjeme ayudarla —insistió.

Ayudó a levantarme cogiéndome de los brazos. Aparentemente, tenía mucha fuerza, noté sus brazos musculados. Yo seguía con las piernas entumecidas y en shock, el chico debía medir una barbaridad me sacaba casi dos cabezas, a su lado era diminuta. Sin embargo, más que su estatura me quedé anonadada observando sus increíbles ojos, eran tan azules que creí ver el mar por primera vez en ellos.

—Si lo desea la podemos acompañar a su casa —sugirió otro joven que debía ser su compañero—. ¿Vive por aquí cerca?

—Sí. No. Quiero decir...

*¿Por qué seré tan ridícula a veces?! Pensé.*

—Puedo ir yo sola, gracias por el ofrecimiento, no es nada sólo un rasguño —me apresuré a decir.

Recogí deprisa la compra, cerciorándome de que nada se hubiera echado a perder y fui rápidamente dirección a casa. Giré al llegar a una esquina, para asegurarme que el joven soldado me había perdido de vista y poder seguir el camino para ir al barrio judío. No me agradaba la idea que un extraño supiera dónde vivía.

Le observaba con cautela detrás de ese muro y me daba la sensación, que me buscaba entre el gentío hasta que sus ojos alcanzaron los míos. Cuando lo hizo, se despidió con una sonrisa torcida a la vez que se recolocaba la gorra del uniforme, ese gesto hizo ruborizarme. No sé por qué pasó por mi mente la frase que me solía decir mi abuela; *Muchacha, lo de tu abuelo y yo fue amor a primera vista.*

Y salí corriendo de nuevo.

## Capítulo 6

Cuando llegué a casa, Alina había llegado antes que yo y estaba con Esther en la cocina preparando los *falafel* y acabando el tabulé de verduras. Yo seguía muy nerviosa por lo ocurrido.

—Aquí tienes todo lo que me has pedido —dije poniendo la bolsa en la pequeña mesa de la cocina.

Difícilmente cabíamos allí dentro pues la cocina medía apenas unos metros.

—¿Qué te ha ocurrido en el mercado? —preguntó Alina sospechosa.

—¿A mí? Nada... —contesté sin mirarla a los ojos—. ¿Por qué lo dices?

—Porque has metido el tarro de miel en el frigorífico y el pavo en el armario.

La miré con estupor.

—¿Y esa herida? —exclamó mi hermana agarrándome de la mano.

—¿Esto? Uh... no es nada —disimulé colocando la compra en su correspondiente lugar—, me lo hizo *Tom* sin querer, ese gato... ¡Ya sabes que salvaje es! —mentí para no preocuparla.

—Tenemos que curarla ahora mismo se puede infectar, ven —ordenó llevándome hacia el baño.

—¡Au escuece! —me quejé cuando me rozó el algodón empapado en alcohol desinfectante.

—Si escuece es que sana, iré a por una venda —comentó saliendo del baño para ir a buscar el botiquín.

—A mi no me engañas, dime la verdad —inquirió mi amiga—, ¿qué te ha pasado en la mano?

—Me he topado con unos soldados a la salida del mercado —confesé.

—¿Te han lastimado esos hombres?

—No, al contrario, fueron muy amables. Ha sido culpa mía, iba despistada y me he caído al suelo.

—Entonces ¿por qué estás tan colorada?

*Qué bien me conoce.*

—Uno de ellos... —empecé a explicar—, me ha llamado la atención, parecía muy educado y atento... había algo en él que me atraía... tenía los ojos más bonitos que he visto jamás.

—¡Oh que suerte! —dijo dramática—. ¿Por qué no me pasarán a mí esas cosas?!

Le iba a responder pero al ver que entraba Esther de nuevo, callé.

—Tienes que ir con cuidado Iris —dijo mi hermana—. Pueden transmitirte alguna enfermedad esos gatos.

—Tranquila estoy bien, lo ha hecho sin querer el pobre —insistí, mientras me vendaba la mano—. Siempre se te ha dado bien estas cosas, deberías estudiar para ser enfermera.

—Sabes que eso no es posible, papá no lo permitiría.

—Esther, no consientas que nadie te diga lo que puedes o no hacer.

\*\*\*

Cenamos los cuatro en el comedor, mi padre seguía enfadado conmigo en cambio con Esther estaba afable. Siempre había sido su favorita aunque él no lo reconociera.

—Que bien cocinas, hija mía —la felicitó—, lo has heredado de tu madre.

Estaba acostumbrada a ese tipo de comentarios por su parte, al principio me ofendían pero con el tiempo me había resignado.

—La verdad es que te ha quedado todo delicioso —añadió Alina.

—Gracias, ya sabéis que adoro hacer las recetas que mamá nos hacía —comentó con cierta melancolía.

Mi hermana era más obediente y no le gustaba darle disgustos, cosa que yo

hacía a menudo. Al acabar de cenar, papá tenía como tradición irse a escuchar la radio a la cama hasta que se quedaba dormido, nosotras recogimos la mesa y fregamos los platos. Nos quedamos haciendo ganchillo hasta que nos cercioramos que él dormía profundamente. Entonces, bajamos al almacén de la cafetería en silencio, donde conservábamos la vieja máquina de coser de la abuela. Sacamos las telas y nos pusimos manos a la obra. Suerte que tenía a Esther para que nos ayudara, ella entendía muy bien todos los pasos a seguir, no podíamos permitir ningún fallo, tenía que quedar todo perfecto.

—Dejadme ver los bocetos una vez más —dijo pensativa—. No parece muy difícil, ya sé por dónde empezaremos ¡Vamos allá!

## Capítulo 7

Nos pasábamos las noches en vela cosiendo y por las mañanas nos levantábamos agotadas, aunque debíamos seguir nuestro día a día para atender a la clientela. Solíamos desconectar yendo al cine, ya que a Alina le encantaba y cada mes había estreno en cartelera. Mark nos acompañaba con alguno de sus amigos porque si no venía él, papá no nos dejaba salir al atardecer. Yo insistía a Esther a que se uniera para que no pensara tanto en el trabajo y se entretuviera un poco. Antes de eso, teníamos como tradición cenar en el bar de Lilly que preparaba unos platos riquísimos.

—Chicos ¿qué tal? —preguntó Lilly, tan amable como siempre—. ¿Qué os apetece beber?

—Para las señoritas agua con gas y para nosotros cerveza —respondió Mark.

—Tres aguas con gas y dos cervezas, perfecto —anotó en la lista—, y ¿para comer?

—Björn y yo, tomaremos codillo al horno con puré de patatas —añadió ojeando la carta del menú.

—A mi me apetece un *Bratwurst* con chucrut y salsa de mostaza.

—Iris, no puedes comer eso —me regañó Esther en voz baja—, nuestra religión no nos lo permite.

—Un día es un día, mujer, no hay nada de malo.

—¡Para mi otro *Bratwurst!* Pero con mucha cebolla y *kétchup*.

—¿Tú también Alina? —se molestó mi hermana—. Pues yo quiero probar la ensalada de salmón ahumado.

—Todo anotado, enseguida os lo traemos.

Después de cenar, nos dirigimos dando un paseo hasta al cine. Las farolas ya estaban iluminadas y había mucha actividad por las calles, grupos de jóvenes salían a divertirse como nosotros.

—Disfrutad de la película —nos dijo el taquillero con poca simpatía.

Una vez dentro Mark y Björn fueron a comprar palomitas, refrescos y *pretzels* para picar durante la sesión.

—*Vampyr de Carl Theodor Dreyer*, ¡suena genial! —exclamó Alina emocionada ante el tético cartel.

—No sé si he hecho bien en venir —comentó Esther, frotándose las manos de manera nerviosa—, a mi me dan miedo esta clase de filmes.

—Es sólo una película, los vampiros no existen —dije tratando de calmarla—. Aquí vienen los chicos ya podemos pasar dentro.

Entramos a la sala que estaba a rebosar, suerte que habíamos comprado las entradas con antelación... Elegimos los mejores asientos, arriba del todo en el centro. Esther tenía a Björn a su izquierda y Alina a Mark a su derecha. Yo me senté en medio de mi hermana y Alina.

—¿Te has fijado en cómo hablaban Björn y tu hermana durante la cena? —murmuró mi amiga mientras nos sentábamos en las butacas negras aterciopeladas.

—Sí, parece que se caen muy bien —sonreí—. Va que ya empieza, será mejor que dejemos de charlar.

Media hora más tarde...

—¡¡AAAHHH!! —gritó toda la sala a la vez.

Del susto se me cayeron la mayoría palomitas al suelo, por no decir todas.

—Que miedo estoy pasando —sollozó Esther apretándome la mano con fuerza—, yo sabía que no debía venir.

—¿Ha acabado ya la escena? —pregunté, tapándome la cara como pude.

—Sí, ya ha acabado.

—¡AAHH, serás mentirosa Alina! Esta noche tendré pesadillas —gimoteé.

—Mira que sois miedosas, no es para tanto —rió Mark.

—¡¡Shhh!! Bajad la voz que al final nos echarán —susurró Björn.

Al acabar la sesión los muchachos nos acompañaron a nuestras respectivas casas, no nos dejaban solas a esas horas de la noche, era peligroso.

—Sabes, creo que Björn es un buen chico —confesó mi hermana a la vez que cepillaba su pelo negro—, hoy he tenido la oportunidad de conocerle mejor.

—A mí también me ha dado esa impresión.

—Me gustaría seguir tratándolo, ¿crees que a él también?

—¡Claro! Me he dado cuenta en cómo te sonreía, además eres una chica estupenda —añadí mientras destapaba mi cama.

—Oh, me encantan sus ojos verdes y su pelo tan rubio —dijo emocionada.

—Sí que es guapo, sí.

—Iris, me da vergüenza decirte esto pero... ¿puedes dormir conmigo? —preguntó cambiando de tema—. ¡Estoy muerta de miedo!

—No sé porqué, sabía que me lo pedirías —respondí—. Como cuando éramos pequeñas ¿te acuerdas?

—Sí, contábamos historias de miedo y luego no podíamos dormir —rió.

—Cantábamos esa canción... ¿cómo era?

—Si cantas a los miedos espantas y también a brujas, monstruos y fantasmas —cantó en voz baja.

—¡Eso es! —Reí.

Acurrucada junto a Esther en su cama, no podía dormir, seguía emocionada tras la noche tan increíble que habíamos pasado, adoraba salir con ellos, aunque la película había sido bastante impactante, me divertí muchísimo. Repentinamente, la imagen de aquel joven, el que me topé a la salida del mercado vino a mi mente. Sentí mucho asombro al ver a un soldado, nunca

había visto a alguno. De hecho, no me lo había quitado de la cabeza en todos esos días. *¿Cuál será su nombre? ¿Dónde estará ahora mismo? ¿Le volveré a ver en algún otro momento?* Reflexioné. *Era tan, tan atractivo...*

Los pensamientos invadían mi mente sin cesar, con su rostro conseguí conciliar el sueño.

## Capítulo 8

No veía nada. Era todo oscuridad, no sabía dónde estaba. Me notaba agitada y confusa. Escuché tras de mí a alguien que susurraba a mi oído pero no lograba entender qué quería decir. Mi espalda rozaba su ancho y fornido pectoral, note unas manos grandes que acariciaban mis muslos sensualmente despertando un gran deseo mientras sus labios devoraban mi cuello de manera salvaje. Tenía la tentación de saber quién era, así que, me atreví a girarme y... le reconocí.

Desperté súbitamente de aquél sueño, empapada en sudor muy conmovida, me llevé la mano al pecho y noté las fuertes palpitations de mi corazón. Sentía una gran presión en mi intimidad la cual notaba húmeda. *¿Qué me ha pasado? ¿Por qué razón he soñado con ese hombre?*

—Mmm... Iris... ¿qué pasa? —se despertó Esther.

—Nada tranquila, he tenido una pesadilla, debió ser por culpa de la película —mentí saliendo de la cama.

—¿Ya ha amanecido? —preguntó frotándose un ojo.

—Sí. Ya es de día, debemos asearnos y arreglarnos para bajar a trabajar —dispuse.

Pasé toda la mañana muy despistada, repetía una y otra vez en mi cabeza aquél sueño. Nunca había tenido una experiencia como aquella y mucho menos presenciado ese tipo de sensaciones. Tiré sin querer una taza de café al suelo y papá me llamó la atención, casi la vuelco encima a un cliente.

—¡Iris que torpe estás hoy! —chilló enfadado.

—No pasa nada, no me ha manchado —comentó el cliente amablemente.

—De todos modos discúlpeme señor —dije avergonzada.

Me retiré al aseo una vez fregado el suelo para refrescarme la cara con agua, lo necesitaba. Estaba limpiando varios vasos y platos detrás de la barra cuando vi a uno de los mayordomos de Erika entrar por la puerta, suerte que papá no estaba en ese momento por allá.

—¿La señorita Iris Goldstein? —preguntó educadamente.

—Yo misma señor —aclaré secándome las manos con un paño—, viene de parte de Erika ¿verdad?

—Así es, me ha pedido que viniera personalmente a comunicarle que su fiesta se celebrará mañana por la noche —concretó—. Un chófer vendrá a recogerla a las ocho de la tarde a usted y a la señorita Alina Fisher.

—Gracias por la información, estaremos preparadas para entonces.

—No hay de qué, que tenga un buen día —se despidió.

—Igualmente.

Informé a mi amiga que la esperada fiesta ya tenía fecha. Estuvimos conversando casi media hora en la entrada de la artesanía, cuando nos juntábamos las dos el tiempo pasaba volando.

—Alina, ¿alguna vez has sentido un gran deseo en tu interior? —pregunté curiosa.

—¿A qué te refieres con un gran deseo?

—Bueno, me refiero a una excitación, ya sabes como mujer —añadí.

—Sí —asintió con la cabeza—, cuando me ha atraído algún chico lo he sentido.

—Quiero decir, más allá de la atracción que se pueda sentir hacía un hombre, en concreto a ese deseo que te hace enloquecer, que te estremece y te hace sentir... placer...

Se quedó pensativa.

—Eso es deseo sexual.

—No sé bien como llamarlo, es algo que nunca antes había sentido —comenté—. Anoche soñé con aquel joven del mercado, tuve un sueño bastante erótico y creo que me excité mucho ¿Cómo puede ser, si apenas sé nada de él?

—A veces, hay personas que con sólo una mirada nos pueden calar muy

hondo y hacernos sentir cosas inexplicables.

Me quedé varios segundos meditando sobre eso...

Tuve un impulso de volver al mercado, allí, dónde me encontré con él, después de la intensa charla con Alina. Así que, me inventé una excusa para que papá y mi hermana no sospecharan nada, le dije que necesitaba un par de cosas de la tienda de doña Lola y se lo creyeron.

Si supiera mi hermana mis verdaderas intenciones diría; *¿Pero qué estás haciendo? No es nada decente ir detrás de alguien que ni siquiera conoces*, pensé divertida mientras caminaba por la calle.

Cerca del mercado, me senté en un banco a descansar, hacía un día muy caluroso y a la sombra se estaba muy bien. Los vendedores gritaban sus mejores ofertas del día para captar a la clientela. Las mujeres entraban y salían de hacer sus compras de la semana, otras paseaban con sus hijos de la mano, sus maridos deberían estar ocupándose del trabajo pero no había ni una señal de aquel soldado. Me sentía estúpida allí sentada mirando a la gente pasar, en un arrebato me levanté y regresé a casa *¿Cómo soy tan ilusa de pensar que él volvería a estar aquí?*

—¿Dónde está la compra? —preguntó Esther al verme con las manos vacías.

—Em... no encontré lo que estaba buscando —respondí intentando disimular—, y volví para casa.

—Bueno no pasa nada puedes volver la semana próxima —comentó regando las plantas que teníamos en las ventanas—. Quería darte una buena noticia.

—¿De qué se trata?

—¡Ya están acabados vuestros vestidos! —exclamó—. Listos y planchados.

—¡¿De verdad?! ¡¡Justo a tiempo la fiesta es mañana!! —salté de alegría.

—Pero eso no es todo... —añadió misteriosa—, tuve que ir a ver a doña Ana para consultarle un par de cosillas que tenía en duda...

—¿Y qué pasó, hubo algún problema?

\*\*\*

—¿Pero a dónde vas, mujer? —voceó desde la ventana.  
—¡No puedo esperar, tengo que decírselo! —grité calle abajo.

Salí como alma que lleva el diablo esquivando a la gente al pasar quienes me miraban extrañado. Tenía que darle esa gran sorpresa a mi amiga, se iba a poner tan contenta como yo lo estaba.

## *Capítulo 9*

Había llegado el gran día, volvíamos a ver a nuestra amiga Erika y estábamos entusiasmadas por asistir a su fiesta. Hacia la tarde, Alina vino a mi casa para que Esther nos ayudara a arreglarnos. Papá, había salido a visitar a un viejo amigo y pasaría horas y horas fuera, por lo tanto, era nuestra oportunidad. Estaba todo planeado, mi hermana le diría al volver que algo comí en mal estado y me había ido a dormir temprano por un malestar. Cruzaría los dedos para que funcionara.

—Ya es mala suerte que después de estos días tan soleados, precisamente hoy se ponga a llover —espeté mientras Esther me peinaba en el salón.

—Espero que entrada la noche pare un poco —suspiró Alina, observando por la ventana aquel temporal —estoy tan, tan nerviosa que apenas pude dormir.

—Tengo muchas ganas de ver cómo nos sientan los vestidos —dije deseosa.

Cuando mi hermana terminó de arreglarnos el cabello, maquillé a mi amiga lo mejor que supe, seguidamente lo hice yo. Alina se cambió en el cuarto de Esther y yo en el salón, queríamos vernos las dos al mismo tiempo.

Fuimos a tuestas al tocador de mi habitación con los ojos cerrados, guiadas por mi hermana, nos paró enfrente del espejo una al lado de la otra.

—Vale, quietas aquí, cuando os diga tres, abris los ojos ¿de acuerdo?

—¡Sí! —dijimos a la vez, ansiosas.

—¡¡Uno, dos...!!

—Oh, no puedo creerlo estamos... estamos...

—Preciosas —dije maravillada.

—Tres...

Nunca había llevado un color tan atrevido de labios, no obstante, esa noche lucía un tono rojo mezclado con granate que me favorecía mucho. El vestido era divino. Jamás pensé que cuatro telas cosidas con cariño podían hacernos resaltar tanto. Estaba emocionada. ¡Qué buen gusto tenía doña Ana! había acertado plenamente los colores que mejor nos quedaban a las dos. Para mí, había elegido una tela beige con falda recta por encima de las rodillas y con manga corta, parecía toda una dama fina.

—Para mi gusto, enseñas mucha pierna —opinó Esther haciendo una mueca.

—Si Dios me hizo estas piernas será para lucirlas ¿no?—repliqué divertida.

Me recogió el cabello de manera que las ondas caían en cascada. Alina llevaba el cabello suelto con el lateral recogido en un par de horquillas, su vestido era azul marino cortado justo por las rodillas con un increíble escote en la espalda, los pendientes que compró en el mercadillo la hacían brillar de manera especial. Lo mejor de todo era que doña Ana había tenido el detalle de agregarles pedrería y lentejuelas haciéndolos más sofisticados y distinguidos.

—Y tú Alina, ¡ese escote es terrible!

—A mi me encanta —aplaudió emocionada.

—Gracias Esther, te estamos muy agradecidas —le agradecí dándole un cálido abrazo.

—Sin ti no hubiéramos podido acabar a tiempo —se unió Alina.

—No hay de qué chicas, lo he hecho encantada, aunque yo jamás me pondría algo así —dijo mirándonos de arriba a abajo—. Nos lo hemos pasado muy bien trabajando juntas, toma Iris, te falta esto.

—Oh, son los pendientes de mamá.

—Sí, quiero que te los pongas esta noche —expresó—, sabes que les tenía un gran aprecio porque se los regaló papá, ella estaría muy feliz de vértelos puestos esta noche.

—Por supuesto —afirmé—. ¡Vaya son hermosos! —Me fasciné ante mi reflejo.

Los pendientes eran largos y dorados, con flecos como si de una cortina se tratara, combinaban muy bien con mi vestido a pesar de ser antiguos, Esther los tenía muy bien conservados.

## *Capítulo 10*

Un chófer de la familia Müller llegó puntual tal y como me habían comunicado. Tocó el claxon para dar aviso que bajáramos, era un detalle por parte de Erika que enviara a alguien a recogernos.

—Ya bajamos —voceé asomando la cabeza por la ventana.

—Ya sabéis id con mucho cuidado —advirtió—. Los hombres se van a alborotar al veros así vestidas.

—Eso pretendemos, Esther —dije saliendo por la puerta.

Me reí ante la cara de susto que puso mi hermana.

—Disfrutad de la noche.

—Eso haremos, descuida.

—Mira mis manos estoy temblando —mostró mi amiga una vez dentro del coche.

—Cálmate todo saldrá bien.

—Es una pena que esté cayendo esta tromba de agua —dijo haciendo una mueca mientras miraba por la ventanilla—, suerte que nos hemos puesto estos chales por encima, hace fresco en la calle.

—Tendremos que pisar con cuidado ¿te imaginas que nos resbalamos y se nos ensucian los vestidos de barro? —reí recordando el incidente del mercado.

—¡Oh no! ¡Sería un desastre! —rió conmigo—. Después de todo el esfuerzo que nos ha costado hacerlos.

El lujoso auto se paró cuando llegamos a nuestro destino. El señor que lo conducía bajó y nos abrió la puerta, nos ofreció un par de paraguas negros para resguardarnos de la intensa lluvia.

—Gracias, muy amable —agradecí.

—Bueno, pues ya estamos aquí.

Respiré en profundidad. *¿Qué nos deparará la noche?* Pensé observando la imponente mansión Müller, era majestuosa. Los oscuros barrotes de la puerta de la entrada, permanecían abiertos. Un camino de tierra con amplias y lisas piedras yacía en el suelo para guiarte hasta la casa. Situada a medio recorrido te asombrabas al ver la espectacular fuente con nenúfares flotando a merced del agua. Rodeaba toda la casa una inmensidad de vegetación, hierba fresca recién cortada y algunas esculturas de piedra y mármol junto a frondosos arbustos y rosales amarillos. Tenían una grandiosa jaula con pequeñas especies de aves que en ese preciso momento estarían resguardadas a causa de la lluvia, pues no se dejaban ver como en otras ocasiones.

—¡Alina, Iris! ¡Habéis venido! —nos recibió la señora Katrina, madre de Erika—. Pero qué guapas estáis, pasad dentro con los demás invitados, allá os espera Erika.

—Gracias señora, nos alegra volver a verla —saludé.

Era una señora muy atractiva, Erika se parecía mucho a ella. Había heredado sus ojos azules y su cabello de oro. Las dos eran mujeres muy seguras de sí mismas, desprendían elegancia por donde pisaban.

—¡GUAUU! ¡GUAUU! —oí ladridos muy graves acercándose.

—Oh, oh... esto me da mala espina... —se inquieto Alina.

De repente, se plantaron enfrente *Brutus* y *Wolf* dos imponentes pastores alemanes que debían pesar una tonelada. Eran muy cariñosos, demasiado diría, siempre que nos veían se subían encima de nosotras dándonos lametones como si no hubiera un mañana. A mí no me importaba que lo hicieran, los adoraba, pero esa noche no era la más indicada.

—¡*Brutus, sitz!* —ordené.

Pero éste no me hacía caso, no paraba de jadear con la lengua fuera con cara de buen chico, yo intentaba que no se me acercara demasiado para que no

me ensuciara el vestido.

— *¡Nein! Sitz* —repetí enérgica.

— *¡Platz Wolf!* —me ayudó Alina—. Como nos manchen de babas me muero.

— *¡Brutus, Wolf! ¡Hier!*

Los perros al oír esa orden acudieron de inmediato al lado de su dueño.

—Oh, señor Müller, que alegría verlo —suspiró mi amiga aliviada—, si llega segundos más tarde nos tenemos que marchar por estar impresentables.

—Bienvenidas —nos saludó dándonos la mano—, ya sabéis que a veces necesitan mano dura estos perros —dijo acariciando a los enormes canes.

—¿Cómo está? —pregunté mientras nos acompañaba al interior de la residencia—, ¿se ha solucionado el incidente relacionado con su trabajo?

—Sí, afortunadamente la operación ha sido todo un éxito y mi paciente podrá gozar mucho más tiempo de buena salud.

—Es usted un magnífico cardiólogo, señor —le alagó Alina.

—Sólo cumplo con mi trabajo, muchachas estáis en vuestra casa, con permiso, voy a saludar a unos amigos.

—Gracias señor.

Al llegar al salón principal nos quedamos sorprendidas de la cantidad de gente que había allí. Las damas tomaban canapés y champan francés, charlando y alabándose con hipocresía las unas a las otras, exhibían sus valiosas joyas como si de un tesoro se tratara. Noté algunas miradas altivas, debían pensar que no les resultábamos nada conocidas mientras que los caballeros se volvían encandilados para mirarnos cuando pasábamos cerca. Fumaban, bebían licor y hablaban de negocios y política, al pasar se quedaban maravillados ante nuestra presencia. Nos miraban de arriba abajo, llegué a oír algún comentario con cierto tono imprudente pero la noche acababa de empezar y a Alina y a mí nos divertía ser el centro de atención.

—Definitivamente hemos causado sensación —murmuré.

—Es lo que queríamos ¿no? —sonrió a un muchacho, coqueta.

El lugar era enorme, con una lámpara de araña en el centro del techo que iluminaba toda la habitación. No faltaba ningún detalle, las paredes estaba decoradas con guirnaldas en tonos dorados y plateados. El suelo de mármol macizo me recordaba un tablero de ajedrez de color blanco y negro. Habían puesto una tarima en un rincón del salón con una gran pancarta que ponía: *¡Feliz aniversario Erika!* Con letras de color plata, tocaba un pianista en una esquina con gran sentimiento, su música hacía más sofisticada aún la estancia y, allí mismo, una orquesta ya preparada para dar paso a la gran celebración, una vez finalizada la cena. Había músicos con violines, saxofones, trombones y trompetas. Los camareros se encargaban de los últimos detalles; que no faltara ninguna copa, que el mantel estuviera bien alisado, el centro de mesa en su sitio... entraban y salían con grandes bandejas llenas de bebidas y entrantes fríos.

—¡Queridas! —dijo una voz detrás nuestro.

Nos giramos las dos a la vez y nos alegró ver a Erika, que llegaba contoneándose entre la multitud.

—Oh, queridas, bienvenidas ¡vaya estáis deslumbrantes esta noche! —nos saludó dándonos un cálido abrazo.

—Gracias Erika, tú también estas guapísima como siempre —añadí modesta.

—Que preciosidad de vestido, debe de valer una fortuna —expuso Alina embobada.

—Pues la verdad es que sí, es un modelo exclusivo de un diseñador de París, lo ha confeccionado a medida y solo para mí, por lo cual, es único en el mundo.

Tenía que reconocer que estaba espectacular con ese vestido en tonos dorados y naranjas con brillantes, no le faltaba ningún detalle. Llevaba un tocado ostentoso del mismo color que el vestido sobre su larga melena y un collar de diamantes decorando su fino cuello.

—¡Os he echado tanto de menos! —exclamó Erika.

—Nosotras a ti también —dijo Alina sonriendo—. Toma, esto es para ti ¡Feliz cumpleaños! —ofreció el presente que había hecho ella misma.

—No hacía falta que me regalara nada —comentó desenvolviendo el pequeño obsequio—. ¡Ah! ¡Me encanta! Una E de Erika.

—Lo he tallado y lo he pintado con estas flores para que quedara más bonito —explicó—. Después papá le hizo los agujeros y le pusimos el cordel.

—Muchas gracias amiga, es precioso.

—Y este es de mi parte —indicó entregándole mi regalo.

—¡No puedo creerlo! —exclamó—. ¡Son las galletas que me hacía la nana Sarah!

—Sabía cuánto te gustaban, así que pensé que te haría ilusión.

—Es todo un detalle, te lo agradezco Iris.

—Nos tienes que contar todo lo que has hecho en París. —añadí.

—Oh, París es increíble, visitamos *le Louvre* y me acordé muchísimo de ti, como te hubiera gustado ver todas aquellas obras de arte.

—Ojalá algún día tenga el placer de visitarlo, allí está una de mis pinturas favoritas, *La Gioconda* —comenté mientras aceptaba unos canapés—. Y dínos una cosa, ¿es cierto lo que dicen? ¿La comida es tan exquisita como cuentan? —pregunté curiosa.

—Por supuesto —respondió—. Desayunábamos *croissants* recién hechos, *crêpes* con dulce de leche, para comer *quiche lorraine*, *escargots* y muchos más platos... mmm ¡*très délicieux!*

—Que nos dices de los hombres ¿te has fijado en algún francés? —sonrió Alina con cara pícaro.

—Bien jovencitas, dejad la conversación para otro momento van a servir ya la cena. —nos sorprendió la señora Müller.

Alina, Erika y yo nos sentamos en unas enormes y redondas mesas junto a otros invitados que nos saludaron muy educadamente, situadas enfrente del escenario. Los manteles y las servilletas estaban hechas de la misma tela, muy finas y suaves al tacto en tonos crudos y rosados.

Leí una pequeña tarjeta que había encima de mi plato;

*Ostras con notas cítricas y caviar*

*Salmón ahumado con queso y aguacate*

*Vichyssoise con crujiente de jamón*

*Cerdo asado en salsa con puré de patatas*

*Strudel de manzana con helado de vainilla*

*Acompañado con pan de cebolla y semillas junto a sus respectivos vinos.*

—Como me coma todo esto voy a reventar el vestido —comentó Alina en voz baja haciéndome reír.

—Parece todo delicioso, estoy hambrienta —añadí expectante.

Los camareros empezaron a servir los primeros platos.

—Iris —susurró Alina—, ¿con qué tenedor se come esta almeja gigante?

Reí por la espontaneidad de Alina.

—Con ninguno, debes cogerla así y te la comes de un sorbo —le expliqué mientras degustaba una de las otras.

Todo era una exquisitez jamás había probado tantas texturas y sabores distintos. Lo que más me agradó fue el postre sin duda.

—Bien, antes nos ha interrumpido tu madre pero ahora mismo nos vas a contar que es eso de que has conocido a un muchacho —indagué.

—No se os escapa ningún detalle —comentó Erika limpiándose los labios con la servilleta, finamente—. Es un joven de nuestra edad, sus padres son conocidos de los míos y coincidimos en París. Tienen una casa de campo y nos invitaron a comer allí.

—Pero cuéntenos más ¿es parisino? —Preguntó Alina—, ¿es hijo único?

—Queremos saberlo todo si es alto o bajo, fuerte o delgado, poco agraciado o... —callé súbitamente.

*El más atractivo de los hombres.* Pensé embobada.

Podía reconocer aquellos cautivadores ojos entre toda la multitud, era él. *¿Cómo no me he percatado antes de que estaba ahí?* No dejaba de mirarme y eso hacía que se me acelerase el pulso. Estaba muy apuesto, con un traje gris oscuro y una corbata a juego del mismo color, perfectamente afeitado. Su cabello con corte militar, hacía reflejos unos mechones más rubios que otros los cuales llevaba engominados y caían hacia atrás. No podía parar de observarle, su mirada y sus gestos me seducían sin yo misma quererlo, cuando me dirigió una sonrisa para saludarme, me exalté.

—Dis... disculpad —apresurada me levanté de un salto de la silla—, necesito ir al baño con urgencia.

—¿Estás bien, querida? —preguntó extrañada Erika.

—Estoy un poco mareada del ambiente, hace calor.

—¿Te acompaño Iris? —se ofreció Alina.

A la pobre de mi amiga la dejé con la palabra en la boca, necesitaba salir de ahí y tomar aire para tranquilizarme. Nunca me imaginé que me toparía con ese hombre de nuevo y menos aún, en la fiesta de Erika. *¿A caso se conocen?, si no fuera así él no estaría aquí.* No podía pensar con claridad, estaba muy agitada por ese encuentro inesperado.

—Iris, ¿te ha sentado algo mal? —cuestionó Alina inquieta, tocando la puerta del baño.

La abrí súbitamente.

—¿Qué ocurre?, estás roja como un tomate ¿Te ha dado alergia algo?

—No, no se trata de nada de eso... a ver... cómo te explico... —dije pensativa—. ¿Te acuerdas de aquel chico del mercado?

—¿El soldado atento y educado?

—Ese mismo. Bien. Pues está aquí.

—¿Aquí?

—Sí, en casa de Erika —puntalicé.

—Quizá es alguien que se le parece mucho...

—No, es imposible, era él —dije tajante—, estaba justo al lado de nosotras cenando.

—¿Estás segura que no te has confundido? —insistió cruzándose de brazos.

—¡Oh por el amor de Dios Alina, ese hombre es inconfundible! —alcé la voz sin querer, bajo algunas miradas de curiosidad.

—Entonces ¡eso es fantástico! —palmeó—, si es conocido suyo nos lo podrá presentar.

—Alina, no sé si sea buena idea... si es amigo de Erika estará acostumbrado a tratar a jovencitas como ella.

—Mujer, ten más confianza. Hoy es una noche especial, míranos parecemos de la familia Müller. Si tienes la oportunidad de conocerlo, aprovecha este momento. Vamos, regresemos con los demás.

Al volver a la sala vi a los padres de Erika que se acercaban a la tarima, parecían que iban a dar un discurso. Oí un pequeño sonido proveniente de una copa, todos los allí presentes se levantaron de sus asientos.

—Todo bien, ¿querida? —preguntó mi amiga en voz baja posando una mano en mi hombro.

—Sí ya estoy mejor.

—Me alegro.

—Buenas noches —se aclaró la voz el señor Müller—. Queremos agradecerles vuestra presencia hoy. Es un honor tenerles en nuestra casa.

Yo intentaba prestarles atención pero mi vista se desviaba a aquél hombre.

Estaba muy acalorada porque él seguía mirándome. *¿Me habrá reconocido?* No tenía ni idea. Tantas preguntas me revoloteaban que no estaba pendiente de nada más.

—Y también quiero agradecer a mis mejores amigas Iris y Alina, gracias por estar conmigo esta noche —añadió Erika, sonriente—. ¡Os quiero chicas!

*¿Eh? ¿Desde cuándo estaba ahí mi amiga?*

—Aterriza Iris, que nos está hablando a nosotras —me llamó la atención Alina entre dientes.

—Lo siento andaba distraída —murmuré.

La saludé con la mano como gesto de agradecimiento.

Aplaudimos el escueto discurso de los Müller, cantamos el cumpleaños feliz a Erika deseándole que cumpliera todos sus sueños y les repartieron más regalos. La grandiosa tarta *sacher* no pasaba desapercibida, tenía cuatro pisos y un radio bastante ancho. Recubierta de una fina y brillante capa de chocolate negro por fuera y un esponjoso bizcocho también de chocolate y mantequilla por dentro, con varias capas de mermelada de albaricoque. Ese día me iría a casa con dos quilos más, por lo menos. Nos repartieron una porción a cada invitado, estaba tan deliciosa como aparentaba.

—Porque esta noche sea inolvidable —expuso Erika—. Brindemos por

ello.

Alzamos nuestras copas y bebimos.

—¡Y ahora que empiece lo mejor! —anunció—. ¡Todo el mundo a bailar!

El saxofonista tocó una balada de jazz, se notaba que tenía un talento innato y los hombres invitaron a las damas a bailar. Yo estaba sentada junto Alina cuando un joven se acercó a nosotras.

—Señorita, ¿me concede este baile? —preguntó muy cordial.

—¿Me lo está diciendo a mí?

—Por supuesto —sonrió el chico.

—Iris ¿te importa?

—En absoluto ves y diviértete —dije guiñándole un ojo.

—No tardaré.

Allí me quedé, entre la muchedumbre y el jolgorio contemplando a Alina como bailaba bastante apegada con aquél muchacho y Erika atendía a los demás invitados.

—¿Señorita le apetece tomar una copa? —ofreció un camarero.

—Está bien —asentí.

No me gustaba mucho beber alcohol pero no quise ser grosera y la acepté.

—Disculpe ¿apetecería bailar conmigo esta canción? —propuso alguien a mi lado.

—Oh, no se me da bien bailar... —reconocí tímida sin mirarle.

Cuando alcé la vista, vi que era él. Noté que me sonrojaba y lo único que me salía era sonreír de manera nerviosa.

—Vamos ánimo —insistió acercándome su mano para que yo la aceptara —, yo tampoco soy un buen bailarín.

*¿Cómo voy a decirte que no si me sonríes así?*

Me levanté del asiento y de su mano fuimos juntos al centro del salón. Él me cogió por la cintura con sutileza, sentí de inmediato como subía una chispa de adrenalina en el centro de mi pecho. Rodeé su cuello con mis manos, tenerlo tan cerca me cortaba la respiración.

—¿Se ha mejorado de la herida de su mano?

—Sí, ya le dije que era un rasguño —respondí inocente, mirándome la palma.

En ese momento, caí. *¡Se acuerda de mí!* Lo miré sorprendida y él me sonrió. Sí, se acordaba de mí como yo de él y eso me gustaba... demasiado. Cada nota era mágica, sentía que el vello se me erizaba de la excitación. Ésa era la clase de música que me llegaba hasta el alma y que ahora nos envolvía a los dos. No quería que nada ni nadie rompiera ese momento. Nuestro alrededor iba desapareciendo, sólo éramos él y yo.

—Perdón —se aclaró la voz—, no me he presentado debidamente, mi nombre es Kurt Auttemberg ¿y usted?

—Soy Iris Gold —anuncié omitiendo mi apellido judío, ya que por prudencia a nadie se lo revelaba completamente.

—Iris... —susurró fijándome la mirada—. Qué nombre tan hermoso.

—Gracias, que amable —dije vergonzosa.

Al acabar la canción me despedí de Kurt y regresé a mi asiento.

—Uff me duelen los pies de tanto bailar —se quejó Alina agotada.

—Ya te veo, estas roja y sudorosa como un pollo en el horno.

Alina empezó a reír y a reír sin parar.

—Ay Iris, ¡para! que no puedo dejar de reírme —carcajeó.

—¡Dios mío, pero si estás como una cuba! —dije llevándome la mano a la cabeza.

—Como tú siempre dices, un día es un día.

—Ya verás mañana ya, como te vas a despertar... ¡si es que no estás acostumbrada a beber tanto!

—Tú tampoco pierdes el tiempo, te he visto bailando muy pegadita con ese hombretón.

—Ese hombretón como tú dices, es el joven con el que me topé en el mercado —revelé.

Mi amiga me miró asombrada.

—¡No puedo creerlo! ¡Pellízcame!, estas cosas no pasan en la vida real.

—Pues a mí me acaba de pasar —sonreí coqueta a éste a lo lejos.

—¡Bendita sea la hora que venimos a esta fiesta! —aplaudió entusiasmada —. Ahora vengo, voy un segundo al servicio.

Unos minutos después se acercó Erika.

—¿Qué haces aquí sola? —preguntó—. Ven conmigo, quiero enseñarte unos cuadros que hemos comprado en París.

Cruzamos por una de las bibliotecas, tenía varias estanterías que parecían casi interminables rebosadas de libros de todos los ámbitos pero sobretodo de medicina. Llegamos a una amplia sala con varios sofás de diseño francés y una confortable chimenea, allí les gustaba exponer los valiosos cuadros que adquirían.

—Mira, ¿no es fascinante? —mostró, destapando la bella obra de arte.

—Disculpe señorita Erika, tiene una llamada desde París —anunció un mayordomo.

—Que inoportuno —masculló—, ¿no ve que estoy ocupada ahora mismo?

—No te preocupes, ves a atender la llamada aquí te espero.

—Enseguida vuelvo Iris.

Me quede en la sala un par de minutos contemplando los cuadros y degustando el caro champán.

—¿*Camille Pissarro*?

Me sobresalté porque pensaba que estaba sola.

—Perdón, no era mi intención asustarla —dijo Kurt apoyado en el marco de una de las puertas.

—En realidad no, *Water Lilies* de *Claude Monet, 1919*.

Vi de reojo como levantó las cejas sorprendido por mi contestación.

—¿Le interesa la pintura señorita Gold?

Se acercaba con curiosidad mientras peinaba hacia atrás los mechones rubios, que caían en su frente.

—Sí, me parece fascinante como una persona es capaz de plasmar en un lienzo tanta delicadeza y encanto —respondí observando el cuadro.

—Si fuera así, usted debería estar en uno de los mejores museos de Europa —me fijó la mirada.

Le miré asombrada, no me esperaba para nada esa contestación.

—Ya estoy aquí querida, oh Kurt ¿conoces a Iris? Es una de mis mejores amigas —interrumpió Erika en la sala.

—Sí, nos hemos presentado antes —aclaró sin dejar de mirarme—. Debo regresar junto a mis padres, con permiso señoritas.

Cuando ya se hubo marchado de la sala mi amiga comentó;

—¿No es un hombre espléndido?

—¿Cómo?

—Me refiero a Kurt.

—Oh, sí es muy educado.

—Su padre es Mariscal de campo de Alemania. Su familia es una de las más influyentes de todo Berlín —informó—. Él es el chico que os mencioné en la carta.

Como si me hubieran echado encima un chorro de agua helada, me quedé petrificada sin saber qué decir ni qué hacer ante esa noticia.

En ese instante sonó el reloj, no podía creérmelo *¿¡las dos de la madrugada!?* *Esther estará muy preocupada y papá... ¡Ay mi padre! Como se*

*dé cuenta que no estoy allí me encierra en un calabozo.*

—Lo... lo siento amiga, debo irme, es muy tarde ya —balbuceé.

—¿Ya os marcháis? ¿Es temprano no?

—¿Temprano? Como se nota q no conoces a mi padre —ironicé.

—Iré a avisar que os preparen un auto.

—Te lo agradezco, voy a buscar a Alina.

La localicé rápidamente, continuaba bailando con los demás jóvenes de nuestra edad.

—¡Alina! —exclamé—. ¿Estás loca? ¡Deja de beber!

—¡Iris! ¡Amiga! ¿Quieres un cigarro? —me mostró ebria.

—Tenemos que irnos, por favor, debo dejarte en tu casa y parecer que estás decente.

—Oh, no... con lo bien que me lo estaba pasando —hizo una mueca—, un ratito más ¿sí?

—Nada de eso... ¡nos vamos, ya! —dije rotundamente.

La acompañé al coche y la dejé esperando mientras me despedía de los señores Müller y de Erika en la sala.

—Muchas gracias por haber venido —se despidió Erika con un abrazo.

—Nos hemos divertido mucho —añadí.

—Qué pena que Alina se haya indispuerto —comentó el señor Müller—. Espero que haya sido todo de vuestro agrado.

—Por supuesto.

—Saluda a tu padre y a tu hermana de nuestra parte —dijo la señora Katrina.

—Eso haré, gracias por todo —me despedí.

Bajé las escaleras de la mansión y justo cuando me dirigía al auto oí alguien que me llamaba.

—¡Señorita Gold, espere! —gritó de manera exhausta.

Era Kurt, bajando las escaleras con afán.

—Ni siquiera sé dónde encontrarla —añadió con cierto tono de angustia.  
—Lo siento... —bajé la mirada—. No soy quien parezco ser.

El chófer abrió la puerta del coche y con mucho pesar nos marchamos de allí.

\*\*\*

No recuerdo bien qué hora era cuando llegué a casa. Dejé a Alina en la suya sin que sus padres sospecharan que había bebido más de la cuenta, les dije que tenía empacho por la grandiosa cena. Entré de puntillas con los zapatos de tacón en la mano procurando hacer el menor ruido posible. Me dirigí a mi habitación para cambiarme, estaba muy cansada y los pies me dolían una barbaridad. Justo estaba quitándome las medias cuando se encendió una luz.

—¡Qué susto me has dado! ¿Quieres que me dé un infarto? —susurré.

—Perdón, perdón —dijo Esther en voz baja.

—Pensaba que me había descubierto papá.

—¿Cómo ha ido la fiesta? —preguntó.

—Ha sido una noche llena de emociones...

—Iris, ¡te falta un pendiente! —señaló mi oreja.

—¿¡Qué!?

—¡Eres un desastre! —dijo enfadada—. ¡Dime que no lo has perdido!

—P—pero... yo... —tartamudeé—. Se me debió caer en casa de Erika —comenté nerviosa tocándome el lóbulo.

—¿Qué está pasando aquí? —escuchamos la voz de papá que se acercaba.

Esther y yo nos miramos haciéndonos señas, rápidamente me metí en la cama tapándome hasta los ojos y traté de hacerme la dormida.

—Padre, ¿qué hace despierto? —oí a mi hermana.

—Me he desvelado, ¿qué haces aquí parada? —preguntó—. ¿Tú tampoco puedes dormir?

—No, no puedo, por eso iba a la cocina a hacerme un té relajante —respondió—. Venga, vuelva a la cama que se va a destemplan.

Si me hubiera visto papá en aquellas fachas hubiera puesto el grito en el cielo.

Era impensable que una de sus hijas fuera así vestida y más que hubiera estado fuera de casa a esas alturas de la madrugada. Cambié el vestido de noche por el cómodo camisón, fui al baño en silencio, me desmaquillé y cepillé el cabello sin dejar de pensar en cada instante vivido, *¿qué habrá pensado al verme...? Era el lugar que menos hubiera esperado encontrarle... el instante más maravilloso por supuesto fue cuando bailamos juntos, pero entonces ¿por qué me siento así?* Me preguntaba ante el espejo, era mucha casualidad que Erika y yo nos hubiéramos fijado en la misma persona. *¿Por qué me tenía que suceder eso?* Suspiré desanimada. Fui para la cama y me encogí con cierta aflicción, era acogedora y estaba tan agotada que me dormí en un abrir y cerrar de ojos pensando en que mañana sería otro día, pero esa noche mi corazón no la olvidaría.

## Capítulo 11

Al día siguiente estaba molida. Apenas podía moverme, parecía que me había atropellado un coche. Tenía migraña y agujetas en todo el cuerpo. Solíamos cerrar la cafetería de cara al público para ir a la Sinagoga, todos juntos. Nos encontramos con doña Ana, a quien le agradecemos profundamente su labor y la ayuda, le contamos lo mucho que brillamos la noche anterior y se quedó fascinada de todos los detalles. Alina no tenía muy buen aspecto, la acompañaban sus padres que también se habían dado un pequeño descanso como cada sábado.

—Qué angustia tengo, me da vueltas todo —se quejó con cara pálida.

—Ya te dije que no bebieras tanto, si es que nunca me haces caso —añadí en voz baja.

—Ay, no me regañes que me duele mucho la cabeza.

—Haced el favor de callaros o nos echarán —advirtió seria mi hermana.

Estaba muy disgustada conmigo por haber perdido uno de los pendientes de mamá, yo me sentía fatal por ello.

—Marido y mujer constituyen una única alma separada al momento de descender al mundo. Al unirse en matrimonio, el alma vuelve a integrarse en una unidad... —citó el rabino.

—Iris también estaba con mal de estómago ayer por la noche —oí a mi padre dándole explicaciones a Anne, la madre de Alina.

—Debieron comer algo en mal estado o quizá hay una pasa.

Suerte que con la señora Fisher, teníamos una aliada. Su padre, John, era algo más estricto pero mucho menos que el mío. Su madre no es que fuera desmesuradamente permisiva pero al menos nos permitía salir y disfrutar de nuestra juventud. Nos decía que en su época ella hacía lo mismo.

—No aguanto más tengo ganas de devolver —anunció mi amiga, con una mano en la boca.

—Sal fuera que te dé un poco el aire —le aconsejé—. Señores Fisher, ¿qué les parece si acompaño a Alina a casa?, está indispuesta y así no puede continuar aquí.

—Oh, pobre de mi niña.

—Sí, regresad a casa, nosotros iremos más tarde al finalizar la asamblea —me autorizó su padre.

Cuando salí al exterior, Alina estaba apoyada en la pared parecía mareada y débil.

—Ay Iris, ¡que malita estoy! —lloriqueó.

—Ven, vayamos a la cafetería —dije tomándola del brazo—, te prepararé un té de hierbas para el estómago. Allí podrás descansar.

Mark estaba ordenando los ramos de flores, cuando llegamos nosotras a casa.

—Hola chicas, ¿cómo ha ido la mañana? —saludó alegre.

—Hola Mark, pues no muy bien, Alina tiene mal de estómago y necesita descansar.

—Oh vaya, es mejor que reposes todo el día, mejórate.

—Gracias Mark, eres un sol —dijo con voz apagada.

—Tómate esto, te sentirás mejor —le ofrecí una taza de infusión de manzanilla, una vez en el local.

—Gracias Iris, qué haría yo sin ti.

—Si hubiera sabido que ibas a estar hoy así no te hubiera dejado sola ni un minuto.

—Pero me lo pasé genial, jamás me había reído tanto.

—Sí, yo también me divertí mucho... —expresé con cierta desilusión.

—Los amigos de Erika son muy dicharacheros, ves, nadie notó que somos de este barrio —comentó—. Por cierto, cuéntame ¿cómo te fue con tu galán?

Suspiré.

—Te noto triste...

—Ay Alina... ¡Qué desastre! —Gimoteé, bajando la cabeza entre mis brazos—. ¿Puedes creerte que el chico que conoció Erika en París es el mismo que yo me encontré en el mercado y que ayer estuvo en la fiesta?

—¿Lo dices en serio? —preguntó asombrada.

—¿Me ves cara de estar bromeando?

Alina iba a hablar cuando Esther entró alborotada por la puerta.

—¡No sabéis lo que me acaba de ocurrir!

—Cálmate ¿Qué es lo que te ha pasado?

—Es Björn...

—¿Björn? ¿Qué pasa con Björn? —dijo Alina.

—Pues justo me lo he encontrado saliendo del templo y me ha acompañado hasta aquí, hemos estado charlando durante todo el camino y bueno él...

—¿Si...? —me mostré expectante.

—¡Me ha invitado a salir! —confesó tapándose las mejillas avergonzada.

—Te dije que a Björn le gustaba tu hermana.

—¿Y tú que le has contestado?

—Pues que lo tenía que pensar, claro.

—¡¿Qué?! —repliqué con el cejo fruncido—. Pensaba que ya lo tenías claro.

—No lo tomes a mal pero yo no soy como tu Iris —estableció—. No puedo salir con un hombre si papá no me da su aprobación. Pienso que estoy

haciendo algo malo.

—¿Y qué vas a hacer? —agregué—, ¿Hablarás con él?

— Sí, tendré que intentarlo.

## *Capítulo 12*

Alina se fue a descansar a su casa una vez se sintió mejor, yo aproveché y junto a Esther nos dedicamos a la limpieza del hogar. Eso me mantendría ocupada la mente y no pensaría en Kurt ni en Erika. Primero lavamos la ropa sucia que teníamos acumulada y mientras ella quitaba el polvo de los muebles yo bajé a tender a la trastienda.

—Hola chicos —les dije a los gatos cargada con el cesto de la ropa húmeda.

Me recibieron maullando y contentos, les puse comida y agua fresca. La manta que tenían dentro de su caseta se la cambié por una limpia.

Cuando regresé cogí la escoba y barrí todas las habitaciones, no estaban muy sucias pero antes de fregar lo hacía, tenía esa manía. Mi habitación era más pequeña que la de Esther, pero la prefería porque era más soleada.

—Mira lo que he encontrado, somos tú y yo de pequeñas —apareció Esther, con unas viejas fotos en la mano.

—Fíjate —señaló mostrándome a una de ellas—. Aquí estamos en el campo, recuerdo cuando te mordisqueó aquella cabra la camisa y mamá se asustó tanto al verte llorar —comentó divertida—. Se pensó que te había mordido.

—Lo pasé muy mal, pensaba que me iba a comer —reí.

—Oh, mira esta —me emocioné—. ¡Qué guapa era la abuela de joven!

—Se parecía mucho a ti —asintió—, incluso tenéis el mismo lunar en la barbilla.

—Es cierto, tú en cambio te pareces más al abuelo tienes la misma nariz aguileña.

—¿Te acuerdas cuando la abuela Isa nos hacía chocolate caliente para merendar?

—Sí claro, me encantaban esas meriendas —sonreí—. Pero después nos

dolía la tripa y papá nos regañaba por ser tan glotonas.

Reímos juntas, a pesar de haber crecido en un ambiente tan humilde nuestra niñez fue maravillosa y la recordamos con mucho cariño.

Echaba de menos a los abuelos, eran los padres de papá. Mi abuela Isa era judía y nació en Argentina. Emigró a Berlín muy joven para labrarse un futuro y aquí conoció al abuelo Ben, que era alemán. Cuando se casaron compraron la cafetería y el piso de arriba. A ella le debemos todo lo que se supone que una mujer debe saber, a hacer las tareas del hogar, coser, ser educada, saber cocinar... Era una mujer muy luchadora y fuerte, pero al fallecer el abuelo años atrás, ella nunca lo superó, al tiempo también nos dejó. Desde entonces papá decidió ocuparse del negocio, a veces nos ayudaba con los clientes pero normalmente él se encargaba de hacer las cuentas y gestionar los pedidos. Nosotras nos ocupábamos de todo lo demás, sobretodo Esther.

—Niñas ya es la hora de comer ¿qué no habéis acabado ya? —voceó papá desde la butaca mientras leía el periódico.

—Si padre, ahora mismo le servimos —contestó Esther poniendo los cubiertos en la mesa.

—Apuraos, tengo hambre —insistió.

—Pues si tienes tanta hambre haberte hecho tú la comida —repliqué molesta desde la cocina.

—¿Has dicho algo, Iris? —preguntó mi padre.

—¡Que ya verás lo buena que nos ha quedado la comida! —elevé la voz —. No soporto ser su sirvienta, si al menos nos agradeciera todo lo que hacemos por él —cuchicheé con indignación a Esther.

—Ya lo conoces no te hagas mala sangre, ni le contestes mal por favor, voy a anunciarle que me gustaría tratar a Björn y quiero que salga todo bien.

Resoplé.

—Qué conste que lo hago por ti.

Saqué la bandeja de ensalada de arenque y la adafina, hecha con carne de cordero, era muy habitual comerlo en sábado.

—Riquísimo, riquísimo —decía papá una y otra vez con la boca llena.

Miré a Esther y no me hizo falta decirle que aquél era un buen momento para hablarle de Björn. Si papá tenía el estómago lleno, se tomaba mejor esa clase de noticias.

—Padre, hay algo que me gustaría contarle —anunció.

—Dime, ¿de qué se trata? —preguntó rebañando el plato.

—Hay un muchacho amigo nuestro que me ha invitado a salir y me gustaría conocerle mejor.

Papá dejó de comer al momento de oír eso y la miró con el ceño fruncido. Yo hice como si no estuviera ahí y seguí comiendo sin mirarles.

—¿Quién es?

—Es Björn, un amigo de Mark —dijo—. Es un joven muy educado y agradable.

—¿Björn? —se rascó la frondosa barba—. No le recuerdo bien ¿a qué se dedica?

—Bueno, él es funcionario junto a su padre...

—Si es amigo de Mark será buen chico, invítalo a cenar un día —decretó—. Quiero conocerle.

Sorprendida de la respuesta de papá, me atraganté con el agua y empecé a toser.

—¿Estás bien hija? Debes comer más despacio.

—Sí, no se preocupe, el agua se me ha ido por el otro lado —añadí una vez recuperada.

—Está bien, yo se lo comento —dijo mi hermana tan incrédula como yo—. Gracias padre.

—No puedo creer que te haya dicho eso —comenté a mi hermana mientras fregaba los platos.

—Yo tampoco —añadió—. Pero parece que todo va bien, solo me falta que Björn acepte venir a cenar.

—Ya verás que sí, ten fe.

### *Capítulo 13*

A la semana siguiente, quedé en ir a pasear por el campo con Alina y Erika.

Preparé unos sándwiches fríos, algo de fruta y metí unas botellas de agua en la cesta de mimbre, íbamos a pasar casi todo el día allí y teníamos que ir con provisiones.

Hacía un día soleado, la temperatura era excelente no hacía una calor excesiva y apetecía caminar tranquilamente por los senderos. Adoraba estar en contacto con la naturaleza, estirarme en la hierba, respirar el aire puro y cerrar los ojos para escuchar detenidamente el canto de los pájaros.

—¡Esto es el paraíso! —dijo Erika, estirada en la hierba.

—Cómo me gusta que nos escapemos lejos de la muchedumbre —añadió Alina entusiasmada.

—Podría pasarme toda la vida aquí —comenté—. ¿Habéis visto que cielo tan azul? No hay ni una nube.

Al hacer ese comentario, instantáneamente me acordé de Kurt. *¿Qué será de él?* No me atrevía a preguntarle a Erika, no quería que sospechara que yo me sentía tan atraída por él.

Más tarde, decidimos parar a comer a la sombra de unos majestuosos arboles.

—Están picándome los mosquitos, mirad que piernas me están dejando —se quejó Erika señalándose las picaduras.

—El jugo del limón va muy bien, pónitelo al regresar —recomendé—. Por cierto, ¿te has fijado si por tu casa había un pendiente como el que llevaba la otra noche? —pregunté—, eran de mi madre y regresé a casa sin uno de ellos.

—Mmm —murmuró pensativa—. No... no he visto nada y supongo que las señoras de la limpieza me lo hubieran comunicado.

—Entonces se me debió caer por la calle... —suspiré apenada.

—¡Qué buenos te han quedado estos sándwiches! —exclamó Alina con la boca llena.

—Gracias —sonreí—. Sabía que os iban a gustar.

—Hace mucho calor ahora, estoy sudando.

—Jo Erika, no paras de quejarte —rió Alina—. Por cierto Iris, ¿qué pasó al final con Esther y aquél muchacho?

—Pues, Björn fue a cenar a casa y papá le dio el visto bueno, le hubierais visto estaba irreconocible —reí—, ahora no para de decirme ¿Cuándo vas a encontrar marido? —dije imitándole.

Alina y Erika rieron.

—Entonces, ¿tu hermana y Björn ya son novios? —cuestionó Alina.

—Así es —asentí—. Mi padre está la mar de contento.

De hecho yo también lo estaba porque Esther se merecía ser feliz con alguien como Björn, era un chico formal y de buena familia. Muy honrado y quería a mi hermana sinceramente.

—Parece que en verano es cuando se forman más parejas —comentó Erika misteriosa.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Alina.

—Iris, ¿te acuerdas de Kurt? El chico que vino a mi fiesta.

—¿El que conociste en París? —disimulé.

—Sí, ha hablado con papá para tratarnos más que como amigos, ya sabéis...

—¿De qué chico habláis? —cuestionó Alina haciéndose la tonta.

—No te lo pude presentar porque estabas algo indispuesta —se dirigió a ella—. Sólo lo conoció Iris.

—Cuanto... cuanto me alegro por ti Erika se nota que es un buen muchacho —dije aguantando el pesado nudo que tenía en la garganta.

—Oh y además él es tan atento y apasionado... —relató—. Es un hombre de verdad no os imagináis lo fogoso que es en la cama...

—¿Te has acostado con él? —pregunté dolida.

—Sí claro, había mucha atracción entre nosotros dos y no pudimos resistirnos.

Alina me miro apenada y yo desvié la mirada, si se la mantenía se me escaparían las lágrimas. Qué estúpida había sido, en un principio sus actos y sus palabras me hicieron pensar que podría estar interesado en mí... Pero claro, los chicos eran así, les gustaba encandilar a las jovencitas y eso hizo conmigo. Erika lo conoció primero, sus familias tenían amistad. Ella jugaba con ventaja y estaba muy por encima de mí, su noviazgo les convenía y yo no

pintaba nada en todo aquello.

—¿Qué os parece si después de comer vamos a refrescarnos al riachuelo que está más abajo? —propuso Alina cambiando de tema.

—¡Qué gran idea, es lo que necesito! —añadió Erika—. Es pensar en él y me entran unos calores...

Nos quitamos el calzado y nos remangamos para mojarnos, si es verdad que al mediodía empezaba a hacer más calor y el agua aliviaba mucho.

Las tres nos sentamos a la orilla con los pies metidos en un riachuelo que bajaba siguiendo su curso, envolviendo cada piedra que se encontraba de por medio.

Regresamos al atardecer, rodeadas por un fascinante paisaje con la mezcla de colores naranjas, amarillos, rosas y violetas. La ligera brisa nos mecía el cabello y se respiraba aire con fragancias de distintas flores. A pesar del maravilloso día que había pasado junto a mis amigas me sentía desanimada. Aquellas noticias no paraban de rondarme en la cabeza. Me hizo abrir los ojos y ver la realidad, tocar con los pies en la tierra. Kurt, no era para mí.

\*\*\*

—La confundida soy yo —reconocí.

—¿De qué hablas? —preguntó mi hermana extrañada mientras recogíamos la mesa del comedor.

—Estoy pensando seriamente en salir con él —confesé—. Es un buen chico y creo que me hará feliz.

—Iris, ¿lo dices en serio? —puso los ojos en blanco.

—Le tengo mucho aprecio.

—¡Pero no le amas!

—Sí, es cierto, no le amo pero le tengo cariño —añadí—. Además papá estaría de acuerdo conmigo por una vez en su vida.

—¿Te has vuelto loca?! —exclamó. ¿Dónde está la Iris que no creía en los compromisos sin amor?

—He cambiado de opinión —dije orgullosa.

—Pues no me parece buena idea, no sé qué decirte —replicó—. Puedes hacer mucho daño a Mark.

—Seré sincera, podría decirle que me gustaría intentarlo pero que si no

sale bien seguiremos siendo amigos.

Esther tiró un vaso de vidrio en el suelo de la cocina a adrede.

—¡Ah! ¿Por qué has hecho eso?

—Pídele perdón —me ordenó.

—¿Al vaso?

—Sí.

—¿Pe—perdón?

—Bien, ahora dime —se cruzó de brazos—. ¿Volvió a estar como antes?

—Supongo que no...

—¿Lo has entendido?

Resoplé.

No creía que fuera una mala idea, pensé que quizá mi padre no estaba tan equivocado y Mark era el mejor partido para mí. Nunca habíamos salido a solas, quizá sería buen momento para darle una oportunidad. Al fin y al cabo, tenía que resignarme a vivir como hasta ahora y quitarme todas esas tonterías de la cabeza. Debía continuar con mi vida como si Kurt nunca hubiera entrado en ella. Estaba dispuesta a hacerlo. Era lo mejor, él y yo éramos de mundos muy distintos.

## Capítulo 14

Las hojas de otoño caían secas en el suelo frío, me escapé después de comer y fui directa a la biblioteca. Necesitaba distraerme, apenas había faena en la cafetería y en días nublados me gustaba ojear libros y libros pasando horas muertas junto a músicos ya fallecidos, obras de arte e historias de batallas interminables, incluso se me ocurrió leer algo en francés. Me costaba un poco entenderlo pero ciertas palabras eran deducibles. *La odisea de Ulises*. ¡Qué fascinante obra literaria! ¡Qué afortunado fue ese hombre! después de cuarenta años fuera de su hogar, sentía que la llama de su amor no se había apagado. Como esa, muchas otras me habían conmocionado y me habían hecho enamorarme de países y culturas diferentes. Regresé a casa bajo

la tormenta, no llevaba paraguas y la lluvia me mojó de cabeza a pies. Suerte que no había tomado prestado ningún libro, nunca me perdonaría si hubiera estropeado alguno. Temía resbalarme y por ello iba más lenta caminando. Llegué a la puerta de casa, me acordé de que se me olvidaron las llaves y mi hermana ya había cerrado la cafetería.

—¡Esther! ¡Esther! —voceé picando a la puerta—, abre, soy yo Iris ¡abre!

Grité y grité, pero nadie me abría la puerta. Supuse que mi hermana no estaba en casa y mi padre estaría con la radio o quizá con algunos amigos.

—Iris, estás empapada —dijo Mark cerrando ya su tienda—, ven pasa.

—Suerte que tú me has oído —tirité de frío—. Si no, me hubiera quedado como una estatua allí fuera.

—¿Qué hacías sola en la calle? está diluviando —preguntó mientras subíamos por las escaleras del edificio.

—Volvía de la biblioteca, he pasado la tarde allí y cuando ya regresaba a casa me ha pillado la lluvia por sorpresa.

—Sí, se ha puesto a llover de repente —añadió—. Dame un minuto, voy a ver si tengo alguna muda limpia de mi hermana.

En unos pocos segundos apareció con unas toallas y ropa seca. Me quité la chaqueta empapada y me percaté que Mark miraba hacia mi escote, el agua había calado la camisa blanca y se transparentaba la ropa interior. Ese gesto, hizo sentirme toda una seductora.

—Perdón, no era mi intención ofenderte, he sido un grosero —se ruborizó.

—Shh tranquilo —posé mis dedos sobre sus labios—. No digas nada.

Lo noté confundido, era normal, nunca le había dado pie a que entre nosotros hubiera algo más que una simple amistad.

—Pasa al baño, puedes cambiarte allí —ofreció—. Si necesitas algo más me lo dices.

—Gracias, enseguida vuelvo.

Cuando me hube cambiado, salí al comedor.

—Tu hermana y yo tenemos la misma talla —comenté luciendo el vestido que me había prestado.

—Has tenido suerte, sino te tendrías que haber conformado con una camiseta mía —bromeó—. Ten, he calentado un poco de caldo de pollo.

—Oh gracias, me vendrá genial para entrar en calor.

Nos quedamos en silencio, sentados en su modesto sofá mientras el calor de la estufa caldeaba el ambiente y el caldo hacía que se regulara mi temperatura.

—Eres preciosa, Iris —dijo quitándome el pelo empapado de la cara.

Sonreí y bajé la mirada modesta. Se iba acercando lentamente hacia mí, me fijé en sus ojos grises, eran bonitos pero no me transmitían tanto como los de Kurt.

—No puedo contener más esto —murmuró casi rozando sus labios con los míos.

—Mark para, esto no está bien...

—¿Por qué no? Sabes perfectamente lo que siento por ti.

—Yo no puedo prometerte nada.

—No me importa, quiero enamorarte Iris. Que veas realmente cómo soy.

—Tengo que irme, es tarde —dije tajante—. Mi hermana se preocupará si llega a casa y no me ve.

—No Iris, no te vayas por favor —añadió cogiéndome de la mano.

—Debo irme —insistí—. Voy a enfermar si no me seco pronto el cabello.

Ya salía por la puerta cuando me giré y le propuse;

—¿Quieres que comamos en el bar de Lilly mañana?

—Claro, me encantaría —sonrió—. Te pasaré a buscar hacia el medio día.

—Ahí estaré.

Salí apresurada de casa de Mark justo cuando mi hermana intentaba abrir la puerta de casa cargada de bolsas.

—Déjame que te ayude Esther —me ofrecí cogiendo la compra—. ¿Dónde te habías metido?

—Había ido a comprar al mercado cuando me ha sorprendido la lluvia.

—¿Y papá? —pregunté mientras subíamos por la escaleras.

—Pues debe estar durmiendo.

Y efectivamente así era. Dormía en la butaca con la radio encendida, con razón no me había oído.

—Pues ya podía estar yo gritando ahí abajo empapada.

—¿Qué hacías en casa de Mark? —enarcó una ceja—. Eso no es de una muchacha decente.

—A mí también me ha sorprendido la lluvia y como nadie me abría la puerta se ha ofrecido a resguardarme —expliqué paciente.

—¿Y tu abrigo? —añadió—. ¿Dónde está?  
—¡Me lo he dejado!  
—Vas muy destapada, Mark podría fijarse en lo que no debe.  
—Uff ¡Esther! Cuando te pones de esta manera, no te soporto.

## Capítulo 15

A la mañana siguiente, Mark me estaba esperando en la puerta de mi casa. Se había arreglado más de lo normal, vestía una camisa azul y un pantalón tostado, le hacía encantador. Yo opté por una camisa de color rosa claro y una falda de tubo negra.

—Para la mujer más bella de todas —saludó entregándome una rosa roja.  
—Oh, que detalle, muchas gracias.  
—¿Preparada para una cita inolvidable? —preguntó ofreciéndome su brazo.  
—¡Preparada!

Comimos en el bar de Lilly, me pedí un sabroso filete de ternera empanado con patatas fritas y Mark no se pudo resistir al codillo de cerdo, decía que era su plato favorito y que allí lo hacían delicioso. Charlábamos y me hacía reír por las cosas que contaba.

—¿Te acuerdas cuando entró aquella mujer regordeta y me pidió doscientas rosas blancas?  
—¡Sí! —me carcajeé al recordarlo—. Estaba yo delante y me tuve que aguantar la risa al verte la cara que se te quedó.  
—Exigía que se las vendiera ese mismo día —añadió—. Y yo le contesté ¡pero señora tengo una floristería no un invernadero!

Se me saltaban las lágrimas y me empezaba a doler la tripa de tanto reír.

—A mi me pasó algo parecido el otro día —comenté—. Una mujer entró a la cafetería y me dijo; *Señorita necesitamos una tarta de cumpleaños para mi sobrino que cumple doce años.*

—¿Y qué pasó? —cuestionó Mark sorbiendo su copa de cerveza.  
—Le pregunté que para cuando la quería y me responde; ¡Para ayer!

Mark tuvo que dejar la copa encima de la mesa y empezó a toser.

—¡Es increíble lo exigente que es la gente! —exclamó.

Después de comer, Mark me propuso ir a la feria que ponían cada año en nuestra ciudad. Había pequeños tenderetes de comida rápida con mesas y bancos de madera donde familias y parejas comían y bebían divirtiéndose. Paradas con colores llamativos con toda clase de dulces para los más golosos, manzanas de caramelos, piruletas de todos los sabores, puestos de palomitas saladas o con azúcar. Varias clases de puestos de juegos de la fortuna y azar estaban repletas de gente que participaba activa. Además había llegado el circo a la ciudad, al parecer hacían espectáculos con tigres, leones, monos... Me dio tristeza al pensar en cómo utilizaban a los pobres animales salvajes para divertir al personal. Acrobacias y números con payasos también se mostraban entre otras cosas.

—¿Te apetece un algodón de azúcar? —preguntó mientras paseábamos.

—Claro, me encanta todo lo dulce, ya lo sabes, pero esta vez déjame invitarte yo.

—Está bien, tendré que aceptar —se resignó—. Por favor, dos algodones de azúcar —pidió al señor que los hacía.

—Nunca me he montado en la noria, ¿podemos subir?

—La última vez que me subí en una fue de niño —comentó—. No me suelen gustar mucho las alturas, tengo algo de vértigo pero esta vez me aguantaré por complacerte.

Al acabar el dulce, hicimos cola para la noria. Estaba emocionada por subir, tanto o más, que una niña pequeña.

—¡Que vistas más increíbles, se ve todo tan diminuto! —exclamé mirando por la ventana embobada.

Se veía el atardecer en el horizonte, colores rosados y naranjas se fundían

entre ellos. Por un momento parecía que íbamos a tocar el cielo, que se encontraba raso sin apenas nubes que lo cubrieran. Bajo éste, las casas y edificios se veían lejanos entre la vegetación.

—Es mágico presenciar algo así contigo —añadió.

Le miré a los ojos de manera cariñosa, me deje llevar por ese momento y le agarré la mano con complicidad, estaba pasando una tarde magnífica junto a él.

—Muchacho, no quiere conseguir un regalo para su novia —se ofreció un feriante una vez en tierra.

—Em... esto... —contestó dudoso.

—Venga, vamos ánimo.

—Está bien, en ¿qué consiste el juego?

—Tiene que disparar a tres botellas seguidas y romperlas, para ganar el premio mayor —anunció—. Si acierta dos puede elegir entre estos premios de mi derecha —indicó—, si es sólo un acierto los premios de mi izquierda y si no logra ninguno ¡mala suerte! —dijo finalmente.

—Venga Mark, acertarás —le animé.

—Allá vamos —dijo concentrado manteniendo el rifle lo más centrado posible.

¡Bang! Primera botella derribada.

—¡Continua así, lo haces bien!

¡Bang! Segunda botella fallida.

—No te preocupes, tú puedes.

¡Bang! ¡Tercera y última botella derribada!

—¡Genial! —exclamó—. Tenemos premio.

—Felicidades caballero, les pertenece por premio estos objetos —señaló—. Dígame el que más le gusta.

—Elije uno Iris.

—Mmm... Aquél de allá —expuse—. Es una monada.

Llegué a mi casa para la hora de la cena, había disfrutado tanto de aquella salida que se me había pasado el día volando.

—Espero que te hayas divertido tanto como yo y que repitamos —comentó.

—Me lo he pasado genial de verdad, es todo un detalle haberme regalado este precioso gatito de peluche.

—Se parece mucho a *Tom*.

—Sí —reí—. Lo pondré justo encima de mi cama.

Por un momento, no sabía que decir. Se hizo un silencio incómodo.

—Iris... —dijo acercándose a mí.

Tragué saliva. Sabía perfectamente lo que iba a hacer, me dio un corto beso que me hizo sentir extraña. Ese beso no me despertó nada, sólo ternura pero a la vez culpabilidad e incertidumbre de pensar si estaba haciendo bien.

—Hasta mañana, preciosa.

—Hasta mañana, Mark.

Cada uno nos fuimos por nuestro lado, sin percatarme de que alguien nos observaba.

\*\*\*

—Alina, soy Iris —anuncié tocando a la puerta.

—Hola Iris, adelante —me recibió seca—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a verte —dije extrañada—. ¿Qué clase pregunta es esa?

—Perdona, ven pasa. Te apetece algo ¿un café o un té?

—Un vaso de agua mejor, tengo sed.

Nos sentamos en las butacas de su comedor, quería comentarle acerca de

mis sentimientos con Mark.

—Veras Alina, eres mi mejor amiga —empecé a explicarle—, por ello tengo que decirte algo importante.

—¿Dime de qué se trata?

—Es sobre Mark, he estado pensándolo estos días y me gustaría darle una oportunidad.

—Mmf. Sí.

—Bueno de hecho el otro día salimos solos —añadí—. Me invito a comer y fuimos a la feria estuve muy agusto y...

—Mmf. ajá...

—Pero bueno —alegré—. ¿Vas a decir eso todo el rato? ¿Qué te pasa?

—Suerte que me lo has dicho hoy porque ya me estaba mosqueando.

—¿Cómo?

—Dio la casualidad que vi cómo Mark te daba un beso y me quedé muy pero que muy consternada.

—¿Nos viste?

—Sí y estaba molesta porque no sabía que estaba pasando, creía que no me tenías confianza.

—Pero Alina ¿Cómo piensas esas cosas? —Negué con la cabeza—. Si no te lo he dicho antes es porque no estaba segura.

—Bueno, me hubiera gustado que me lo dijeras antes —añadió—. Yo sé que le has dado una oportunidad por culpa de aquél chico y de Erika.

—Me desilusioné bastante, no te lo voy a negar —reconocí cabizbaja—. Pero creo que es lo mejor. A Mark lo conozco desde que éramos pequeños, es un muchacho noble.

—Puedes intentarlo yo te doy mi apoyo, ya lo sabes —dijo—. Pero prométeme que si sientes que no eres feliz no seguirás para adelante.

—Gracias —le di un fuerte abrazo—, sabía que lo entenderías, sí, te lo prometo.

## *Capítulo 16*

Así fue como empecé mi relación con Mark. Después de tanto tiempo dándole largas, le acepté como pretendiente, el cual el tiempo diría hacia

donde iba todo aquello. Cuando papá se enteró de la noticia, no se lo creyó hasta que salió de la boca del propio Mark. ¡Qué incrédulo era a veces! Incluso hicimos una pequeña comida junto a Esther y Björn. Los noviazgos entre alemanes y judíos eran de lo más común y mi padre en eso estaba de acuerdo.

A pesar de todo, yo le dejé bien claro a Mark que no estaba enamorada de él, sino que quería abrirme a intentar algo juntos.

Se acercaba fin de año, en esas fechas viajamos hasta la costa para visitar a la familia de Mark. En un principio mi padre y Esther pusieron el grito en el cielo me repetían todo el rato lo mismo *¿Cómo te vas a ir con Mark tantos días?! ¡No estás casada! ¿Cómo vas a dormir bajo el mismo techo que él?!* Me aburría mucho su manera tan tradicional de pensar. Hasta que papá no habló por teléfono con el padre de Mark, no me dejó ir con él. Su hermana había mejorado de salud y sus padres fueron muy amables y hospitalarios durante nuestra estancia. Solía pasar la mañana cosiendo y ayudando a su madre en los quehaceres del hogar. Otros días iba con su hermana al mercadillo o a hacer recados, su padre había conseguido trabajo de mecánico y podían vivir con más comodidades que mi familia. A Mark y a mí nos gustaba caminar por la orilla de la playa al atardecer con los pies descalzos, era muy fría el agua pero la sensación que transmitía era de paz y felicidad. Tuve la oportunidad de ver el mar por primera vez como tantas veces había soñado, por un instante me acordé de los seductores ojos azules de Kurt. Intentaba olvidarlo, sacarlo de mis pensamientos pero me costaba mucho trabajo.

—Mark para, no estoy cómoda aquí —dije escondidos tras unas barcas—. Hace mucho frío y nos puede ver alguien.

—Yo te daré calor, preciosa —me besaba el cuello mientras me manoseaba los pechos.

—¡Qué no! —me revolví—. No es el momento, aquí no.

—¿Y cuándo lo es, si en mi casa tampoco quieres?! —exclamó irritado.

—¡Desde luego, que poca sensibilidad tienes!

—Entiéndeme Iris, quiero que seas sólo mía —me besó a la fuerza.

—Te he dicho que no, no estoy preparada ¡lo siento! —me marché de allí apresurada.

Mark insistía en que me acostara con él pero yo no quería porque no le

amaba tanto como para entregarme. Realmente, no sabía si algún día lo iba a poder hacer, siempre pensé que la primera vez que hiciera el amor sería con alguien especial y sobretodo que estaría muy enamorada de esa persona. Sentía que él no era el indicado.

## *Capítulo 17*

Nos despedimos del año 1932 para empezar 1933. Mark seguía con su trabajo en la floristería y yo con mi vida de siempre. Solíamos vernos los fines de semana o salir en grupo como ya hacíamos. Me sentía mal, por mucho que me esforzara le seguía viendo como un amigo y no sabía cómo acabar con todo eso sin herirlo. No pretendía jugar con él. Veía que Mark estaba muy pendiente de mí, a veces demasiado, me sentía algo agobiada con ciertas actitudes que a veces las consideraba autoritarias. Algo cambió en él desde que volvimos de la costa, tenía nuevas amistades que no me daban mucha confianza.

Era treinta de enero, ese día estaba la cafetería a rebosar. Esther y yo no dábamos a basto, mi padre tuvo que echarnos una mano porque solas no podíamos atender a tantas personas. Era imposible. El señor Paul von Hindenburg, presidente de Alemania estaba dando un comunicado oficial y todos los ciudadanos estábamos expectantes.

La radio estaba a todo volumen cuando se hizo un silencio sepulcral.

— ...Nombre Canciller de Alemania al candidato Adolf Hitler.

Algunos vitorearon de emoción, otros les noté caras de decepción. Algo me decía que este señor iba a ganar el puesto ya que se le veía con gran facilidad de persuadir a al pueblo alemán. Me llamaba la atención el gran sentimiento e ímpetu que demostraba por un nuevo cambio en nuestro país, jurando una y otra vez que levantaría a Alemania y la haría mucho más rica y próspera.

Necesitaba distracción, tenía mucha presión encima por tanto trabajo y recordé que quedé en llevarle a Alina y a Erika varios tarros de mermelada de fresas y albaricoques que preparé la tarde anterior. Así que, metí los botes de

cristal en mi pequeña cesta de mimbre y salí en un momento que el local estaba más tranquilo.

Primero fui a casa de Alina que obviamente quedaba más cerca, encontré a su familia algo preocupada por la reciente noticia. No sabíamos que iba a ocurrir en los próximos meses y eso nos inquietaba. Después de la corta visita, me dirigí hacia la casa de los Müller. Esperé a que la sirvienta abriera la puerta. Me fijé que había un coche de más aparcado en la entrada que no era el de la familia, eso me extrañó.

—¡AH! —exclamé cuando noté dos patas gigantes encima mío—. ¡Pero qué susto me habéis dado!

—¡GUAU!

—¡GUAU!

—Holaaa chicos —dije cariñosa rascando el lomo a Wolf.

—No, esto no es para ti cotilla —reí al ver que Brutus intentaba meter el hocico en la cesta.

Caminaba con intención de llegar al jardín trasero donde la mujer me había indicado que se encontraba Erika leyendo, al pasar por uno de los pasillos me alarmó algo que oí sin querer en una de las salas.

—Thomas querido, ¡¡debemos brindar por este maravilloso día!! —dijo la voz de Katrina.

—Por fin llegan buenos tiempos para Alemania, con el gran líder creceremos como nación —comentó enorgullecido.

*¿Los padres de Erika son del partido? Eso es una incoherencia como un castillo, si fuera así tendría prohibida la entrada a esta casa por ser judía y me retirarían el saludo. ¿Qué pensará Erika de todo esto? ¿Estará de acuerdo también?*

Salí de la casa, no quería que me vieran por allí. Escuchar esas opiniones hizo que me alterase, quise hacer como si no hubiera estado allí y con brío fui a la entrada para irme de regreso al barrio.

—¿Señorita Gold?

Me quedé parada al reconocer aquella voz.

—Buenas tardes, señor Auttemberg —dije seca sin mirarle a los ojos.

—Cuanto me alegra volver a verla —sonrió y besó mi mano, galante—. Ha venido a visitar a Erika, me imagino.

—Así es, pero parece ser que he venido en mal momento.

Note que me mantenía la mirada de una manera embelesadora y eso me ponía nerviosa.

—¿Que es lo que mira tanto? —pregunté molesta por aquella actitud.

—Estaba pensando en los hermosos ojos que tiene, sigue tan bella como la primera vez que la vi.

*Pero será descarado.*

—Señor Auttemberg, no le parece algo irrespetuoso que halague de esa manera a la mejor amiga de su novia —espeté.

—¿Cómo? —frunció el ceño extrañado—. ¿De qué habla?

—Erika es su pareja ¿no?, pues manténgase al margen —alegué dándome la vuelta para marcharme.

—Perdone si se ha sentido ofendida pero debo aclararle que la señorita Erika no es mi novia.

Aquella respuesta no me la esperaba ¿eso era cierto? No. No podía ser. Este hombre se estaba burlando de mi.

—¡Por favor! —ironicé—. Ella misma me lo dijo, usted habló con sus padres para poder tratarla. ¿Por qué lo niega? ¿Es de esos hombres que le gusta salir y divertirse con varias mujeres a la vez? —inquirí cruzándome de brazos.

*Iris, has estado muy desafortunada. Reconocí.*

—Eso no es cierto —negó tajante—. Además yo no soy de esa clase de tipos. ¿No se ha dado cuenta aún señorita Gold? —preguntó, acercándose a mí.

—¿De qué no me he dado cuenta? —di un paso hacia atrás con desconfianza topándome con la verja a mis espaldas.

—De lo mucho que me atrae —confesó rodeándome con sus brazos por mi cintura—. Deseaba volver a verla y hoy Dios me ha complacido —susurró muy cerca sus labios de los míos.

El corazón me latía tan rápido al oír esas palabras que pensé que se me iba a salir. Le tenía tan cerca que no podía articular palabra. Su aroma me cautivó como si de un hechizo se tratara. Una vez volví a la realidad reaccioné de mala manera.

—¡Es usted un insolente! —gruñí con furia intentando deshacerme de entre sus brazos—. ¡Un desvergonzado y un atrevido!

Salí de allí apresurada, ya me daba igual el motivo por el cual había ido. Estaba confundida y muy cabreada por todo aquello. Necesitaba hablar con Alina de inmediato, por ello, la fui a buscar de nuevo.

\*\*\*

—...Y me marché de allí gritándole de todo menos guapo —le conté aún enfadada mientras dábamos un paseo por el parque.

—Qué carácter tienes a veces Iris, eres como un huracán, por donde pasas arrasas con todo —rió.

—Es que no logro entenderlo. ¿Por qué niega a Erika?

—No sé qué pensar, quizá ese muchacho te ha dicho la verdad.

—¿Eso crees?

—Últimamente, con esto del cambio de gobierno y tal yo noto a Erika algo distinta.

—¿Distinta? En qué sentido.

—Pues, por ejemplo ya no nos vemos tanto como antes.

—Bueno pero eso es porque Erika siempre está estudiando o viajando.

—Llámame loca pero hay algo que ha cambiado en ella, lo presiento.

—Supongamos que es cierto ¿qué razones tiene para mentirnos?—Insistí.

—Eso amiga mía, es lo que debemos averiguar.

## Capítulo 18

—Aquí tiene señor, un café sólo con coñac —puse la taza en la mesa.  
—Gracias, jovencita —me agradeció el hombre de mediana edad.

Mientras aquel señor ojeaba el periódico pude leer perfectamente el titular de la primera página desde detrás de la barra.

*La apertura de Dachau. ¿A qué se referiría aquello?* Pensé.

Cuando el buen hombre se hubo ido dejó el periódico en la mesa tal y como se lo encontró, al ir a recoger los vasos lo cogí para ojearlo.

—Heinrich Himmler anuncia la apertura de Dachau —murmuré en voz alta.

*Un campo de custodia protectora para todos aquellos que amenacen la seguridad del estado.* Me dio un escalofrío súbitamente.

Quedé con Alina y Esther esa misma noche para ir al cine. Antes de la película nos llamó la atención que pusieran un corto antes de que empezara la película.

—...Nuestra nación debe crecer y prosperar...

—¿Qué se supone que es esto? —me quejé sorbiendo el refresco.

—No tengo ni idea debería haber empezado ya la película —añadió Alina comiendo palomitas.

—La raza aria superior, hombres altos rubios y ojos azules... —iba narrando el locutor mientras salían imágenes—. Los judíos son el mal de esta sociedad...

—¡Esto es indignante! —exclamé.

Estaba cansada de leer y escuchar ese tipo de comentarios tan despectivos hacia los judíos y otras etnias.

—Iris por favor baja la voz nos van a echar —susurró Esther.

—Tranquilas no va a hacer falta que me echen porque me voy yo solita —mascullé levantándome de la butaca.

—Iris, espera —dijo mi hermana—. No puedes irte sola, es muy de noche. Quedamos en que Mark y Björn nos pasarían a buscar al acabar la película.

—Shh silencio —nos llamaron la atención un matrimonio detrás nuestro.

—No pienso aguantar una ofensa así, me largo —negué tajante.

—¡Mira que eres cabezota! —se desesperó Esther.

—Shh ¡callad de una vez mujeres! —nos advirtió el hombre.

—¡Cállese usted viejo decrépito! —alcé la voz.

—¡Será deslenguada! —se horrorizó la mujer que le acompañada.

Hacía mucho frío en la calle, el viento soplaba fuerte. Llevaba un abrigo gris largo que cubría pasadas las rodillas y me tapé con la bufanda de lana de color beige el cuello y la boca. No había ni un alma en la calle, sólo se oía a los perros callejeros ladrar.

—¿Se—señorita tiene algo de di—dinero? —tartamudeó un hombre desaliñado y apestando a alcohol.

—Lo siento, no traigo nada —contesté escueta, agilizando el paso.

Pensé que quizá sí que tendría que haber esperado a Björn y a Mark junto a ellas y quise regresar al cine. No me dejarían pasar de nuevo pero al menos dentro podría resguardarme de los peligros de la noche y estaría más calentita que allí fuera.

—Hola bombón —susurró alguien entre los callejones.

Alarmada, decidí ignorarlo y seguir mi camino sin más.

—¿Qué haces sola a estas horas? —se paró otro tipo enfrente de mí.

—Shh, no te asustes palomita, vente con nosotros lo pasaremos bien —dijo intentando acorralarme entre los dos.

—¡Apartaos de mí cerdos! —voceé intentando empujar a uno de ellos pero me agarro de las muñecas con mucha fuerza.

—Uh que fiera, como a mí me gustan.

—Quítame las manos de encima ¡AH! —grité cuando me asió con fuerza el cabello.

—¡Eh, vosotros, soltadla! —exclamó alguien mientras les asestaba un puñetazo a cada uno de esos sinvergüenzas.

Se fueron corriendo como dos perros con la cola entre las patas, yo estaba aún trastornada por lo ocurrido. Si no hubiera llegado esa persona Dios sabe qué habrían hecho conmigo esos dos canallas.

—¿Está bien señorita? ¿Le han hecho daño?

—Estoy bien —afirmé—. Sólo ha sido un susto.

Las calles estaban muy oscuras y apenas podía ver quién era mi héroe. No obstante, su voz me era conocida. Cuando la luz de la farola le enfocó la cara no podía creerlo.

—¿Kurt? —aclaré la voz—. ¿Señor Auttemberg?

—¿Iris?, perdón señorita Gold.

—Oh, por el amor de Dios es la segunda vez que me ayuda, dejémonos de formalismos.

—Disculpe, después de nuestra última conversación me dejó claro que debíamos guardar las distancias, pero si quiere que la tutee, así será —sonrió.

Qué sonrisa tan pura tenía, llena de luz. Podía iluminar toda ese callejón de manera permanente.

—Hay ciertas cosas que no tengo claras aún —establecí.

—Mantengo firmemente lo que te expliqué aquel día —dijo—. Los Müller son amigos de mi familia, solamente estoy siendo educado con Erika porque a mi padre le interesa que tengamos una relación cordial todos —añadió—. Pero yo no le he dado pie a que piense que hay algo más entre nosotros.

—¿Por qué iba a mentirme? —pregunté confusa—. Ella es mi amiga.

—No me crees...

—No es eso, es que me cuesta trabajo pensar que me puede estar ocultando la verdad.

—Te propongo algo, Erika suele frecuentar este bar los sábados por la noche, seguro que éste estará allí —ofreció una pequeña tarjeta con la dirección anotada.

—¿Y qué pretendes hacer?

—Tú sólo tienes que estar allí para verlo.

—Lo pensaré... —advertí.

—Por cierto ¿qué haces a estas horas por aquí sola? —cuestionó—. ¿Te has perdido?

—Estaba en el cine con mi hermana y mi amiga y... bueno... decidí irme a casa antes.

—Es peligroso para una mujer andar sola por la calle y más a estas horas de la noche.

—No te preocupes, puedo cuidarme sola. Aunque debo reconocer que esta vez sentí miedo.

—¿Quieres que te acompañe a tu casa? —preguntó amablemente.

—Prefiero que me acompañes al cine de nuevo.

Mientras caminábamos calle arriba me percaté que iba uniformado, a pesar de no ver bien a causa del poco alumbrado.

—¿Estás de servicio?

—Sí, esta noche nos ha tocado a un compañero y a mí vigilar esta zona.

—Vaya, tienes que ser un hombre muy valiente para dedicarte a ello.

—Eso intento, aunque a veces no es fácil —agregó—. Veo muchas injusticias y sinceramente no sé donde vamos a llegar.

Muy a mi pesar, no había mucha distancia desde donde me había encontrado Kurt hasta el cine. Apenas pudimos intercambiar algunos gustos, comentó que adoraba practicar deporte como el futbol e ir de pesca, al parecer su casa quedaba a tres manzanas de la de Erika. Le conté a qué me dedicaba y algunas de mis aficiones, a él también le gustaban los animales y eso me gustó, la abuela siempre decía que una persona que respetara y amara a los animales era una persona bondadosa.

—¿Aquí estarás bien? —preguntó con un tono de preocupación que me gustó.

—Sí, esperaré a que ellas salgan —respondí—. Ya faltará poco para que finalice la sesión.

—Si quieres puedo esperar hasta entonces —sugirió.

—Oh, no por favor, me sentiría muy mal, debes continuar con tu trabajo.

—No me importa velar por ti, Iris.

Me estremecí cuando con sus dedos apartó un mechón de mi flequillo tras

mi oreja. Su caricia por mi mejilla fue tan suave que me hizo cerrar los ojos varios segundos, me transmitió una serie de sentimientos indescriptibles esa intimidad. Bajo la iluminación de las farolas. En silencio, él y yo.

—¡Iriiiiiis!! —voceó alguien a pocos metros de nosotros.

Me espanté terriblemente y Kurt impresionado por aquel feroz grito, me agarró con las dos manos la cintura y me desvió atrás suyo, resguardándome.

—¿Qué hace usted en esa actitud con mi mujer? —inquirió refiriéndose a Kurt.

Le miré incrédula ¿su mujer? Creí haberle dejado claro las cosas pero ya veía que no. Mark se había montado su propia película. Kurt me miró estupefacto, no sé si fueron imaginaciones mías pero me dio la impresión que en su mirada había cierto desengaño al oír esas palabras.

—¡Maldita sea! —me cogió Mark del brazo embravecido—. ¿Dónde demonios te habías metido?

—¡Suéltame me haces daño, animal! —chillé.

—¡Apártate de ella o lo lamentarás! —gritó Kurt muy enfadado, asestándole un empujón en el hombro.

—¿Quién te crees que eres para ordenarme qué debo o no hacer? —se encaró Mark.

—Esa no es manera de tratar a una dama, señor —recalcó—. Y ahora debo continuar con mi deber, buenas noches —me miró muy serio.

Se alejaba entre la oscuridad de la noche mientras a mi me caía encima un chaparrón de voces y rugidos. Tenía ganas de salir corriendo tras Kurt y decirle que aquello no era verdad, que yo realmente le amaba a él en silencio y todos esos meses atrás fueron inútiles intentando olvidarle. ¿Cómo era posible sentir esas emociones tan fuertes en mi interior? De una cosa estaba segura y era que quería conocerle, saberlo todo de él. A pesar de Mark, de nuestras diferencias sociales, por encima de Erika. Quería ser egoísta, no quería renunciar a lo que sentía, no servía de nada porque en cualquier momento cuando yo pensaba que ya lo había desterrado él volvía a aparecer en mi vida.

—...Estaba muy preocupado cuando entré y Alina me dijo que te habías marchado.

—¿Alina? —volví a la realidad—. ¿Ya han salido?

—Sí, están con Björn las ha llevado a casa, no debiste irte sola —insistió—, te podría haber pasado algo malo.

—Basta ya ¡basta! —le grité—. No tienes ningún derecho a decirle a nadie que soy tú mujer. No lo soy ¿me oyes?

—¡Porque tú no quieres! —masculló—. Vas de liberal y rebelde pero eres una estrecha como todas.

—No me faltes al respeto Mark —le advertí enfadada.

—Sólo estoy diciendo la verdad.

—¡Se acabó! —rugí—. ¡Ya no te aguanto más!

—¿Cómo dices?

—No puedo luchar en contra de mis sentimientos, no puedo sacrificarme por algo que no he intentado ni siquiera. No puedo amarte Mark —grité—, no puedo amarte porque ya amo a otro hombre.

—¿Era ese tipo? —chilló zarandeándome de los brazos—. ¡Contéstame!

Era incapaz de mirarle. Le tenía miedo. Nunca me había hablado ni tratado de esa manera. Se había vuelto un hombre violento.

—¡Contéstame, mujer!

—Sí, era él, lo siento... —confesé llorando muy turbada —intenté quererte te lo juro pero no lo conseguí.

—Mírame Iris —cogió mi barbilla con fuerza—. ¿Me has engañado con él?, si es así te juro que...

Alzó la mano, yo estaba muy asustada, cerré los ojos y esperé lo peor. Mark me ganaba en fuerza mil veces, si me pegaba me dejaría echa un despojo.

—¡Mal nacido! —gritó alguien espaldas a Mark tirándolo al suelo con fuerza.

Éste se abalanzó contra él y le atosigó un puñetazo en el pómulo derecho.

—¡Se te van a quitar las ganas de maltratar a una mujer! —le asestó otro.

No paraba de pegarle una y otra vez. En las costillas, en la boca del estómago... a Mark le salía sangre por la nariz, diría que la tenía rota. Él también le dio un par de veces a su rival pero quién ganaba con diferencia era Kurt.

—Por favor parad, os vais a matar ¡parad!

Nadie me hacía caso y empecé a correr muy asustada, llegué al portal de mi casa deshecha. No quería pasar dentro por lo que me senté en las escaleras echa un ovillo sin parar de llorar. Fue una coincidencia que justo llegaran Esther y Alina.

—Iris, ¿qué te ha sucedido? —cuestiono preocupada Alina—. ¿Por qué lloras?

—¿Te han hecho algo malo Iris? —quiso saber mi hermana.

Yo no tenía ganas de contestar, sólo quería llorar.

—Ya nos quedamos con ella Björn, gracias por acompañarnos a casa —oí que se despedía.

—Ven, entremos a la cafetería —comentó mi amiga cogiéndome del brazo.

## *Capítulo 19*

—...Y por eso estoy así.

—¿Por qué no me lo habías contado antes? —preguntó Esther posando las tazas de chocolate caliente en las mesas—. ¿Es que no me tienes confianza?

—No sabía cómo te lo ibas a tomar...

—Oh, mira que eres testaruda —dijo—. ¡Terca como una mula, muy terca!

—No me regañes, bastante presión tengo ya —gimoteé mientras me sonaba la nariz.

—¿Has dejado a esos dos leones solos? —cuestiono Alina.

—¿Qué querías que hiciera? No podía detenerlos.

—Dime, ¿cuántas veces te dije que no era buena idea que le dieras esperanzas a Mark? —añadió mi hermana.

—Muchas.

—¡Exacto, muchas! Y tú como siempre hiciste lo que te dio la gana, aunque eso no justifica para nada su actitud.

—Pero porque yo creí que Kurt y Erika... —lloriqueé.

—Mi opinión es que Erika no dice la verdad por algún motivo que aún no sabemos —expuso mi amiga—. Debemos darle un voto de confianza a Kurt e ir el sábado al bar que te ha mencionado.

—Sea cual sea el motivo, parece que la que le interesa eres tú, Iris Goldstein —expuso Esther.

—¿Tú—tú crees?

Las dos asintieron.

Esa noche no pude pegar ojo por el incidente con Mark. Su actitud era tan autoritaria, peor que papá. Se había tornado agresivo y yo no quería convivir en un futuro con alguien que me asfixiara y me tratara de esa manera ¿me hubiera pegado si no llega a aparecer Kurt? ¿Qué pasaba entre Kurt y Erika realmente? ¿Era cierto que él también se sentía atraído por mí? Ya no sabía qué pensar pero lo que tenía claro es que yo quería afrontar todos esos problemas. Estaba decidida a ir a aquél bar como me propuso Kurt y descubrir quién estaba mintiendo.

## *Capítulo 20*

—¿Preparada para el espionaje amiga? —preguntó cómica.

—¿Qué es lo que haces con la boca Alina?

Se carcajeó.

—Soy una auténtica detective —susurró mirando hacia los lados.

—Lo que somos es patéticas —reí mirándome al espejo—. ¿Tú has visto que mal me queda esta peluca rubia?

—La verdad es que no nos favorece nada —añadió con guasa—. Vamos a

ver, son las diez menos cuarto —miró el reloj de su muñeca—. Según el hombretón Erika debe estar al caer.

Entreabrí la puerta del servicio con disimulo, que estaba enfrente de la entrada del bar y desde allí podíamos ver quien accedía o marchaba. Era un local muy glamuroso, con poca iluminación. Kurt estaba en una de las butacas tomando whisky con hielo.

—Pobrecito, que hematomas tiene en el pómulo —dijo Alina asomándose por encima de mí—. ¿Qué se siente cuando dos hombres pelean por ti, eh?

—No estoy muy orgullosa... preferiría haberlo evitado —contesté—. Si él está así no me quiero imaginar cómo habrá dejado a Mark.

—Se lo merece por canalla.

—Mírala está allí, ya viene —anuncié nerviosa—. Cuando Kurt nos haga la señal, vamos.

Kurt saludó a Erika. Ella estaba sorprendida, parecía no esperarse encontrárselo allí. Charlaban de pie cuando ella le agarró del brazo y fueron a la barra. De repente, él sacó su pequeño peine y lo deslizó entre los mechones de cabello engominados hacia atrás.

—La señal, la señal —dije apresurada.

—Vamos, vamos.

Salimos del baño. Me era algo difícil ver porque llevábamos grandes gafas de sol en aquel bar con tan poca luz. Alina se sentó espaldas a Erika y yo enfrente de ella. Erika estaba tan embelesada hablando con Kurt que ni se percató que allí estábamos nosotras.

—¿Señoritas, que gustan tomar? —nos preguntó el camarero.

Mire Alina enarcando una ceja, si alzábamos la voz temía que Erika me reconociera y se percatara que estábamos allí

Me aclaré la voz y respondí en voz baja a aquel buen hombre lo primero que se me vino a la cabeza.

—*Deux martinis noir, s'il vous plait.*

Alina se abanicó con la carta de bebidas, estaba roja y tensa. Si nos pillaba se iba todo al garete.

—Estás muy guapa esta noche Erika —alabó Kurt.

—Oh, gracias...

—Tienes unos ojos hermosos —añadió con voz seductora.

No me hizo gracia oír eso. Aunque sabía que formaban parte del plan, me estaba poniendo celosa por presenciar aquellos cumplidos.

—Vaya, qué halagador estás esta noche.

Hablaban de cosas cotidianas, vi de reojo que le servía la tercera copa de whisky.

—Dime una cosa Erika ¿por qué has hecho creer a Iris que tú y yo somos pareja?

—¿Cómo sabes eso? —rió con descaro—. ¿La muy tonta ha corrido a tus brazos a decírtelo? Has hecho muy mal en fijarte en esa mujer querido... sólo te traerá problemas —espetó mientras sorbía del vaso.

—¿De qué hablas?

—Os vi muy acaramelados en mi fiesta y eso no me gustó nada —masculló—. ¿Crees que no me di cuenta de cómo te miraba embobada? —volvió a reír—. Esa estúpida cree que me he acostado contigo —añadió con tono de burla.

No podía creer lo que estaba escuchando. Su desprecio me dio repugnancia y coraje.

—Pero créeme, ella nunca te complacerá como yo... —Le susurró acercando la boca a su oído mientras acariciaba su pierna con intenciones de excitarlo.

—Pero Erika, ¡Iris es tu amiga! —exclamó incomodo sujetándole la mano.

—¿Mi amiga? —ironizó con guasa—. Ella es solo una maldita jud...

Me levanté al ver sus intenciones de confesar quien era y por la manera que tuvo de expresarse, alcé la voz para decirle:

—¡Ésta por ofenderme! —le di una bofetada—. ¡Y ésta por mentirnos! —le tiré mi vaso de *Martini* encima.

—¡¿Pero qué...?!

Nos quitamos las pelucas y las gafas.

—¡Iris! —alucinó al verme—. ¡Alina!

—Nunca imaginé que fueras tan retorcida y perversa —dijo Alina cruzándose de brazos.

—Habéis oído...

—Absolutamente todo —mascullé.

—¡Maldito imbécil! —se dirigió a Kurt—. Tú sabías que iban a estar aquí, ¡lo habéis planeado todo! —nos miró con odio.

—¡Vaya qué inteligente! —se mofó Alina.

—¿Cómo has podido hablar de esa manera? —añadí con los ojos vidriosos—. Con lo que te apreciaba.

—No necesito vuestro aprecio —se burló retirándose hacia el baño.

Quería estar sola. Salí del local y apoyé una mano en uno de los muros de un edificio desolada. Sus palabras me afectaron mucho. Erika no era así *¿Por qué se comportaba de esa manera?* Me preguntaba. *¡Claro! la conversación de sus padres el otro día...* Supuse que Erika también pertenecía al Partido. Es la única respuesta lógica que encontraba. Por eso sentía tanto odio hacia nosotras y no soportaba que Kurt se fijara en mí antes que en ella. El racismo se incrementaba con el paso de los días y estaba presente en los hogares alemanes. Vecinos o incluso familiares de distintas culturas ahora estaban en disputa por culpa del gobierno al que adoraban ciegamente. Me había tocado romper esa relación de tantísimos años por culpa de la situación en la que atravesábamos, por culpa del odio infundado.

Nos había tomado el pelo a las dos, en especial a mí. Por sus enredos y sus mentiras yo empecé una relación con Mark que ahora había pasado factura en nuestra amistad y me había apartado de la persona que yo amaba. Derramé varias lágrimas y cerré los ojos.

—Iris ¿estás bien? —preguntó Kurt posando sus manos en mis hombros.

—No, no lo estoy —me giré abrazándole en un impulso—. ¡No se lo voy a

perdonar nunca! —sollocé mientras él me acogía entre sus brazos y me acariciaba el cabello.

—Cálmate —me habló con cariño—. Ya has visto cómo es Erika realmente, no merece tus lágrimas.

Me deshice de ese abrazo y alcé la voz con rencor.

—¡No lo entiendes! ¡Por su culpa yo me alejé de ti! —me tapé la boca avergonzada tras percatarme de esa confesión.

—Iris... —murmuró incrédulo.

No me dio tiempo a decir nada más, cuando en un arrebato Kurt me agarró de las mejillas con sus manos y me besó de manera apasionada. Jamás me habían besado de ese modo. Su boca era suave, su aroma tan peculiar y varonil inundaba mis fosas nasales haciéndome hervir la sangre.

—Kurt... —susurré agitada.

El me miraba con deleite, en ese instante sobraban las palabras.

Estábamos tan cerca... yo deseaba su boca de nuevo. Nuestros labios se rozaron una y otra vez, notaba su cálida lengua que jugaba con la mía sensualmente y me estremecía.

—Dime que sientes lo mismo que yo —tocaba su frente y la mía—, por favor Iris, dímelo.

—Desde el primer momento en que te vi lo siento.

—Lo sabía —sonrió—, sabía que no eran imaginaciones mías, que esto que siento aquí —puso mis manos sobre su pecho—, era correspondido.

—Tengo que disculparme contigo, fui muy grosera al dudar de ti pero...

Me calló con un dulce beso.

—No digas nada —dijo en voz baja.

Alina se fue por su cuenta a casa al descubrirnos tan apegados, le insistí en que era muy de noche pero ella quiso que me quedara con él. Aproveché y le expliqué a Kurt todo el embrollo de Erika, le hablé también de Mark y de mi

tormentosa relación con él.

—En realidad te oí sabes, aquella noche con ese chico —dijo mientras paseábamos por la calle.

*Oh que vergüenza.* Pensé ruborizada.

—No vayas a creer que soy un entrometido —añadió—. Pero ese tipo no me causó buena impresión y por eso preferí no alejarme.

—Te lo agradezco, si no llegas a aparecer en ese momento... —respiré hondo.

—No tienes que agradecerme nada, no voy a permitir que nadie te haga daño nunca.

Le miré anonadada. Los dos nos fundimos en un tierno abrazo. Aquello que nos estaba pasando era real. Tenía su pecho en mi rostro y podía oír los fuertes latidos de su corazón. Esa melodía se había convertido en mi música favorita a partir de ese instante. Parados en mitad de la acera, rodeados por la luz que emitían las farolas como dos seres que temían por separarse, nos mantuvimos inmóviles. Quería que se parara el tiempo para nunca más salir de allí. Me sentía correspondida y libre, pues aquellos fantasmas que me angustiaban se habían ido al fin.

## *Capítulo 21*

Habían pasado varias semanas desde la disputa con Mark. Eran inútiles todos los intentos de hablar con él y tratar que nuestra relación fuera más pacífica. No me atendía. Ni siquiera escuchaba nada de lo que le decía. No me miraba a la cara ni me saludaba. Esther tenía razón, después del desastre y las duras palabras que le dije era difícil que todo volviera a ser como antes. No obstante, yo también estaba disgustada por cómo me trató e intentaba recuperar nuestra amistad.

<<*Se vende*>>. Leí sorprendida en el cristal de la floristería.

—¿Te mudas de Berlín?! —exclamé entrando por la puerta.  
—Eso no te incumbe —respondió Mark con desgana.  
—No seas niño, dime ¿te vas a ir? —insistí.

Pude ver los moratones verdosos y liliáceos que empezaban a marcharse de sus pómulos y en su ceja izquierda.

—Sí, me marcho —dijo tajante—. Pero no de Berlín, ya no quiero seguir en este negocio, no puedo permanecer aquí más tiempo.

—¿Pero de qué vas a trabajar?

—Me ha salido un buen trabajo —respondió cortante—. Discúlpame Iris, pero tengo que acabar de empaquetar mis pertenencias, me traslado a otra vivienda mañana mismo.

—Mark, nunca quise hacerte daño...

—¡No digas ni una sola palabra más! —espetó—. Fui un imbécil al pensar que...

Soltó un bramido.

—Que tengas suerte en tu nueva vida —finalizó.

Me despidió de mala manera y me marche con mal sabor de boca. Mark había sido un gran amigo para mí y que se fuera del barrio me dolía, más aún estando tan resentido conmigo. Era su decisión y yo debía respetarla como tal. Me quedaba con la conciencia tranquila sabiendo que había intentado de todas las formas apaciguar la situación.

## Capítulo 22

—No puedo creer que Mark se marche así como así —comentó Alina.

—Yo tampoco, quizá sea lo mejor.

—¿Y de qué va a vivir de ahora en adelante?

—Según él ha encontrado un trabajo mejor pero no me ha especificado de qué —añadí mientras pagaba a doña Lola.

—Gracias por venir *bonicas*, tomad el cambio, *ale ir con Dios*.

—Hasta pronto, doña Lola —nos despedimos de ella.

—¿Has sabido algo de Erika? —cuestionó Alina.

—No, no he recibido ninguna noticia —respondí—. No sé nada de ella y no sé si quiero saberlo.

Estaba aún muy dolida con Erika. No me esperaba aquellos comentarios por nada del mundo. Me sentía traicionada, ni siquiera quería oír hablar de ella.

—Estaba irreconocible... no me lo esperaba de ella.

—Yo tampoco —suspiré.

Nos dirigíamos a la salida del mercado, con tantas bolsas no había podido guardar el cambio en el monedero y precisamente cuando salía por la puerta se me cayeron varias monedas al suelo.

—¡Vaya! —exclamó mi amiga—. ¿Te ayudo?

—Ya puedo yo, tranquila —dije agachándome para recogerlas—. Lo que me faltaba era esto...

—Iris, ¿aquel chico de allí no es...?

—Como me sobra tanto el dinero, yo voy y lo tiro —continué hablando sin prestar atención a lo que me decía.

—Iris, creo que ése de ahí es... ¡Dios mío es él! ¡Está viniendo hacia aquí!

—¿Qué es lo que dices Alina?

—Buenos días, señoritas.

Me alcé de repente al oír esa voz.

—Buenos días Kurt —saludé alisándome la falda del vestido.

Llevaba puesto una chaqueta de deporte y unos pantalones cortos que dejaban ver sus atléticas piernas.

—¿Qué tal estás Iris? —preguntó con una amplia sonrisa.

—¡Anda! —exclamó Alina tocándose la frente con la mano—. Qué torpe estoy se me ha olvidado comprar algo, enseguida vuelvo.

*Será embustera.* Pensé aguantándome las ganas de reír. Kurt era tal y como me imaginaba, todo un caballero. La noche del altercado con Erika nos intercambiamos los teléfonos y me llamaba casi a diario cuando nadie estaba en casa. Salíamos por las tardes a pasear y a cenar. Una vez me invitó al campo y me enseñó a pescar, aunque no se me daba nada bien. Obviamente mi padre no estaba enterado, las únicas que lo sabían eran mi hermana y Alina.

—Bien, haciendo la compra de la semana ¿y tú?

—Iba a jugar a fútbol con unos compañeros, no todo es trabajar.

—Claro, también hay que divertirse —sonreí.

—Aprovechando que hemos coincidido, me gustaría saber algo...

—¿De qué se trata?

—Tengo dos entradas para ir a la ópera —anunció—. ¿Querías acompañarme?

¿A la ópera? Nunca había ido a un sitio así, la entrada era de un precio desorbitado y no podíamos permitirnoslo en casa. Pero me entusiasmaba muchísimo la idea, había oído que era un espectáculo magnífico. ¿Cómo iba a decirle que no a semejante proposición?

—Claro, me encantaría.

—Estupendo —sonrió.

—Eh Kurt, ¿vienes ya? —alzó la voz un compañero.

—Preséntanos a esa hermosura —voceó otro joven.

Esos comentarios me causaron gracia.

—¡Callaros, cretinos! Ahora voy —les chilló—. Te paso a buscar a tu casa este sábado a las nueve de la noche ¿Te parece?

*¿Mi casa?* No. Kurt no podía saber donde vivía. No estaba preparada para decirle que era de familia humilde y mucho menos que era judía. *¿Y si sucedía lo mismo que con Erika y él me despreciaba también?*

—Es que... em... no es buena idea —me inquieté—, mi padre es algo estricto y si ve que salgo con un joven sola por la noche, se enfadaría mucho. Podemos quedar aquí mismo —propuse.

—¿Aquí?  
—Sí, te esperaré... em... —dije pensativa mirando a mi alrededor—. En ese banco de allá —señalé.  
—Está bien, como tú prefieras.  
—Nos vemos el sábado —me despedí.  
—Siempre es un placer volver a verte, Iris —me dio un suave beso en la mano y se alejó.  
—¡Madre del amor hermoso! —exclamó Alina apareciendo de repente.  
—¡Qué susto me has dado!  
—Ese hombre esta coladito por ti ¿a la ópera? —suspiró dramática—. Ojalá un galán me invitara a mí a esos sitios.  
—¿Has oído todo lo que hemos hablado? —pregunté sorprendida.  
—Por supuesto, tengo un oído muy fino y sé leer los labios muy bien.

Reí. ¡Qué cotilla era Alina!

\*\*\*

A media tarde, aproveché que todos se habían ido y calenté agua en varias ollas, las más grandes. Las vacié con cuidado en un gran barreño. No teníamos la cómoda bañera que disfrutaban en casa de Erika pero ya nos apañábamos. Me gustaba el olor a incienso al bañarme así que lo encendí. Puse la radio en una emisora que emitía música blues y jazz. Mi preferida. Metí primero un pie, luego el otro y poco a poco iba sumergiendo todo mi cuerpo en aquella agua tan agradable.

Después del agotador día que había tenido, eso era muy complaciente. Estaba relajada, con la mente en blanco, me rodeaba una agradable mezcla de vapor e incienso que se fusionaba con el sonido de la música. De pronto, aquella melodía hizo dar un salto atrás a mi mente y se paró en la noche en que me reencontré con Kurt, en la fiesta de Erika. Recordaba su olor y se me erizó el vello al pensar, lo corpulento que era. *Señorita Gold...* Sonreí tímidamente al recordar su voz, sentí que mi cuerpo se encendía al recordar su mirada, tan intensa como la de un tigre... Intenté imaginarlo enfrente de mí. Ese hombre debía ser todo un adonis desnudo. No pude evitar deslizar mis dedos entre mis labios y sentir como invocaba yo misma al placer.

Si tan solo la imaginación podía hacerme gozar tanto ¿Cómo sería realmente yacer con un hombre como él?

## Capítulo 23

El jueves invité a Alina a comer a mi casa. Papá había ido a la asamblea con algunos vecinos y Esther pasaría todo el día con Björn en el campo con varios amigos suyos. Venía bien descansar de vez en cuando y salir de la rutina. Aunque yo hice lo mismo que solía hacer siempre, ir a la biblioteca, darle de comer a los gatos... Era ya media tarde cuando desde la ventana del comedor me percaté que ya no estaba el cartel de <<se vende>>, alguien había comprado el negocio de enfrente. Me afligía ver la floristería vacía y empapelada. Entraban y salían trabajadores, deberían estar arreglando el local y pintándolo para su próxima apertura.

—Parece que pronto tendremos vecinos nuevos —comentó Alina detrás de mí.

—Sí, y no paro de preguntarme ¿qué será de Mark? ¿Dónde habrá ido?

—No te atormentes Iris —dijo—. Te propongo un plan.

—¿Cuál?

—Sacamos todos los vestidos de noche de tu armario y elegimos el que mejor te siente para tu gran cita.

Reí emocionada.

—Me parece una gran idea —establecí—. Eso me distraerá.

—A ver ¿qué te parece éste? —propuse mientras me lo probaba por encima.

—Ni pensarlo —descartó—. Demasiado recatado.

—¿Y ése?

—Mmm muy provocativo ¡Se le irán los ojos donde no debe! —bromeó dándome una palmada en el trasero.

—¿Qué tal éste?

—No está mal... —dijo—. Pero es algo sencillo... ¡oh! Espera, éste de aquí es perfecto, es muy fino —señaló.

—Si éste es ideal.

Justo llamaron a la puerta de mi habitación.

—¿Sí?  
—¿Se puede chicas? —preguntó mi hermana asomándose.  
—Claro pasa ¡qué pronto has regresado! —exclamé—. ¿Cómo ha ido?  
—Pues mejor de lo que yo creía ¡me ha pedido matrimonio! —saltó de alegría enseñándonos el maravilloso anillo de compromiso.  
—¡Enhorabuena! ¡Cuánto me alegro! —la abracé.  
—Que fantástica noticia —aplaudió Alina—. ¡Felicidades Esther!  
—Ha sido tan emotivo, estábamos en la orilla del río cuando me lo ha propuesto y ¿cómo le iba a decir que no? Si es el hombre de mi vida.  
—A este paso me voy a quedar para vestir santos —dijo Alina con guasa.  
—No —reí—. Ya verás cómo hay alguien esperándote allí fuera.  
—Lo dudo.

Papá se alegró muchísimo con esa noticia, su hija mayor se iba a casar y él estaba muy orgulloso. Sin embargo, conmigo estaba disgustado desde que se enteró que no iba a tratar más a Mark. Me culpaba por ser según él una *mala mujer* y me decía que me iba a quedar *solterona* por ese carácter que me gustaba. Qué afortunada era Esther, pronto iba a empezar una nueva vida junto a Björn. Yo también deseaba casarme algún día y poder formar una gran familia. Soñaba en que se cumpliera, con Kurt, claro. Cada día que pasaba estaba más feliz con él. Su interior me fascinaba sentía que estábamos hechos el uno para el otro.

## Capítulo 24

Llegó el sábado, fui hasta el lugar donde quedé con Kurt. Estaba muy nerviosa, apenas pude acabarme la cena del nudo que tenía en el estómago. Esa noche, me arreglé lo mejor que pude, quería dejarle sin palabras y usé ese labial carmín que tanto me favorecía. El vestido elegido resaltaba mis curvas, era muy distinguido de un color burdeos con mangas abombadas y un pequeño cinturón a juego. Lo confeccionó doña Ana como regalo de mi diez y ocho cumpleaños, era perfecto para esa ocasión. Hacía mucho frío esa noche, llevaba un abrigo negro, una bufanda de pelo sintético y guantes oscuros, aún así estaba helada.

Oí el sonido de un claxon cuando esperaba en el banco.

—¿Kurt? —pregunté cegada por las luces de aquel coche.

—Buenas noches Iris —saludó saliendo del auto—. Toma, para la mujer más dulce que he conocido nunca —comentó entregándome una caja de bombones.

—Oh, muchas gracias, no hacía falta que te molestaras —dije—. Parecen deliciosos.

—Que menos que traerte un detalle —me dio un corto beso en los labios.

—¿Vamos a ir en este coche?

—Claro, la ópera nos queda algo lejos —comentó—. No te iba a obligar a caminar hasta el otro lado de la ciudad, adelante —se ofreció a abrirme la puerta.

Los asientos eran de cuero y el interior olía prácticamente a nuevo. Debía conservarlo muy bien ya que estaba todo impecable, Kurt se manejaba muy ágil en el volante y con ese traje oscuro estaba muy seductor.

—¿Es tuyo?

—En realidad no. Es de mi padre, en ocasiones me lo suele prestar.

—Qué considerado.

—¿Te encuentras bien? —cuestionó sin dejar de mirar a la carretera—. Te noto inquieta.

*Es observador.*

—Estoy algo nerviosa, es la primera vez que voy a la ópera —confesé.

—Me sorprende, una chica tan culta como tú que no haya ido nunca a la ópera.

—Bueno... no he tenido con quién ir —dije apresurada.

—Te va a encantar, estoy seguro.

—Seguro que sí —sonreí—. Por cierto, ni siquiera me has comentado ¿Qué obra vamos a ver?

—*Romeo y Julieta.*

—¿*Shakespeare!* —exclamé—. ¿De verdad?

—Sí, ¿por qué, no te agrada?

—Al contrario, es una de mis obras favoritas.

—¡Qué suerte! He acertado de pleno.

Reímos juntos.

\*\*\*

—Ya hemos llegado —dijo aparcando.

Salió él primero del coche para abrirme la puerta, me encantaban esos gestos tan galantes que tenía.

—Gracias, muy amable —le cogí de la mano.

Nos dirigimos hacia la entrada, el señor de la recepción nos saludo cordialmente. Había gente muy distinguida en la fila y Kurt saludaba a varios de ellos que deberían ser amigos de su familia o del trabajo.

—¿Kurt Auttemberg? —preguntó una grave voz a espaldas nuestras.

—Oh, que grata sorpresa Coronel Weber ¿cómo está? —saludó dándole la mano—. Señora Weber —añadió besando la mano de ésta.

—Bien gracias a Dios pero no tan bien como tú muchacho ¿has decidido sentar la cabeza? —añadió mirándonos simultáneamente a los dos.

Kurt me miró en ese momento, era una situación incómoda. Me limité a sonreír al Coronel ya que no sabía que decir.

—Sí. Ella es mi pareja, señor.

*Qué bien suena eso.* Pensé encantada.

—Oh, te felicito es muy hermosa —me sonrió y yo hice lo mismo como agradecimiento—. Bien, os deseo que paséis una gran velada, recuerdos a tus padres.

—Por supuesto. De su parte, que tengan muy buena noche —hizo una pequeña reverencia con la cabeza.

—Lo siento si te has ofendido —me susurró—. El Coronel Weber se cree que todos somos de su condición, su señora no sabe qué lugares suele

frecuentar su marido a altas horas de la madrugada.

—¿Y tú sí? —pregunté enarcando una ceja con guasa.

—No es lo que estás pensando... —se sonrojó.

—Vamos, no me digas que acabas de salir del seminario —ironicé.

Rió.

—De todas formas, me ha gustado que me dieras mi lugar —le besé mientras él me rodeaba por la cintura.

—Eres mi novia ¿no?

Asentí con la cabeza embelesada por sus ojos azules.

—Vayamos dentro, preciosa —me guió de su mano hacia el interior.

Nos sentamos en uno de los palcos principales, se veía todo muy cercano. Era una sala grandiosa, las barandillas estaban pintadas en tonos dorados con las sillas tapizadas de rojo y en el techo había una enorme lámpara de araña. A lo lejos se veía el gran escenario donde pronto iba a presenciar mi primera obra. Estaba ilusionadísima de estar allí junto a él.

—He elegido uno de los mejores asientos para que no nos perdamos ni un detalle —comentó.

—Este lugar es espléndido —me maravillé observando mi alrededor—. Jamás me lo había imaginado así.

—Me encanta hacerte feliz.

—Oh, parece que ya va a comenzar —susurré.

La luz se volvió tenue. Daba un ambiente de intimidad en ese majestuoso lugar. Se abrió el gran telón y los actores salieron a escena. El público aplaudió dándoles un estrecho recibimiento. Los distintos decorados estaban hechos con sumo cuidado y no les faltaba ningún detalle.

—¿Es francés? —dije en voz baja.

—Sí ¿entiendes el idioma?

—Algo me defiende.

Note que él me miraba curioso de vez en cuando, debía parecer una niña con una muñeca nueva.

—¿Qué es lo que ha dicho? —susurré.

Estaba convencida que no me había oído cuando posó una mano en mi muslo y acercándose a mi oído murmuró.

—*No sé si mi mano podrá expresar lo que mi corazón siente.*

Al llegar al último acto, todo el público se levantó y aplaudimos con énfasis. Me sentía maravillada.

—¡Bravo! —exclamé secándome las lagrimas derramadas.

Llegando al aparcamiento me preguntó;

—¿Qué te ha parecido?

—No tengo palabras, ha sido un espectáculo fascinante. Es una pena que ya se acabe la noche —respondí sincera, apresada por tantas emociones.

—No tiene porque acabarse aquí —me fijo la mirada.

—Lo siento, que vergüenza —dije ruborizada—, que pensarás de mi...

—Pienso que sabes leer la mente —añadió—. Porque yo estaba pensando justo lo mismo, sabes, voy a llevarte a un lugar donde solía ir con alguien especial.

—¿A dónde?

—Es una sorpresa, confía en mí.

*¿Alguien especial? Me tensé de pronto, ¿sería alguna novia del pasado?*

## Capítulo 25

Aquel sitio era mágico y único, aparcamos a lo alto de una colina. El cielo estaba repleto de estrellas y se veían todas las luces de la ciudad como luciérnagas en la oscuridad. Podíamos oír el sonido de algunos grillos y de los

búhos de fondo, escondidos entre las ramas de los árboles. Nos apoyamos en el capó del auto.

—Solía venir aquí con mi mejor amigo por las tardes, al acabar la escuela nos pasábamos largos ratos jugando y explorando toda esa parte de allá — señaló hacia el bosque—. Hacíamos ver que éramos aventureros en busca de algún tesoro perdido. Una vez recuerdo que hasta hicimos una tienda de campaña y todo. Siempre les dábamos dolores de cabeza a nuestras madres, éramos unos terremotos —rió recordando aquello.

Al oír esas palabras me acordé de Alina, de cuanto la estimaba y lo importante que era en mi vida.

—Hablas de él como si no estuviera.

—Ya no está aquí —dijo serio—. Falleció cuando yo tenía catorce años.

—Cuánto lo siento...

Me cogió la mano, esa cercanía me gustó.

—¿Cómo se llamaba?

—Nils —contestó—. Sólo era un año mayor que yo, una tarde volvíamos de hacer senderismo cuando nos cayó una enorme tormenta. El suelo era algo rocoso, resbaló y cayó por el acantilado, no me dio tiempo a... —respiró hondo.

—Tranquilo, no tienes porque seguir.

—Quiero hacerlo —pausó—. No alcancé a cogerle la mano, bajé como pude por otro camino pero ya cuando llegué para auxiliarlo había muerto. No pude reanimarlo, la caída le causó contusiones en la cabeza... todo pasó muy rápido... por eso hace bastante tiempo que no paso por aquí porque su muerte me afectó mucho. Era mi amigo Iris y no tenerlo nunca más a mi lado me causó un gran abatimiento.

Que me contara aquel episodio tan fatídico de su juventud me enterneció el alma.

—No tuviste la culpa, fue un accidente.

—Sí, me costó aceptar eso.

Me dio un escalofrío a causa del viento.

—Tendrías que haberme traído en verano —cambié de tema para que se alegrara.

Sonrió.

—Ven, te daré calor —dijo acercándose a él.

—Gracias por haberme enseñado éste lugar —apoyé mi cabeza en su hombro—. Es realmente hermoso.

Kurt me besó con ternura.

—Por cierto, tengo algo que te pertenece —anunció de pronto.

—No puedo creerlo —me asombré—. El pendiente de mi madre, lo daba por perdido.

—*Conservar algo que me ayude a recordarte sería admitir que te puedo olvidar.*

—Oh, Kurt... —le besé como agradecimiento—. No sabes lo importante que es para mí haberlo recuperado ¿dónde lo encontraste?

—En las escaleras de casa de Erika justo cuando te marchabas, el día de su fiesta —explicó—. No he tenido oportunidad de devolvértelo, hasta hoy.

Miré hacia el cielo con ojos vidriosos. Sonreí a la estrella que más brillaba, allá en el firmamento. Sentía que mamá estaba conmigo en ese instante. Quizá ella, desde allí arriba me había puesto a Kurt en el camino.

—Gracias... —susurré.

## Capítulo 26

—...Y me devolvió el pendiente de mamá, lo había guardado todos estos meses —expliqué desde la cama.

—¡Por favor! qué hombre más romántico —se maravilló.

—Me supo muy mal pero tuve que mentirle y me dejó en otro portal haciéndole ver que era mi casa.

—Hiciste bien, no te quedaba otra opción ¿de qué más hablasteis? — indagó.

—Le hablé de los abuelos, de mis padres... menos de que soy judía... no me atrevo a decírselo —comenté—. Él me conversó sobre los países a los que había ido y de su infancia. Achís —estornudé.

—Bueno, parece que no todo salió perfecto —dijo Esther entrando a mi cuarto con un tazón de sopa—. Vaya resfriado que has pillado, hoy será mejor que no te levantes de la cama.

—Alina ¿podrías poner de comer a los gatos hoy?

—Claro, más tarde voy y les arreglo la caseta.

—Gracias amiga.

—Por cierto, pasado mañana van a inaugurar el local de enfrente — informó Esther.

—¿Ya han acabado las obras? —me sorprendí—. ¡Qué rápido! ¿Vamos a ir o...? —pregunté con cautela.

—Sí mujer, que Mark se haya ido no significa que no seamos amables con los nuevos vecinos —añadió Esther.

—Sí, tienes razón —dije mientras me tomaba la sopa caliente—. ¿Qué tipo de negocio han puesto?

—Según he leído esta mañana en el cartel, una barbería —anunció.

—¿Una barbería? —reí—. Alina, ahí seguro que está tu hombre ideal, con tantos caballeros que vendrán a cortarse el pelo.

—Já, já, que graciosa... —ironizó haciéndome una mueca burlona.

—¡¡Achís!!

—Aunque bueno, primero tendrás que recuperarte —dijo mi hermana.

—Odio estar enferma —me quejé haciendo un puchero—. No puedo estar sin hacer nada, en cama todo el día.

—Esta tarde pasaré por enfrente de la biblioteca —comentó Alina—. ¿Quieres que te traiga un par de libros?

—Oh, qué gran idea, me servirá de distracción.

En ese momento sonó el teléfono y Esther fue a contestar.

—Iris, Kurt está al teléfono pregunta por ti.

Me levanté tan deprisa que me dio un pequeño mareo a causa de las décimas de fiebre.

—Si te encuentras mal le digo que llame otro día o que ya lo llamarás tú.  
—Ni se te ocurra colgar —advertí—. Ahora mismo voy.

Como pude fui hasta el comedor donde teníamos el teléfono y me senté en una de las sillas.

—Buenos días Kurt.

—Hola mi amor, qué alegría volver a oír tu voz —dijo con cariño—. ¿Cómo has amanecido?

—Pues verás... —me soné con un pañuelo la nariz—. He pillado un buen resfriado —estornudé de nuevo.

—Vaya, cuánto lo lamento.

—No te preocupes, no hubiera cambiado nada de la noche de ayer.

—Yo tampoco —escuché una sonrisa detrás del teléfono—. Tengo mucho trabajo últimamente, no podremos vernos esta semana.

—Oh ¿de verdad?

—Lo siento mi vida —se disculpó—, pero ¿qué te parece si nos vemos la semana próxima? Podemos ir a merendar algo y luego pasamos un rato en la biblioteca.

—A ver... —comenté haciéndome la interesante—, déjame que me lo piense... mmm... está bien.

Charlamos un par de minutos más cuando mi hermana me avisó que mi padre subía por las escaleras.

—Tengo que colgar —me apresuré a decir.

—De acuerdo —añadió—. Nos vemos pronto, recuerda que te quiero con locura Iris.

—Y yo a ti, Kurt.

Colgué el teléfono.

—¡Oh! te quiero con locura Iris —imitó Alina la voz de mi amor—. ¡Qué pareja más bonita!

—¡Serás metomentodo!

## Capítulo 27

<<Gran inauguración Barbería Nathan>>

A las 18:00h de la tarde

¡Les esperamos!

Era martes. Ya me encontraba mucho mejor del resfriado. Esos días quedamos Esther, Alina y yo para ir a dar le bienvenida a los nuevos vecinos tal y como habíamos comentado días atrás. Había bastante gente alrededor del establecimiento, lo habían dejado muy vistoso. Estaba segura que tendría éxito esa barbería, parecía muy jovial y con un aire fresco. Las paredes eran de color azul cielo y había un par de espejos grandes y sillones cómodos para afeitar y arreglar a los señores. Al fondo un mostrador de madera y sobre ella una caja registradora. Se habían molestado en preparar varios entrantes fríos para picar y refrescos.

—Y con este papel tiene descuento por nueva apertura —informó a una señora.

—Gracias joven, se lo diré a mis hijos —agradeció ésta.

Parecía un hombre más mayor que nosotras quizá de la edad de Esther. Era alto y moreno, llevaba una barba espesa pero arreglada que le daba una expresión más seria. *Deberá ser el dueño*. Fue lo primero que pensé, me resultó extraño que únicamente se encontrara él atendiendo a tanta gente, no veía ningún trabajador más por allá.

—Buenas tardes, bienvenidas —nos saludó muy cortés.

—Hola somos Alina, mi hermana Esther y yo Iris —presenté ofreciéndole unas galletas—. ¡Bienvenido al barrio!

—Seremos vecinos, nuestra cafetería es la de allí enfrente —señaló mi hermana.

—Y mi familia tiene una artesanía al principio de la calle —añadió mi amiga.

—¡Vaya! Entonces nos llevaremos muy bien, yo soy Nathan encantado de conocerlas señoritas –nos dio la mano—. Gracias por las galletas, no hacía falta que...

—Nathan —gritó una mujer interrumpiendo la conversación—. ¿Puedes venir un segundo, por favor?

*Ella deberá ser su mujer.* Vi que llevaba una criatura de apenas un par de meses en los brazos, el bebé parecía estar algo inquieto porque la mujer lo acunaba muy seguido.

—Disculpad, enseguida vuelvo —dijo retirándose.

—Qué chico más simpático —comentó Alina—. Me ha caído bien.

—Pero si nos acabamos de presentar —reí.

Bebimos un par de refrescos y tomamos algunos sándwiches mientras Nathan nos explicaba lo ilusionado que estaba de empezar un nuevo negocio, al parecer él también era judío y el barrio le agradaba para vivir.

—Por cierto, ¿sabe algo de Mark? —pregunté—, o ¿donde se encuentra?

—No, lo siento —respondió—. Él no me dijo dónde se iba.

—Claro...

## Capítulo 28

Entrábamos en el mes de abril. Eran cerca de las diez de la mañana y hacía buena temperatura. Ya desde bien temprano limpié las cristaleras de la cafetería mientras que Esther se ocupaba de barrer la puerta.

Repasaba las mesas con un paño húmedo y me cercioraba que los jarroncitos de flores estuvieran centrados. Me gustaba que estuviera todo en orden. Mi hermana, en cambio, calentaba el café en la cocina y preparaba bollos dulces.

—¡Iris!, ¡Iris! —entró mi amiga llorando por la puerta.

—¿Qué te pasa Alina? —me preocupé, cogiéndole sus temblorosas manos.

—Vienen para aquí —anunció.

—¿Quiénes vienen? —pregunté confundida.

—N—no no lo sé —tartamudeó—. Muchos hombres con uniforme, nos han insultado a mis padres y a mí. He podido escapar para venir a avisaros.

—¿Cómo?!

—¿Qué son esos gritos? —apareció mi hermana detrás de la barra.

—¡Iris, Esther, Alina! id al almacén y no salgáis de allí bajo ningún concepto —ordenó papá entrando por la puerta.

—No padre, id vosotros yo quiero saber que está pasando —alegué.

—¡No me desobedezcas ahora, Iris! —gritó—. ¡Vuelve!

Salí a la calle y les vi. Eran cientos de hombres uniformados tal y como había comentado Alina. Cantaban canciones patrióticas y antisemitas. Empujaban a ancianos, niños y mujeres, no hacían ningún tipo de distinción. Unos, pintaban las cristalerías de los negocios y las puertas de las casas de mis vecinos con estrellas de David en negro y amarillo. Otros se dedicaban a pegar carteles en las paredes. Pude leer en la barbería de Nathan varios de ellos que decían; <<Los judíos son nuestra desgracia>> <<No compren en los negocios judíos>> ¿Quién eran los desgraciados ellos por sentirse inferiores a los judíos o nosotros por soportar tales infamias?

—Eh, eh, usted —inquirí—. ¿Qué se supone que están haciendo?! —voceé a uno de ellos mientras pintaba los cristales de la cafetería con la palabra *judío*.

—¡Perra judía, sal de mi camino! —me empujó aquel hombre—. ¡Escoria!

Una vez caí al suelo, me escupió. En ese instante, le miré a los ojos y me percaté de quién era. La ira y el coraje crecieron dentro de mí como un monstruo encarcelado enfurecido queriendo salir. Si no es por papá que me agarró con fuerza en ese momento hubiera ahogado con mis propias manos a aquella sucia rata.

—¡Maldito seas, traidor!! —grité desesperada, derramando un mar de lágrimas—. ¿Cómo me has podido hacer esto!? ¿Cómo!?

Chillé encolerizada desde lo más profundo de mis entrañas. Perdí el juicio. Jamás me hubiera imaginado que Mark podía hacernos una cosa así.

<<SS>> Pude leer en el cuello de su camisa, una letra al lado de la otra

me recordaron a dos rayos bajo la oscuridad de la noche.

*¿Dónde he visto esas letras?* Pensé varios segundos.

Él se limitó a sonreír, era una sonrisa perversa y su mirada transmitía maldad. Una maldad que nunca había visto en él, hasta ese día. En ese momento, salieron Alina y Esther, horrorizadas al reconocerlo, tanto como yo, me arrastraron entre los tres como pudieron hasta la cafetería. No tenía fuerzas para estar de pie, me sentía tan desolada que solo tenía ganas de llorar. Nos quedamos prácticamente todo el día encerrados en el almacén, muertos de miedo pero a la vez de impotencia. ¿Por qué me había hecho eso Mark, por despecho? ¿Tal vez venganza? ¿Cómo había sido capaz de unirse a las SS? Ahora entendía su cambio de actitud. Me ocultó el ingreso al Partido, le habían infundado odio y aversión hacia los judíos sumado al daño que le hice había sido un cóctel explosivo para él.

—Estoy aterrada —susurré a Alina sin que los demás se percataran.

—Lo sé, yo también —murmuró.

—Si se entera Kurt que soy judía hará lo mismo que ha hecho Mark —añadí—. Escupirme y tirarme al suelo como una alimaña ¡no entiendo porque tiene que pasar esto!

—Quizá él no siga al partido, como Björn —opinó.

—¡No puedo decírselo! ¡No quiero perderlo! —lloré como una niña pequeña mientras Alina me abrazaba.

—Tienes que afrontarlo, lo que tenga que pasar, sucederá.

## *Capítulo 29*

El día siguiente amaneció más tranquilo. Propusimos todos los vecinos ayudarnos los unos a los otros a quitar la pintura y los carteles de los negocios.

Si ellos disfrutaban con ese abuso, nosotros demostrábamos ser solidarios con nuestros allegados. Conforme iban pasando los días, había mucha más intolerancia y represión. Björn, tuvo que demostrar su descendencia aria para poder continuar en el puesto de la función pública.

Nos explicó que a muchos compañeros suyos judíos se les despidió por el mero hecho de pertenecer a esa religión. Hubo un claro fin a las libertades de cada ciudadano, la prensa, la radio, el cine estaba perfectamente manipulado

por el gobierno. Un gobierno que nos repudiaba. Mucha gente fue arrestada, incluso desaparecían sin dejar rastro, nadie sabía a dónde iban. Temíamos que un día nos tocara a uno de nosotros. Los escaparates de las tiendas a las que solía ir siempre mostraban carteles enormes de cómo debía ser una persona pura de raza aria; altos, ojos azules y cabello rubio. Todo lo contrario a nosotros.

### *Capítulo 30*

A la semana siguiente, fui a la cafetería donde Kurt me había citado. Tenía muchas ganas de volverle a ver. Después de vivir todo aquel caos, estar con él me alegraría. Me puse un vestido rojo estampado de flores y un collar de perlas blancas. Le vi sentado en una mesa a través de los cristales y le saludé con la mano muy sonriente. Cuando me vio automáticamente se le iluminó el rostro.

—Tengo la novia más hermosa de todas —dijo mientras me daba un suave beso en los labios.

—Y yo al más halagador —reí.

Sentados en la mesa, nos pusimos a charlar. Pedimos unos enormes batidos, él de chocolate y yo de fresa, ambos con nata montada por encima.

—Te he dicho ya lo sexy que te hace ese lunar —me miró seductor.

—Sí, varias veces —sorbí de mi batido.

—¿Oíste hablar de la revuelta de los negocios judíos? —preguntó.

Me atraganté ante esa cuestión puesto que no me la esperaba en absoluto.

—¿Cariño, estás bien?

—Perdón —dije una vez recuperada aclarándome la voz—. No, no he oído nada —disimulé.

—No sé qué opinas tú Iris pero todo se está descontrolando.

*Todo se está descontrolando.* Me repetía, sin saber a qué narices se

refería con eso. Pero tampoco quería preguntar, no quería saber su opinión sobre judíos ni arios. Ni hablar del Partido, no estaba preparada para lo que suponía eso. Lo único que pude hacer fue asentir y cambiar de tema.

—¿Vamos a la biblioteca ya? Me lo prometiste... —le puse ojitos.  
—Claro, voy a pagar y nos vamos.

Respiré hondo y le rogué a Dios que él no siguiera hablando del tema.

\*\*\*

—...Y ¿este? —señaló tapando el título del libro.

Recorriamos las estanterías de la biblioteca, en busca de los libros que más me habían llamado la atención y haciendo un pequeño juego de adivinanzas.

—*Historia de dos ciudades*, de *Charles Dickens*.

—¿Es que te sabes todas las obras de literatura inglesa? —preguntó asombrado.

—Casi todas —reí.

—¿Y de que trata?

—Bueno, hace comparación entre Londres y París del siglo XVIII, mientras en una se respiraba tranquilidad y orden, en la otra, se preparaba una revolución —expliqué.

—Los extremos nunca son buenos —murmuró sin que yo apenas le escuchara.

—¿Cuál es ése?

—*La vuelta al mundo en ochenta días*, *Julio Verne* —dije—. Sabes, me fascinaba imaginarme todos los lugares que citaban en el libro.

—Pues yo te llevaré a cada uno de ellos para que los veas con tus propios ojos —me acorraló besándome entre los estantes—. Espera —se separó de mí—. ¿Oyes eso?

Agudicé mi oído, escuché de lejos un retumbar de voces.

—Será alguna manifestación, quizá —dije sin darle importancia.

Pero como si de una estampida de animales se tratara, el ruido cada vez se sentía más cerca. Kurt fue hasta el principio del pasillo donde nos encontrábamos y se asomó por la barandilla de madera.

—¡Vámonos Iris!, ¡corre! —gritó mirándome con estupor.

Mis piernas le obedecieron y corrí hacia él a pesar de no entender qué estaba pasando allí dentro, le cogí con fuerza del brazo y bajamos con rapidez las escaleras hasta el primer piso. Me agobié desmesuradamente por la multitud de personas que entraban por la puerta principal de la biblioteca. Corrían de un lado para otro cogiendo uno por uno los libros de las estanterías y llevándoselos a montones. Quedé paralizada. Kurt me protegió en su pecho y me dirigió hacia la salida como pudo.

—¡Apartaos soy oficial! —escuché que gritaba—. ¡Apartaos!

Algunos se retiraron al momento como si le tuvieran respeto o quizá miedo, otros iban hacia su objetivo; los libros. Entre empujones salimos de allí. Sin darme cuenta que llevaba en mis manos el único libro que conservaría de la biblioteca de Berlín.

—¿Qué es lo que pasa Kurt? —tosí cegada por aquella humareda.

—Tápate la nariz con mi pañuelo —me ofreció.

Había una gran revuelta a pocos metros de nosotros, hicieron una gran hoguera donde vi miles de libros apilados, arder. Las llamas los envolvían con furia hasta convertirlos en cenizas rodeados por centenares de personas que lo celebraban y gritaban con énfasis.

—¡¡No!! —grité cuando vi semejante atrocidad.

Decidí a ir hasta allí pero Kurt lo impidió.

—No, es peligroso, debemos irnos de inmediato —ordenó.

—¡No, no! ¡Suéltame! —lloré desesperada—. ¡Qué estáis haciendo malnacidos, descerebrados!

Exhausta por el ataque de nervios, noté debilidad y aturdimiento en manos y piernas. Un zumbido resonaba en mis oídos, la vista se nubló entornándose cada vez más oscura. Fue una mezcla del humo, la impresión y el dolor que me produjo al ver todos aquellos libros quemándose lo que me hizo perder el conocimiento en sus brazos. Todos y cada uno de ellos me había aportado un grano de arroz a mi ser. Gracias a ellos yo era Iris. Ellos me habían enseñado a soñar despierta, a amar los paisajes, la naturaleza, a tener una mente abierta y a conocer quien éramos las personas desde antes que el mundo fuera mundo. Ya sabía qué éramos la raza humana, unos bárbaros que destruíamos todo por nuestro propio interés, sin importarnos absolutamente nada.

### *Capítulo 31*

—Señorita reaccione.

Entreabrí los ojos y lo primero que vi fue a una señora regordeta con uniforme de sirvienta, que me miraba asustada con unos pequeños ojos azules.

Desperté al oler el fuerte alcohol, que lo había acercado a mi nariz. Estaba tumbada en una cama que me era extraña.

—Joven Kurt, ya reacciona, venga rápido —alzó la voz en la puerta de aquella gran habitación.

—¿Dónde estoy? —murmuré recostándome—. ¿Qué ha pasado?

En ese momento me acordé de todo lo que había sucedido hasta entonces.

—Que bien que ya hayas despertado mi amor —entró Kurt por la puerta—. Tranquila, estás en mi casa. Aquí te cuidaré.

—¿Qué? —dije incrédula—. No puedo estar aquí, mi hermana y mi padre se preocuparán —intenté levantarme de la cama.

—Sh, cálmate —me paró—. Llamaremos a tu casa más tarde y les avisaremos.

—¡No! —exclamé tajante—. A mi casa no.

Si mi hermana se enteraba de que estaba en casa de Kurt me retiraría la

palabra eternamente y con papá me metería en serios problemas. Él ni siquiera sabía de la existencia de Kurt.

—Pero y tus padres ¿qué van a decir?

—Por eso no te preocupes, mis padres han viajado a Italia por unos asuntos de negocios y las personas del servicio no les dirán nada, son de confianza.

—Llamaré a casa de Alina para que me cubra.

—Como tú prefieras ¿te sientes mejor?

—Oh Kurt, ha sido horrible —me puse a llorar en sus brazos.

—Lo sé y muy peligroso.

—Joven Kurt, aquí tiene la muda que me pidió para la señorita —entró la señora por la puerta.

—Gracias Berta, déjela en aquella silla de allá —le indicó.

—Sí señor, con permiso.

—¿Es esta tu habitación? —dije contemplando mi alrededor.

—Así es.

*Pero si es más grande que toda mi casa.* Era una amplio dormitorio con una cama enorme muy cómoda, con sabanas suaves de color crudo y un canapé de madera maciza marrón oscuro. Las paredes pintadas en blanco con varios cuadros con paisajes de montañas en ellas, al fondo había un pequeño sofá de cuero y al lado un escritorio donde reposaban libretas y folios.

—Puedes asearte y cambiarte de ropa —me ofreció—. Aquí está mi baño, utilízalo sin problema —abrió la puerta blanca que comunicaba con su habitación.

—Sí, me vendrá bien relajarme.

—Te estaré esperando en la sala para cenar.

Asentí.

Después de la reconfortante ducha me sentí como nueva. El vestido que llevaba, apestaba a humo y lo puse bien colocado en una silla cambiándolo por el que me había dejado preparado la señora Berta. Cuando estuve lista, bajé a la sala donde Kurt me esperaba. Era un amplio comedor con una mesa maciza y decorada con suma delicadeza por cuadros y jarrones. Con

ventanales que daban al jardín y vitrinas donde guardaban vajillas y copas que parecían muy finas.

—¿No será un vestido de alguna ex novia tuya, no? —le miré con picardía.

—No, es de mi madre —rió—. Tenéis el mismo tipo, además hace mucho tiempo que no estoy con ninguna mujer.

—Vas a hacer que me ponga celosa —advertí con guasa.

—No tienes por qué, yo solo tengo ojos para ti —me sentó en su regazo besándome—. Alguien se aclaró la voz y yo me levanté de repente.

—¿Sirvo ya la cena, joven? —preguntó Berta.

—Sí, adelante.

—De mientras ¿puedo hacer una llamada?

—Claro, estás en tu casa, al fondo a la derecha hay un teléfono —estableció.

—Gracias.

Llamé a Alina para comunicarle que esa noche la pasaría con Kurt y que tenía que hacerme el favor de decirle a Esther y a papá que yo me quedaba en su casa a dormir. Rezaba para que se lo creyeran. Volví al comedor con Kurt, ya estaba todo servido. Cenamos una sopa riquísima hecha con hortalizas y de segundo plato unas jugosas salchichas con puré de patata. Nos quedamos viendo el televisor y charlando largo rato hasta que nos despedimos para descansar.

Ya era tarde. El reloj tocó cerca de la media noche. Lo oía desde la habitación de invitados que estaba a tan sólo dos recámaras de la de él. Seguramente ya estaría durmiendo pero yo no podía conciliar el sueño. Daba vueltas y vueltas en esa cama extraña sin dejar de pensar en que estaba en casa de aquél hombre, a solas. Le daba vueltas a muchas cosas todas ellas indecentes, *¿porqué tienes que tener esta mente tan lujuriosa?* Es que me encendía su mirada, sus palabras... Me ardía la sangre la manera en que él me cuidaba, cómo me protegió aquella tarde... Sólo deseaba entregarme a él por completo. Anhelaba sus apasionados besos, ansiaba sus caricias. Las necesitaba. No me importaba nada, sólo lo quería a él.

*¿Por qué no puedo dejarme llevar por mis impulsos? ¿Por qué está mal querer amarlo?* Aunque fuera una noche solamente... Recordaba las conversaciones con Esther *Eso no es de una señorita respetable, eso es indebido, sólo cuando estés en matrimonio.* Y también las charlas con Alina

*todo lo que se haga con el corazón no tiene que ser un error, aunque nos hayan educado con ese pensamiento ¿por qué debemos reprimir algo que uno siente?*

*¡¡A la porra!!*

Me levanté decidida de la cama y fui a tuestas descalza por el pasillo, si Dios me iba a señalar de por vida por seguir mi corazón, entonces yo era una pecadora.

*Iris, definitivamente has perdido la cabeza por este hombre.*

Me choqué con algo.

—¡Au! —exclamó.

—¿Kurt?

—¿Iris?

—Perdón, te he dado un pisotón —reí.

—¿Qué haces levantada? —preguntó—. Es muy tarde ya.

—No podía dormir y bueno... —disimulé— ¿y tú, qué haces despierto?

—Iba a ir a verte.

Esa respuesta hizo que me pusiera colorada, no me vi pero estaba segura porque notaba mis mejillas arder y el pulso se aceleró con un bombeo acompasado.

—Te añoraba —acarició mis cabellos.

—Yo a ti también.

—Iris, quiero ser el primero y el último hombre de tu vida —susurró haciendo que me estremeciera al sentir su aliento tan cerca de mí—. En todos los aspectos.

Rodeó con sus brazos mi estrecha cintura.

No pude articular palabra, solamente se me ocurrió algo para que supiera que yo estaba de acuerdo en eso, le besé en un impulso, con mucha intensidad.

—¿Estás segura?

—Totalmente.

Me cogió en brazos y me llevó hasta su habitación. Me posó en su cama con suma delicadeza sin dejar de besarme con pasión. Me desnudó quitándome el camisón, sus grandes manos acariciaron mis pechos con suavidad, mordisqueó y succionó uno de los pezones haciéndome crecer la excitación. Le desabroche la blusa, tenía el torso tal y como me lo imaginé, fuerte y musculado.

—¿A... a dónde vas? —tartamudeé.

—Shh tranquila, te va a gustar.

—¡Me da vergüenza!

Me deshice por dentro cuando con su cálida lengua lamió el centro de mi sexo con ímpetu y lo rozaba con sus labios.

—Kurt... —gemí.

Después de ese momento, se levantó y se quitó los pantalones.

—¡Ay dios santo! —exclamé al ver su gran virilidad.

—Ven, acaríciame.

Guió mis manos a su masculinidad y soltó un gruñido que me gustó.

Continué dándole placer, a la vez que nos besábamos uno muy apegado al otro.

Acarició mi pequeño botón y cuando menos me lo esperaba introdujo uno de sus dedos en mi interior haciéndome vibrar al moverlos hábiles.

—Quiero ser tuya —le susurré al oído.

Se puso encima de mí, sutilmente, intentando no aplastarme con su cuerpo.

Las palpitaciones iban a cien por hora, noté su duro miembro en la entrada de mi húmeda intimidad.

—¡Espera! —le paré intranquila—. ¿Me va a doler mucho, verdad?

—No te lo voy a negar al principio sentirás algo de dolor, pero después

menguará, ya lo verás.

—Estoy muy nerviosa...

—Mírame, iré con cuidado ¿vale? —dijo—. Si te duele mucho pararé.

Asentí y respiré hondo intentando serenarme. Sentí como se introducía poco a poco en mí hasta que llegó al límite allá donde yacía mi virginidad y de un intenso empujón la traspasó.

—¡AH! —grité mientras caían varias lágrimas por mis mejillas, aferrándome con fuerza a su espalda.

—Ya está mi amor, tranquila, ya está —intentó calmarme.

Me besaba con dulzura, me miraba con tanto cariño... más que el dolor, me pudo ese sentimiento, el que se siente cuando amas con el corazón. Sólo me importaba aquel momento tan especial que se había dado entre los dos.

Se movió una y otra vez, primero con precaución pero con cada embestida la vehemencia crecía más y más entre nosotros. Ya no sentía molestia alguna, presenciaba cómo venían olas de placer desde lo más profundo de mí.

Estaba ardiendo de pasión, embrujada por su fogosidad. Estar entre sus brazos era mucho mejor de lo que me había figurado. Así sin pensarlo, dejándome llevar, llegué al clímax de ese frenesí de sensaciones mientras que Kurt acabó pocos segundos después con un grave bramido.

Los dos estábamos sudados, agitados y con la respiración entre cortada. Me entró la risa floja.

—¿Tan mal he estado que te ríes de mí? —se posó a mi lado invitándome a recostarme en su pecho desnudo.

—No, no me río de ti, ha sido increíble.

—¿Te he hecho mucho daño?

—Tranquilo, estoy bien.

—Eres la mujer de mi vida —dijo haciendo que le mirase a los ojos—. Me siento el hombre más afortunado de todos.

Sonreí.

—Jamás voy a olvidar esta noche —susurré.

## Capítulo 32

Nunca había deseado algo con tanta devoción. Hasta que amanecí en la misma cama que él, a su lado, en su pecho desnudo. Pedí a la vida que me permitiera despertarme así cada mañana por el resto de mis días. Kurt dormía profundamente, parecía un ángel, su respiración era pausada y estaba irresistible con el pelo alborotado. Sentía felicidad extrema, algo inexplicable. Vi que había manchado con varias gotas de sangre las sábanas de su cama, no me arrepentía de haberme entregado a él. Me vestí poniéndome sólo su camisa, el rico olor de su cuerpo me embriagó. Fui al baño para aseoarme y cuando salí me percaté que sobre la mesa del escritorio habían apilados varios libros. En uno de ellos leí *Mein Kampf*, de Adolf Hitler. Lo cogí con cuidado de no hacer ruido y abrí una página al azar.

*Todos aquellos que, en este mundo no son de raza pura, no son más que desechos.* Leí para mis adentros.

Si Kurt tenía ese libro en su habitación es porque creía en ese hombre y en sus ideales políticos. Cerré el libro con dolor por descubrir la realidad que no había querido ver y decidí irme a casa. En el cuarto de invitados dejé mi ropa del día anterior, me cambiaría y para cuando él despertara ya me habría ido.

Pasé por el pasillo, una de las puertas estaba entreabierta y me pareció ver algo que me llamó la atención. Entré al cuarto, su uniforme negro bien planchado colgaba de una percha. Era un traje imponente, sin duda. Recordé con cariño la primera vez que le vi con él puesto. Lo acaricié con delicadeza y me fijé en que en uno de los antebrazos llevaba una especie de brazalete rojo con una gran esvástica.

—La esvástica... —murmuré pensativa.

Abrí los ojos con horror al ver los dos rayos en el cuello de la camisa.

—No es posible... —susurré tapándome la boca con mi mano.

Era el mismo traje que llevaba Mark el día del boicot a los negocios judíos.

*¡Kurt también pertenece a las SS!*

—Dios mío... ¿qué he hecho? —dije alarmada.

Me dirigí a la habitación de invitados para cambiarme rápidamente, debía salir de esa casa lo antes posible. Tenía mucho miedo.

—Iris, mi amor, ¿qué haces? —preguntó Kurt entrando por la puerta.

—Yo... debo irme enseguida —me apresuré.

—¿Por qué? ¿Te encuentras mal? ¿Es por anoche?

Empecé a llorar estaba aterrada. Kurt quiso abrazarme.

—No, no me toques —me alejé de él.

—¿Qué te pasa cariño?

—Debo irme —espeté.

—No te irás, hasta que no me digas qué ocurre —dijo en tono autoritario.

Al sentirme acorralada lloré con más intensidad.

—¿¡Porque me has hecho esto!?! —grité—. ¿¡Porque no me dijiste que eras uno de ellos!?

—¿A qué te refieres?

—Eres de las *Schutzstaffel*, lo he visto en tu uniforme.

—Creí que ya lo sabías, me has visto varias veces con ese traje —comentó confundido.

—No, no me había percatado... yo... yo creía que eras soldado de tierra al ser tu padre Mariscal... —me excusé.

—¿Por qué te importa tanto que sea suboficial de las SS? —preguntó extrañado.

*Porque soy judía.* Pensé con angustia incapaz de confesarlo.

Agaché la cabeza saliendo por la puerta y corrí por el pasillo a la vez que Kurt me suplicaba que le diera una respuesta. Caminé escaleras abajo cuando en ese momento entraban por la puerta sus padres.

*Lo que me faltaba.*

—¿Qué se supone que es esto Kurt? —cuestionó su madre muy seria—.  
¿Quién es esta señorita? —me miró de arriba abajo.

—Es mi novia, madre —estableció.

—¿Tú novia? —ironizó su padre—. Si fuera una joven respetable no estaría en nuestra casa y no nos la hubieras presentado de este modo.

—¡Cierre la boca, padre! —gritó—. ¡No la ofenda!

El señor Mariscal le fundió con la mirada y yo me sentí tan abochornada que no tuve otra opción que la de marcharme de allí.

### *Capítulo 33*

Llegué a mi casa deshecha, lo primero que vi al entrar fue a Alina ¿qué hacía ella allí?

—Alina, Kurt es como Mark, no sólo pertenece al partido sino que es oficial de las SS —dije mientras caían miles de lágrimas por mi rostro.

Mi amiga se quedó helada sin saber qué decir ante esa noticia.

—¿Cómo has dicho?! —voceó mi hermana.

—Kurt es...

—Sí. Lo he oído perfectamente.

—¿Ya sabe que eres judía? —preguntó Alina muy preocupada.

Negué con la cabeza.

—Dime qué se te ha perdido en su casa Iris —se cruzó de brazos.

Alina y yo nos miramos. En ese momento supe que hacía ella allí, Esther nos había pillado la mentira.

—¡Contéstame! —gritó—. ¡¡Qué se le ha perdido a una judía en casa de un oficial nazi!!

—Pensé que era militar... —me excusé.

—Dime la verdad —me agarró de un brazo—, ¿te has acostado con él?

No podía mirarla.

—Iris, no te lo repito más ¿te has...?

—¡¡Sí!! —chillé—. Lo hice porque estoy enamorada de él.

Esther me dio una bofetada tan fuerte que me ardió la cara de inmediato.

—¡Estúpida! —gritó—. ¡¿Qué eres su ramera?!

—¡No! Él me ama sinceramente.

—Oh por favor, ¿eres una ilusa, niña! —ironizó—. En cuanto sepa que eres judía ¿sabes lo que hará? Dejarte abandonada como un perro callejero.

—¡No, no y no! —sollocé—. ¡No es cierto, él no puede hacerme eso!

—¡Nos denunciará y nos llevaran Dios sabe dónde! —chillé—. ¡Estúpida, más que estúpida!

Marché a mi habitación junto a Alina, sabía que ella me entendía y me apoyaba.

—Tú no me juzgas ¿verdad?

—Por supuesto que no. Hiciste lo que sentías en ese momento.

—¿Qué hago Alina? —dije con desesperación—. Tengo mucho miedo a perderle.

—Debes decírselo, acabar con esto de una vez —respondió sincera—. Si te ama realmente luchará por vuestro amor pero si su orgullo y su honor están por encima de eso, créeme que entonces no te merece.

—Es muy peligroso.

—Debes arriesgarte. ¿Le amas sinceramente?

La miré directa a los ojos.

¿Qué si le amaba? Le amaba tanto que me dolía en el pecho. Con toda mi alma. Kurt había llegado a mi vida por casualidad y se había convertido en todo para mí. Me había causado un gran desengaño que él perteneciera a ese grupo. Pero aún sabiéndolo, le amaba. Por mi parte, mi amor era más grande que cualquier ideología. ¿Y por la suya?

Pasaron los días, Kurt insistía en vernos y en hablar. No entendía qué me estaba pasando y era lógico. Me llamaba casi a diario pero yo le decía a Esther que le dijera que o no estaba en casa o que no podía hablar en ese momento. Estaba muy confundida, necesitaba meditar todo antes de contarle la verdad. Alina tenía razón, las mentiras no traían nada bueno, pero yo estaba aterrada, no podía imaginarme ya la vida sin él.

—Buenos días Nathan —saludé—, te traigo un café y unas pastas para que almuerces.

—Muchas gracias Iris, que considerada.

—¿Qué tal llevas la mañana?

—Pues en media hora vendrá un padre y un hijo a afeitarse —expuso—, no me puedo quejar.

—Eso está genial, todos los hombres dicen que eres un excelente barbero.

—Lo aprendí de mi padre, él también lo era —añadió.

—Vaya que interesante y ¿cómo está tu mujer?, hace días que no la veo —cuestioné curiosa.

—Oh... bueno, en realidad no es mi mujer —dijo—. Es mi hermana, ella me ayuda con Ella.

—Disculpa, creí...

—No pasa nada, nunca os lo he comentado.

—No tienes porque darme explicaciones.

—Mi mujer falleció a los pocos días de dar a luz a mi hija, mi hermana me ayuda pero ella tiene su propia familia y no puede ocuparse todo el día de la pequeña —relató.

—Cuanto lo siento, debió ser muy duro —me apené.

—Sí... mucho. Aún no me he recuperado del todo, la amaba muchísimo.

—Sabes, entre Alina y yo podemos ayudarte con Ella —se me ocurrió decir—. Tenemos más tiempo libre y cuando tú tengas mucho trabajo puedes contar con nosotras.

—No, no, sería un abuso por mi parte.

—Que no hombre —repliqué—, nos gustan mucho los niños, quien la va a cuidar mejor que nosotras.

Sonrió.

—De acuerdo, aceptaré vuestro apoyo.

A partir de ese momento, la pequeña Ella entró en nuestras vidas para ganarse nuestro corazón. Nos daba mucha alegría después de la tormenta que estábamos atravesando.

### *Capítulo 35*

En pocos días recibimos en casa un documento oficial del Estado, solamente lo habían enviado a las personas de religión judía. Nos citaban para reunirnos en la plaza, no sé bien con qué fin.

—Tengo miedo, Iris —dijo Alina nerviosa.

—Tranquila, estamos juntas —le agarre la mano con fuerza.

Veía a muchas caras conocidas pues todos éramos del mismo barrio. Esther llevaba en brazos a la pequeña Ella y Anne también estaban con nosotras, ambas preocupadas.

Iban llamando uno por uno a cada ciudadano judío, habíamos hecho varias filas.

En una estábamos nosotras junto a las demás mujeres y niños y en otra sólo los varones. Papá esperaba en ésa junto a sus amigos de la sinagoga y el padre de Alina, John. Al parecer, enganchaban en el lado izquierdo del pecho con un alfiler la estrella de David.

—¡Goldstein, Iris! —me llamó uno de los oficiales.

—Te toca —susurro Alina asustada.

Los oficiales estaban alrededor de una mesa, dos sentados y otros dos en pie.

Caminé hacia el frente y cuando vi al hombre que había al lado del que me había nombrado me paralicé.

—¡Camina! judía —me cogió otro oficial bruscamente del brazo al ver que

me había parado.

—Presenta tú identificación —ordenó.

Tal y como lo había pedido se la di. Mientras anotaba algo en una lista, miré a Kurt que estaba con el rostro desencajado. Yo estaba avergonzada, con un nudo en la garganta que me impedía si quiera tragar saliva.

*¿Por qué se ha tenido que enterar así?* Me repetía, veía mucho dolor en su mirada.

—Proceda oficial.

Kurt cogió la estrella en silencio y, al ponerla en el pecho vi que apretaba la mandíbula, quizá de impotencia al sentirse traicionado o tal vez de odio hacia mí.

—Como ofensa a nuestra patria por ser judía deberás llevar siempre esta estrella para identificarte como tal —dijo en voz alta.

Los ojos se me llenaron de lágrimas, que caían al abismo al pasar por mis mejillas. Tenía tal opresión en el pecho que apenas me dejaba respirar.

—Lo siento, debí decirte la verdad... —susurré.

—¡Fisher, Alina!

Llamaron a todos mis amigos y conocidos. Nos marcaron con ese símbolo sagrado para nosotros y humillante para alemanes arios. Fui al final de la cola donde me obligaban a mantenerme para no interrumpir ese acto, esperarí allí a que acabaran de insultar a mi familia y a mi gente. Él me miró a los ojos con tristeza y decepción, apenas podía mirarle a la cara, le había perdido para siempre. Me dolía el alma todo aquello que estaba pasando como si me hubieran clavado cristales en el cuerpo dejándome heridas que no curarían. Kurt nunca me perdonaría haberle ocultado que era judía. Él y yo éramos muy diferentes, definitivamente nuestro amor estaba destinado al fracaso.

*¿Por qué si no puedo tenerte tuve que enamorarme de ti?* le dije con la mirada.

Preso de la impotencia por tener que vivir esa cruel realidad, con la mano

derecha apreté esa estrella, con furia, con rabia. Eché a correr calles arriba bramando de dolor, por no entender porqué la vida estaba siendo tan dura conmigo. Me sentía manchada y sucia, señalada e incomprendida. Tenía que vivir con ese suplicio, con esa pesada estrella en mi pecho.

\*\*\*

Lloraba en silencio. Torturada por la oscuridad y el silencio de la noche, tirada en la cama. Sobre mi almohada derramaba un mar de lágrimas que salían desde lo más profundo de mi ser. Esclava de los recuerdos, ya todo había acabado.

—Te he perdido amor mío, te he perdido... —murmuré.

### *Capítulo 36*

Después de dos días, dos largos días que los pasé desolada en mi cama sin saber nada de Kurt, enfadada con Esther y por su maldita manía de tener siempre la razón en todo. Papá no sabía nada, si me preguntaba le decía que estaba enferma por cualquier cosa que me inventaba. ¿Para qué iba a darle más disgustos?

—No debería darte esto —entró Esther a mi habitación—, pero tú sabrás lo que haces.

—¿Qué es?

—Una carta de Kurt.

—¡¿Una carta?! —salí ilusionada de la cama.

Cogí aquella misiva y la abrí deprisa, por fin había recibido noticias de Kurt ¿me habría perdonado? ¿Eso quería decir que todo seguía igual que antes? Leí prestando atención.

*Iris,*

*Cuando leas esta carta significará que estoy muy lejos de ti. Nuestra relación ha sido un error, una simple aventura que nunca debió suceder.*

*Parto hacia otro lugar, en busca de mi verdadera felicidad. No sé si un día regrese pero si lo hago, no quiero volver a verte nunca. Ha sido una vergüenza haberme involucrado con una judía. Y por ocultármelo, no te lo perdonaré jamás.*

*Kurt Auttemberg.*

—¡¡No!! —sollocé sujetando aquél papel—. ¡No es posible esto! ¡No, no!

Me quedé devastada de rodillas en el suelo.

—¿Qué pasa Iris? —preguntó preocupada.

—Kurt se avergüenza de mí por ser judía —lloré—. Se va a ir lejos.

—Ven aquí pequeña —me arropó.

Gritaba. Lloraba. Me sentía despreciada. Muchos sentimientos se juntaban como un ojo de huracán. Todos ellos me torturaban en mi interior.

*¿Cómo podía decir que lo nuestro nunca debió suceder? ¿Cómo se podía ir así, sin más, después de tanto amor que me había demostrado?*

Cada palabra me producía un inmenso dolor. Guardé la carta en un cajón incapaz de romperla, era masoquista.... Pero no podía dejar de leerla incrédula *¿realmente él sentía todo lo que había escrito?*

## *Capítulo 37*

*1935*

Nada había sabido de los Müller durante ese tiempo, parecía que se les había tragado la tierra. Quizá se habían mudado a otra ciudad. De Mark tampoco había recibido noticias, no le había vuelto a ver más desde el gran incidente.

Esther y Björn se casaron el verano de ese año antes de que se decretaran las leyes raciales. Eso significaba que no podíamos salir, ni casarnos con alemanes de raza pura. No podíamos tener ningún tipo de relación con ellos, ni afectivas y mucho menos sexuales. Los niños debían nacer del vínculo entre

arios si no, te sancionaban o te llevaban Dios sabe dónde preso.

La recién pareja de casados se fue a vivir a un pequeño piso detrás de la cafetería, a mi hermana no la tenía muy lejos pero la echaba mucho de menos en casa. Nos veíamos en el negocio ya que a los judíos no se nos permitía ir a ningún puesto público. Se acabaron las noches de cine y las cenas en el bar de Lilly. Sin ella, aguantar a papá cada día se me hacía más pesado.

Alina y Nathan se hicieron novios, no había sido fácil al principio. Los padres de ella no les pareció buen pretendiente al ser viudo y con una niña, no le aceptaron. A pesar de todo eso, ellos se mantuvieron juntos y lucharon para demostrar a todo el mundo que su amor todo lo podía y todo lo vencía. Me alegraba mucho por ellos, Nathan era un hombre magnífico y cuidaba mucho a mi amiga. En el fondo, yo les tenía envidia cuando les veía juntos pero no una envidia mala y dañina todo lo contrario, me hubiera gustado que así hubiera sido mi amor con Kurt, que no hubiera tenido límites, ni fronteras, que nada nos hubiera podido separar. Un amor puro y limpio sin ningún tipo de rencor. Habían pasado dos años desde que Kurt se fue, dejándome un gran vacío. Intentaba seguir mi día a día como si nada hubiera ocurrido, me centraba en el trabajo, pasaba muchas horas allí y por las noches me derrumbaba pensando en él, en cómo podía arrancármelo del alma. Recordaba todo, como una película. Las imágenes de nuestra corta pero intensa historia venían a mí, para mortificarme. Extrañaba sus besos y sus caricias. No me arrepentía de haberme entregado a él en cuerpo y alma porque lo hice por amor, sin embargo, ¿cómo podía dejar de amarlo? ¿Cómo tienes que dejar de amar a alguien? Eso debería estar prohibido. Jamás iba a volver a amar a un hombre de la misma forma en que le amé a él.

—Iris, ¿me estas escuchando? —preguntó Alina algo molesta—. Te has puesto pálida de repente ¿te encuentras bien?

—Discúlpame, creí haber visto a...

—¿A quién? —se giró hacia donde yo miraba.

—No... a nadie, olvídale son imaginaciones mías.

—Te decía que traigas de vuelta a Ella antes del medio día —repitió—. Come antes que nosotros.

—Descuida, estaré aquí antes de las doce.

Fui al mercado a comprar varias cosas que nos hacían falta, cargar con una niña de dos años no era tarea fácil. Los carritos de bebés eran muy costosos y

no nos lo podíamos permitir. Además, nadie nos vendería uno.

—Mami Iris.

—No, Ella, yo soy tía Iris —la corregí con cariño—. A ver, repite ti—a I—ris.

—Ma—mi.

—¡Qué nooo! —le hice cosquillas en su barriguita.

La pequeña rió a carcajadas, era más tozuda que yo y mira que eso ya era decir. Gracias a la niña, me devolvía a la vida. Estar pendiente de ella hacía distraerme y salir de la cueva de mi casa. Pasear por las calles a que me diera un poco el aire, era reconfortante para mis variables estados anímicos.

—alleta.

—¿Cómo?

—alletaaa —señaló un puesto ambulante.

—No cariño, ya es tarde para galletas.

Hizo un puchero, parecía que iba a llorar.

—No princesa, no llores. Ahora te las compro ¿vale? —dije—. Pero las guardaremos para merendar.

Enseguida le cambió la expresión de la cara y me sonrió.

*Esta niña es muy lista.* Siempre se salía con la suya, nos tomaba el pelo a Alina y a mí.

—Señora, podría darme unas cuantas galletas, por favor —le indiqué—. Esas de allá.

—Por supuesto ¿son para esta niñita tan linda?—. Le hizo una carantoña.

Ella escondió el rostro avergonzada en mi pecho mientras me agarraba fuerte del cuello. Era una niña muy guapa. Había salido a su madre, en paz descanse, que era aria. Nathan nos contó que su mujer fue sordomuda, me llamó la atención aquello pues él conocía el idioma de signos y yo siempre tuve curiosidad por aprender, poco a poco nos fue enseñando a Alina y a mí,

algún día la niña también lo aprendería. La pequeña Ella tenía los ojos tan azules que cada vez que la miraba me recordaban a los de Kurt.

—Dile gracias a la señora, va, como te he enseñado.

—Acias.

—Tiene usted una hija preciosa —dijo con cariño.

—Oh, gracias —respondí de inmediato, al no esperarme ese comentario.

*Mi hija...* Pensé al acariciar sus sedosos cabellos dorados como el trigo. *Sí... Ella podría ser mi hija, mía y la de Kurt.* No obstante, aquella noche no se produjo tal milagro, no me hubiera importado pero sacar adelante a un hijo sola hubiera sido una tarea muy complicada y más aguantando el suplicio de no tener a su padre a mi lado. Seguramente, papá me hubiera dado la espalda y Esther se avergonzaría de mí. Las mujeres solteras con hijos estaban muy mal vistas. Me afligía pensar en los hijos. Nunca los tendría. Había decidido no salir con ningún hombre después de mi mala experiencia.

Ya nos dirigíamos para casa, pasé por al lado de unos oficiales de las SS e intenté actuar con normalidad, ver ese traje me traía demasiados recuerdos y me alteraba, de repente uno de ellos me paró.

—Eh, tú morena, no habrás robado a esta niña ¿verdad? —preguntó con arrogancia.

—Se equivoca señor, no soy una ladrona y menos de niños —respondí mirándole a los ojos.

Rió vilmente.

—Oh, vamos una asquerosa judía como tú no ha podido parir a una niña aria —se burló—, demuestra que es tuya o tendré que quitártela.

*Atrévete y te sacaré los ojos.*

Me mordí la lengua, en otra ocasión hubiera mandado al infierno a ese cretino. Buscaba la partida de nacimiento de Ella y la autorización que me concedió su padre para poder llevármela conmigo cuando alguien nos interrumpió.

—Oficial Schneider, es mi hija, la señorita sólo se encarga de cuidarla — comentó—. Es su niñera.

—Vaya, teniente Auttemberg —se alegró de verle.

*¿Ha dicho Auttemberg? ¿Teniente?*

—No puede ser... —murmuré entre dientes.

—No sabía que había sido padre, enhorabuena.

—Gracias, ya me encargo yo de ella.

Quería que fuera un sueño. Temía desmayarme de la impresión que me dio al escuchar aquél nombre, tenía ganas de llorar. No quería girarme, es más, no podía. Reconocer su voz me había dejado inmóvil ¿por qué narices había dicho esa mentira? Podía ocuparme de mis asuntos yo sola, sin ayuda de nadie. No eran imaginaciones mías, era él quien vi antes cuando Alina me entregaba a Ella en la cafetería. Me había estado observando ¿desde cuándo? ¿Qué hacía allí? se suponía que no quería verse involucrado conmigo. Hice un amago de irme.

—Iris...

Me giré pausadamente y le miré a los ojos. Inspiraba y expiraba continuamente, habían pasado dos años y ese hombre continuaba cortándome la respiración.

Creí que jamás le iba a volver a ver por la ciudad.

—Kurt —dije con un hilo de voz intentando no derramar ni una lágrima.

*No llores Iris, sé fuerte.*

—Sigues tan hermosa como siempre —intentó acariciarme.

Me retiré de mala manera como si su mano quemara. ¿Qué se había creído?

El uniforme que llevaba, le habían añadido varias medallas y era distinto, más distinguido. En el cuello derecho de la camisa tenía dibujados tres

rombos. Parecía que las cosas le habían ido muy bien, supuse que le habrían ascendido al oírle pronunciar a aquel oficial la palabra teniente.

—¿Mami? —dijo Ella con preocupación.

Kurt, miró a la niña con ternura y al cabo de tres segundos frunció el ceño consternado.

—¿Iris, es nuestra...?

—¿Acaso te importa? —gruñí.

—Yo...

—Contéstame, ¿acaso te importa después de haberme abandonado? —grité dolida.

Ella empezó a llorar.

—Lo siento Ella, no llores —dije acunándola—. Olvídate de mí como yo ya lo he hecho.

—Espera Iris, por favor, déjame explicarte...

Hice oídos sordos a sus suplicas y regresé a la barbería donde había acordado dejar a Ella antes de comer. Allí estaba Nathan cerrando la persiana del negocio junto a Alina. Intenté aparentar que estaba tranquila y serena, no me apetecía atosigar a mi amiga con mis historias de fantasmas del pasado. Les entregué a la pequeña y sin más me fui a comer a casa algo rápido, no tenía mucho apetito después del encuentro fortuito con Kurt, así que, hice unos improvisados sándwiches de salmón ahumado con queso fresco y rúcula. Una vez hube acabado de comer, bajé con Esther a la cafetería para ayudarla a acabar unos pasteles de aniversario que le había encargado una vecina.

—Iris, atiende al teléfono estoy vigilando el horno —voceó desde la cocina.

—¡Voy!

—¿Cafetería Goldstein, en que puedo ayudarle?

Nadie contestaba.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —insistí.

Iba a colgar cuando oí a alguien gimotear.

—Mi amor... —susurró.

Era su voz.

—¿Kurt? ¿Eres tú otra vez? —pregunté extrañada.

—Ne—necesito que hablemos de... —balbuceó.

—No quiero hablar contigo —dije tajante—, ¿no te quedó claro esta mañana? ¿Quién te crees que eres? te vas y regresas al cabo de dos años ¿te piensas que puedes jugar con mis sentimientos de esta manera?

—Por favor, no me cuelgues.

—¿Estás borracho Kurt Auttemberg? —cuestioné descolocada—. ¿Dónde demonios estás?

—No te lo puedo decir, te matarían si pisaras este lugar.

Me quedé trastornada al oír semejante cosa.

—Ven a mi casa esta tarde —propuso—. Necesito que veas algo.

—Ni loca piso esa mansión —alegué—, ¿ya no te acuerdas de todo lo que pasó la última vez que estuve?

—Mis padres están viviendo en Polonia.

—No me refería a eso...

Resoplé. *¿Qué debo hacer ahora?*

—No te aseguro que vaya —advertí.

Colgué el teléfono. *¿Porque estaba ebrio? ¿Le había afectado verme tanto como a mí?* No. Debía ser dura. Ese hombre me destrozó el corazón al irse. No le importé ni lo más mínimo, me escribió palabras muy hirientes. *¿Por qué quería verme con tanta urgencia, que querría decirme?*

—Joven Kurt, le buscan —anunció Berta.

—¿Quién es Berta? —preguntó ausente mirando por los ventanales del despacho.

—Soy yo, la judía —dije altiva.

—Iris... has venido —se giró abalanzándose sobre mí.

Yo me retiré y le giré la cara molesta.

Al mirarle a los ojos me causó tristeza, los tenía hinchados y enrojecidos, debió pasarse muchas horas llorando. No tenía que demostrarle debilidad yo también había derramado muchas lágrimas por su culpa y estaba muy dolida por sus actos.

—Ya me tienes aquí, dime ¿qué es lo que tenías que decirme con tanta urgencia? —dispuse.

—¿Quieres un café? —me ofreció.

—Está bien.

Nos sentamos en las butacas de cuero marrón, uno enfrente del otro. Se hizo un silencio incómodo, parecía que le costaba hablar.

—Dime de una vez porque querías verme con tanta insistencia —repetí.

—Primero de todo quiero saber si esa niña...

—No, no lo es —negué cortante.

—¡Gracias a Dios! —exclamó aliviado.

Le miré ofendida y le di una bofetada.

—Jamás, me lo hubiera perdonado... —se tocó la mejilla enrojecida.

—¿Cómo?

—Jamás me hubiera perdonado si esa niña hubiera sido mi hija.

—¿Y te perdonas haberte ido dirigiéndome esas palabras tan despectivas sin dar la cara? después de que me jurabas día y noche que yo era la mujer de tu vida —alcé la voz con rabia.

Kurt agachó la cabeza, reposada en sus manos.

—¡Mírame a los ojos! —alegué—. ¡¿Por qué?! ¡Necesito una respuesta!  
—Nils era judío como tú —confesó.

Se me cayó la taza de café al suelo.

—¡Mira que llego a ser torpe a veces! Lo siento.

—No importa, más tarde le ordeno a Berta que lo limpie, no te preocupes.

—¿Nils era judío? —dije incrédula.

—Sí, la vida me cambió tras su muerte, mi padre decidió inscribirme en las juventudes hitlerianas.

—¿Qué es eso?

—Las familias seguidoras del partido nazi —empezó a detallar—, inscriben a sus hijos en esa organización. Allí nos adiestraron como perros, aprendimos a utilizar armas y recibíamos entrenamiento militar. Íbamos a clases, era como una academia pero basada en ese tipo de ideología. En definitiva, nos formaban para ser el día de mañana hombres dispuestos a luchar junto al *Führer* por y para Alemania.

No había oído hablar acerca de ese organismo, escuché detalladamente lo que me explicaba sin saber a dónde iríamos a parar.

—Daba el perfil perfecto —continuó—, de ascendencia aria, con mi padre en el ejército y con influencias de grandes cargos su hijo llegaría muy alto. No tardaron en aceptarme. Todos estaban muy orgullosos de mi, sobretodo mis padres. Su único hijo iba a contribuir a levantar la nación —hizo una media sonrisa irónica—. Sin embargo, yo me sentía vacío, no entendía porque me imponían tantísimo odio a personas que eran diferentes a mí, no lo veía justo.

—¿Entonces porqué decidiste continuar allí? —pregunté.

—Por miedo —respondió—. Suena cobarde pero sentía temor, ¿qué podía a hacer? era un simple títere en manos de mi padre. No tenía ni voz ni voto, pero llegó un día en que reaccioné y supe que tenía que luchar por lo que quería.

—¿Qué?

—El día en que nos encontramos en la plaza y descubrí que eras judía, no te voy a mentir me dolió Iris, pero no me desilusioné porque que fueras de esa religión, para nada, me defraudó que no me lo hubieras contado antes, que me tuvieras miedo. Me mentiste, me hiciste pensar que eras de....

—De buena familia como tú y como Erika —baje la cabeza arrepentida.

—Entendí porque te pusiste tan nerviosa cuando nos conocimos en el mercado, cuando viste mi uniforme de las SS en mi casa, cuando no querías que te acompañara a la tuya y me escondiste tu verdadero apellido...

Suspiré. *¿Qué debía decir ante eso? ¿Kurt me comprendía?*

—Tenía pavor a que no me aceptaras y me despreciaras como Mark.

—¿Mark? —se extrañó—. ¿Mark también es oficial?

—Sí, el día de la revuelta a los negocios judíos lo descubrí —expliqué—. Pintó los cristales de mi cafetería, además de empujarme e insultarme. Estaba irreconocible... ¿¡Qué demonios os enseñan en esa organización!?

—¡Será malnacido! —masculló.

—Lo estuve meditando, me impactó mucho saber que eras de las SS pero aún así... yo... —balbuceé—. Quería decírtelo, aunque no estuviera segura. Entonces llegó ese día y lo descubriste de la peor manera... se arruinó todo.

En ese momento no aguantaba más, mis manos estaban temblorosas y me puse a llorar.

—¿¡Si me aceptabas, por qué te fuiste entonces?! —grité—. ¡¿Sabes cuanto he sufrido todo este tiempo?!

—Decidí algo muy egoísta.

—¡Marcharte!

—Sí, pero contigo.

—¿Qué?

—Toma —me entregó una carta—. Léela.

Cogí aquel papel, dudosa. Limpiándome las lágrimas de los ojos, leí;

*Estimada Iris,*

*Sé cuánta angustia te ha producido lo ocurrido estos días. A mí también me ha afectado mucho pero no te guardo ningún rencor, sé que lo has hecho para protegerte y lo comprendo. Te quiero tal y como eres, que no te quepa ninguna duda. Te propongo algo arriesgado pero es la única solución que veo para que podamos ser felices lejos de toda esta aversión. Vayámonos*

*lejos. Te espero el jueves a las doce del medio día en la estación. Te prometo que no te arrepentirás.*

*Te amo, Kurt.*

—Te la dejé en el portal pero nunca la recibiste —añadió ausente observando por la ventana.

Las lágrimas brotaron con más énfasis de mis ojos. No podía creer todo lo que me estaba contando.

—¡Entonces quién demonios escribió y firmo con tu nombre esta carta! —dije con rencor entregándole la misiva que yo tenía.

Kurt la leyó y arrugó el papel con furia tirándola al suelo. Perdió la razón, estaba fuera de sí. Salió de su boca un rugido y me espantó, jamás le había visto de ese modo. Ni siquiera cuando me defendió ante Mark estaba tan enfadado.

—¡Mi padre! —gritó desesperado preso de la rabia—. Me enteré hace apenas unas semanas cuando revisaba unos informes en su despacho. Vi que la tenía guardada, obviamente tú nunca la recibiste y como has podido comprobar no es mi letra. Él sabía perfectamente quién eras y dónde vivías, todos los judíos estáis registrados en las bases del gobierno —expuso—. Cuando la vi, de inmediato le pedí explicaciones, me confesó que había intercambiado las cartas porque según él era *lo más conveniente*. Me alejó de ti... —añadió con varias lágrimas asomándose—. De lo que yo más amaba en el mundo...

Kurt se derrumbó y yo al verle en ese estado también. Todo esto estaba siendo demasiado para mí, me estaba superando. Creí estar en un mal sueño del que pronto despertaría.

—No sabes cómo me sentí cuando no apareciste ese día —negó con la cabeza—, te esperé hasta casi entrada la noche, era como si me hubieran sacado el corazón y lo hubieran tirado a la basura...

Estaba rota por dentro, no paraba de llorar, me faltaba la respiración.

—Me resigné, acepté lo que pensé que habías decidido. ¿Cómo una judía iba a confiar en un suboficial nazi? —ironizó—. Era muy comprensible.

—Leer esa carta me causó mucho desconsuelo —confesé—, te odiaba por haberme abandonado de esa manera, yo también entendía que era impensable para un muchacho de las SS estar con una mujer como yo.

Se hizo el silencio varios minutos que se hicieron eternos y quise saber;

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Mi padre me manipuló esos días que yo estaba cabizbajo, me propuso irme a Polonia. Yo no tenía nada que me atara aquí en Berlín, ya te había perdido. Él solicitó un permiso para destinarme al campo de concentración de Auschwitz y me marché para allá con ellos.

—¿Y a qué te dedicabas a hacer allí?

—Mejor no quieras saberlo —me desvió la mirada.

—¿Por qué? —me extrañé—. Tengo entendido que son centros donde envían a gente con pocos recursos para trabajar.

—Te equivocas, es el mismísimo infierno Iris.

Le miré con preocupación, consternada. Pensé en qué quería decir con eso. Debió leerme el pensamiento por mi cara de incertidumbre.

—Está bien —suspiró—. Te voy a explicar toda la verdad pero después de esto no sé si quieras dirigirme más la palabra.

—Adelante, te escucho.

—Al principio empecé como suboficial, el mismo rango que tenía aquí en Berlín. Allí los muchachos como yo supervisábamos que todo estuviera en orden. Conviven cientos de personas de diversas etnias; judíos, gitanos, personas con diversidad de ideas políticas etc... Tienen a esas pobres personas peor que las ratas de alcantarilla. Apenas comen, no duermen, no hay ningún tipo de higiene y les obligan a trabajar desde que sale el sol hasta que se pone sin descanso.

—Dios mío —me tapé la boca horrorizada por todo lo que estaba escuchando—, eso es terrible ¿Quién permite eso?

—El gobierno —dijo claramente—. El gobierno dicta que se cumpla ese mandato.

No daba crédito.

—Habían miles de niños pasando hambre y frío mientras nosotros teníamos a pocos metros un hogar, un plato de comida que llevarnos a la boca, una cama caliente para dormir —añadió con dolor.

—¿Es que nadie se revelaba ante eso?! —alcé la voz.

—No. Si se manifiestan en contra, teníamos órdenes de torturarles o matarles a sangre fría.

Me quedé en shock *¿Ha dicho matar?*

—Kurt... tú no... —murmuré.

Se arrodilló ante mí posando su cabeza en mi regazo, me deshice de la silla y acabé en el suelo con él. Lloró sin consuelo, le abracé con cariño en mi pecho como un niño recién nacido buscando a su madre para protegerlo.

—No quería Iris, te lo juro, yo no quería matar a esa pobre gente —sollozó—. Pero créeme cuando te digo que era mi vida o la de ellos.

—Ya está —susurré acunándolo—. Ya está...

—Me hubieran colgado o fusilado si llego a desobedecer, es impensable que un oficial piense o actúe de esta manera, no tienen remordimientos de culpa —añadió con dolor—. Pero yo sí, cada noche tengo pesadillas pensando en eso, veo las caras de cada uno de los hombres a los que maté y pienso que voy a perder la cabeza —me abrazó mas fuerte—. No quería Iris, no quería...

—Te creo, tranquilo. Sé que tu corazón es noble, no tenías otra opción —le cogí las mejillas y le acaricié el rostro con afecto.

—Con los meses me fueron ascendiendo hasta llegar a teniente —dijo—, y ¿a qué precio? Intentaba ayudar a escondidas a los más necesitados, les daba algo más de comida a los niños para que se la repartieran, a las mujeres les ofrecía agua cuando estaban exhaustas de trabajar o medicinas —explicó—, me exponía a que me pillaran pero ya no soportaba más ver tanto sufrimiento, pensaba que podrías ser tú la que estuviera en esas condiciones o alguien de tu familia y se me partía el alma. Al fin y al cabo, no sabía nada de ti, si estabas bien o no, si habías rehecho tu vida... Veía a mi amigo Nils en cada hombre necesitado... es muy duro estar allí, pero más duro es quien tiene que convivir

en ese lugar.

Me detalló todo acerca de los campos de concentración y su funcionamiento, ahora entendía donde iba la gente desaparecida en mi zona residencial. No podía creer semejante barbarie. Era espantoso todo lo que recibían mis oídos.

Alcé la vista y miré al reloj del despacho.

—Debo irme —anuncié—, se ha hecho tarde y si me ve alguien por aquí tendré problemas y tú también.

—Oh claro —asintió y echó un vistazo rápido a la ventana—. Te prestaré un paraguas, llueve mucho, ves con cuidado de no resbalar.

—Descuida.

—Me alegra profundamente haber aclarado esto, sin embargo, entiendo que han pasado varios años y quizá no es lo mismo... —comentó.

—Claro, los dos hemos cambiado...

Se hizo un silencio incómodo.

—Hasta pronto Iris.

—Nos vemos, Kurt.

Me despidió, caminé hasta llegar a la puerta de la entrada. Apoyé mis brazos, devastada en los barrotes. Ni siquiera abrí el paraguas, dejé que la lluvia me mojara la cara y miré al cielo preguntándome ¿por qué? ¿Por qué motivo la vida me había separado de esa manera del hombre que amaba? No quería marcharme de allí, quería gritarle que era estúpido si pensaba que le había dejado de amar. En mi interior todo seguía como antes o incluso con más furor. Nos aceptábamos tal cual éramos, Kurt tenía un corazón honesto. Me había buscado, pretendía mandarlo todo al infierno e huir conmigo a otro lugar para empezar de cero. *¿No es eso lo que querías?* Me dije a mi misma. Un amor que no entendiera de clases sociales ni de ideologías. Ahí estaba, detrás de esa puerta. Llegados a este punto ¿qué tenía que perder? Si hubiera sabido antes lo que él me ofrecía sin ninguna duda hubiera huido con él, lo hubiera aceptado y me hubiera llevado conmigo a mi familia, a Alina a Nathan, a todos si hubiera sabido que era tan grave el peligro por el que estábamos

atravesando.

—¡Señor Auttemberg! —voceé corriendo hacia la puerta de nuevo, completamente empapada—. ¡Señor Auttemberg!

Kurt, abrió apresurado la puerta ¿debió quedarse detrás de ella?

—¿Sí?

—Se me ha olvidado decirle algo... su recuerdo ha estado muy vivo en mi estos dos últimos años —grité derramando las pocas lágrimas que me quedaban—. Nunca es demasiado tarde para amar... ¿no cree?

Vino a mi acelerado bajo la intensa lluvia, para besarme con mucha pasión.

Como añoraba el sabor de sus labios al juntarse con los míos.

—Jamás dejé de pensar en usted ¿me oye? —me cogió de las mejillas—. Señorita Gold, aunque quise, nunca pude sacarla de mi corazón.

Los dos sonreímos al recordar nuestros inicios. Me alzó en sus brazos, yo crucé las piernas alrededor de su cintura y noté su dura excitación a través del pantalón. Nos cruzamos con Berta cuando me dirigió hacia el despacho.

—¡Ay Dios Santo! —se santiguó.

—Berta, tiene la tarde libre —autorizó—, a no ser que se quiera ser testigo de lo que va a ocurrir en pocos minutos.

—Pero joven, no puedo irme...yo... —tartamudeó.

—Está avisada —dijo mientras cerraba la puerta corredera conmigo en brazos.

Reí ante esos comentarios.

Kurt retiró los objetos del escritorio y me posó encima, acariciándome los muslos fue subiéndome la falda del vestido.

—Cuanto anhelaba tus caricias —susurré al oído.

—Hace mucho que no te pruebo... —añadió quitándome la ropa interior.

Bajó hacía mi sexo rozándolo con su lengua sin cesar, haciendo que se hinchara de placer. No tenía nada de vergüenza, no como la primera vez. Al contrario, quería que continuara hasta el final.

—Estás deliciosa —murmuró.

Sacó mis pechos del vestido rasgándolo y los lamió con ferocidad.

De una estocada, pude sentir como entraba toda su masculinidad en mi interior. Berta debería estar muerta de vergüenza porque los gemidos que yo emitía no dejarían indiferentes a nadie. Aferrada a su espalda sin querer que acabara ese lujurioso momento entre él y yo, Kurt se hundía una y otra vez en mí. Estaba a su merced y eso me dejaba sin aliento haciéndome gozar más aún.

—Eres mía Iris... sólo mía —decía al oído con la voz entrecortada.

El tiempo que habíamos estado separados me había hecho desearlo más de lo que ya le deseaba, con mucha más intensidad.

No pude aguantar más la excitación que sentía, estaba sudando de placer. Me percaté que a Kurt le pasaba lo mismo, entre gritos graves y agudos llegamos a la culminación de ese acto.

—¿Te das cuenta de lo que hemos hecho? —pregunté agitada—. Si alguien se entera, nos matarán a los dos.

—Arderemos en el infierno, entonces.

—Espera ¿qué es esa música?

—Berta, habrá puesto la radio.

Reímos juntos.

### *Capítulo 39*

Obviamente mi relación con Kurt era muy complicada, ambos llegamos a la conclusión de que nadie debía saber que estábamos juntos. Ni Alina, ni mucho menos mi familia. Nadie confiaba en él, sólo yo. Era muy peligroso que nos vieran juntos, si fuera así a él lo destituirían del cargo por no imaginar

algo peor y a mí me mandarían directa al campo de concentración. Manteníamos nuestro amor en secreto, si nos veíamos por la calle hacíamos como si no nos conociéramos, debía vigilar que nadie me viera entrar y salir de su casa. Pasábamos mucho tiempo allí, recuperando el tiempo perdido.

—Tienes los ojitos tristes —me acariciaba las sienes.

—No quiero que esto se acabe —dije con un hilo de voz—. No quiero volver a separarme de ti.

Habíamos hecho el amor esa tarde. Aferrada a su pecho desnudo, pedía a Dios que no me lo arrebatara más veces de mi vida. Estábamos en mi casa, mi padre pasaría toda la tarde fuera visitando a un amigo en el hospital.

—Eso no va a pasar —dijo en voz baja—. No lo permitiré.

—¿Y si me llevan a mí también? —pregunté derramando una lágrima.

—Iris —me cogió las mejillas—. Si alguna vez pasara eso, te juro por el amor que siento hacia a ti que te encontraré, aunque me cueste la vida y te sacaré del mismísimo infierno si hace falta.

Sus palabras me apoyaban y apaciguaban mis preocupaciones. Los dos caímos en un agradable sueño. No oí a nadie llegar pero cuando papá regresó y pasó por la entrecerrada puerta de mi habitación, no quise imaginar la cara que debió poner al ver a su hija con un hombre. Los dos desnudos en la misma cama, como marido y mujer.

—¡Iris!! —voceó.

—Pa—padre —tartamudeé volviendo a la realidad.

*Esto no me puede estar pasando.* Pensé avergonzada. Me tapé como pude con las sábanas, abochornada por tener que vivir una situación así. Ví que se percató del uniforme que había en el suelo, obviamente reconoció a que organización pertenecía.

—¿¡Qué se supone que es esto!?! —gritó enfadado.

—Déjeme explicarle, padre yo... —balbuceé.

—Vete de aquí ahora mismo —se dirigió a Kurt amenazante.

—Señor, yo amo a su hija —dijo Kurt—. Nunca le haría ningún daño.

—¡Qué te largues! —gritó de nuevo—. ¡No quiero oír ni una palabra!

Kurt recogió su ropa rápidamente y salió vistiéndose por el camino. Papá le acompañó hasta la puerta casi a arrastras y cerró de un portazo. Yo me vestí lo más deprisa que pude y esperé inquieta en mi habitación.

—¿Has perdido el juicio?! —preguntó con rabia en su mirada—. ¿Desde cuándo te ves con ese hombre?!

—Desde hace mucho —confesé—. Le amo con todo mi corazón.

Me cogió fuerte del brazo y me guió hasta el espejo.

—¡Mírate! —me cogió de la cabeza bruscamente—. ¡Eres judía! ¡Para él no vales nada!

—¡No, no! —negué con la cabeza—. Él me quiere sinceramente, no es como los demás...

—¡Estúpida! —me tiró al suelo y vi las intenciones que tenía.

—¡No se atreva padre! —advertí alzando la voz— ¡AAHH!

De nada servía lo que le decía, estaba ciego de cólera ¿era un pecado amar a un hombre como Kurt? ¿Por eso me castigaba, por amarle? Las violentas sacudidas del cuero de su cinturón en mi espalda me decían que sí, que yo estaba cometiendo el peor de los delitos.

—¡Nos has sentenciado, Iris! —me azotaba una y otra vez.

—¡Basta por favor! —lloraba, sin que él me hiciera caso.

Para cuando se cansó yo ya había perdido el conocimiento.

## *Capítulo 40*

Desperté boca abajo en mi cama, notaba la espalda caliente como si tuviera clavadas miles de agujas. Toqué mis hombros y sentí la rugosa tela, alguien me había vendado. Tenía muchísima sed, como pude, saqué un pie fuera de las sábanas a la vez que me apoyaba con una mano para incorporarme. Me fallaron las piernas al notar punzadas de dolor y caí al

suelo, lloraba de rabia ¿cómo me había hecho eso mi propio padre? Intentaba dar pasos cortos, no podía enderezarme y curvada me apoyé, agotada del esfuerzo en el marco de la puerta.

—Es lo mejor, si ese hombre nos denuncia nos matarán —dijo papá.

Supuse que se referiría a Kurt.

—Aquí tenéis todos los pasaportes falsificados —Oí una voz que parecía la de Björn—. Mañana mismo, a las nueve en punto sale el primer tren hacia Francia, seguidamente cogeremos un barco hasta América.

Me tapé la boca horrorizada.

—No podemos quedarnos más tiempo aquí —añadió Esther—. Es mejor no decirle nada a Iris, si se entera es capaz de huir con de ese hombre, la tiene engañada.

Ahora lo entendía, papá había llamado a Esther para contarle lo que había pasado. Por eso me encontraba vendada, ella me había curado.

Estuve a punto de alzar la voz para gritarles que ya lo había oído todo pero tuve más picardía y callé. Volví a la cama con dificultad, debía pensar bien lo que tenía que hacer para que nada saliera mal.

\*\*\*

Era media noche, toda la casa estaba a oscuras, en silencio. Mi padre ya dormía, como un ladrón caminé con sumo cuidado para no ser descubierta hasta el teléfono. No podía comunicarme con Kurt si no quería que le matasen, los teléfonos estaban pinchados y si revelaba que mi familia escaparía mañana mismo de un régimen nazi, los llevaría yo misma a la tumba. Había pensado muy bien las palabras que le diría a Nathan para que Alina me ayudara.

*Contesta... Contesta....* Pensé impaciente.

—¿Diga? —preguntó Nathan, adormilado.

—Soy Iris, apunta en un papel lo siguiente —dije en voz baja.

Tres segundos más tarde, empecé a dictarle una serie de letras y números que ni Nathan entendía. Sin embargo, estaba segura que Alina lo averiguaría.

—Dáselo a Alina y dile que busque al chico del mercado.

Colgué sin más. Confiaba en que le entregara el recado a tiempo y que ella lo supiera descifrar.

### *Capítulo 41*

A las siete de la mañana, mi padre me había hecho creer que nos íbamos todos a casa de unos tíos que vivían en el campo. Yo haciéndome la boba, acepté. Quería que ellos se marcharan y me aseguraría que así fuera, era muy peligroso que se quedaran en Berlín. Hice la maleta con cuatro cosas, total, no pensaba marcharme a ningún lado con ellos. Ni Esther, ni papá me dirigían la palabra, Björn condujo hasta la estación pasando sin problemas hasta el andén. Allí esperaríamos hasta que nos indicaran que nuestro tren había llegado.

Desde el otro lado de la ciudad, delante de mi casa había un hombre desesperado por saber de mí.

—¡Iris! —gritó Kurt—. ¡Iris!

Alina había ido temprano a visitar a Nathan como solía hacer cada mañana. Se quedó extrañada, al ver a un chico llamándome con tanto afán. Se dirigió a hablar con él cuando una señora se acercó a Kurt.

—Joven, la familia Goldstein no está, los he visto marchar en un auto.

—¿Cómo dice? —preguntó incrédulo.

—Sí, y para mí que no van a volver, llevaban mucho equipaje.

Mi amiga no podía creer las palabras de la señora.

—¿Se han ido? —interrumpió la conversación—. ¿A dónde?

—Eso ya no lo sé, buenos días —se despidió.

Cuando Alina vio de cerca a ese hombre, le reconoció.

—¿Tú? —se retiró asustada—. ¿Qué haces aquí?

—Es una larga historia pero puedes confiar en mí.

—¿Confiar en ti? —se mofó cruzándose de brazos—. ¿Tú sabes todo el daño que le has hecho a Iris?

—Lo sé pero todo ha sido un mal entendido —dijo—. Ayer por la tarde su padre nos vio en su casa, mejor dicho, en su cama...

—¡¡Qué!!

—Me sacó de allí y no he sabido nada de ella, por eso estoy aquí.

—¡Dios Santo! —se echó las manos a la cabeza.

—Cariño, ¿estás bien? —salió Nathan preocupado—. ¿Quién es este tipo?

—Tranquilo es... —se quedó pensativa—. Un viejo amigo de Iris.

—¿De Iris?

—Sí, nos acaba de decir una señora que han visto cómo se iban en un auto.

En ese momento Nathan recordó algo muy importante.

—¡Lo había olvidado! —exclamó—. A media noche me llamó y me dijo cosas muy raras.

—¿Te llamó? —Se extrañó Alina—. ¿Por qué no llamó a Kurt?

—No lo sé.

—Por temor a que nos descubrieran, están pinchados los teléfonos —estableció Kurt.

—Me hizo apuntar... —se revolvió el bolsillo del pantalón para sacar la nota—. Esto, me dijo que te lo entregara y que buscaras al chico del mercado. ¿De quién habla?

—Ése soy yo —puntualizó.

Miraban mi nota extrañados, no era nada fácil descubrir lo que estaba escrito en ella.

—¿Qué es, cielo? —preguntó Nathan.

—Esto... parece una especie de mensaje... —respondió dudosa.

—¿Un código secreto, quizá? —expuso Kurt.

—Un código secreto... —murmuró pensativa—. ¡Un código secreto!

Entraron los tres apresurados a la barbería.

—¿Tienes más folios? —cuestionó Alina detrás del mostrador.

—Sí, dentro de ese cajón —indicó.

Se sentó en el taburete, cogió un bolígrafo e hizo varios garabatos intentando pensar rápido cómo se lograba descifrar aquello.

—¿Sabes cómo hacerlo? —dijo Kurt.

—Creo que sí —asintió sin dejar de escribir—. Iris y yo, de pequeñas solíamos hacer crucigramas y nos inventamos este juego entre nosotras para leer mensajes secretos —explicó—. ¡Dios mío! —paró de golpe.

—¿¿Qué pasa?! —dijeron los dos hombres a la vez.

—Debemos darnos prisa ¿qué hora es?

—Las ocho y media —miró Kurt su reloj.

—¡Vámonos ya!

Dejaron mi mensaje completo encima de la mesa.

*9:00 a.m. estación tren, destino Francia  
Ayudadme*

## *Capítulo 42*

Sentada en un banco de madera crucé las piernas y escondí mis manos temblorosas. Estaba nerviosa por dentro, eran las nueve menos cuarto y allí nadie aparecía. *¿Y si Alina no ha sabido descifrar mi mensaje? O peor aún ¿Y si Nathan no se lo ha entregado por cualquier motivo? Kurt dónde estás amor mío...* Me angustiaba pensando y mirando a mi alrededor por si destacaba entre tanta gente de rasgos morenos. Cuando alcé la vista hasta el reloj que estaba sostenido en la pared de la estación, marcaba las nueve menos cinco. Una chispa intensa de nervios y adrenalina me subió por el centro del

pecho haciéndome respirar muy hondo.

A lo lejos se oía un tren aproximarse, delante nuestro se paró. Bajaron los pasajeros que viajaban dentro. Un señor uniformado gritó;

—¡Pasajeros al tren!

Todo el mundo subía afanado, pronto se desató un caos que me recordó al incidente de la biblioteca.

—Es hora de subir —anunció papá—. ¡Vamos!

Me levanté asustada, tenía que huir de ahí. Escaparme entre la muchedumbre pero cuando lo iba a hacer Esther agarró fuerte de mi brazo para guiarme hasta las escaleras. Subí cada una de ellas como si mi cuerpo flotara, agarré la barandilla y giré la cabeza hacia el andén, era imposible reconocer a nadie entre tanta multitud.

Me senté en la butaca que indicó mi hermana, yo estaba a su derecha junto al pasillo, a ella le tocó en la ventana. Tragué saliva, era inútil, no podía salir corriendo de allí. La gente pasaba por el pasillo buscando sus respectivos asientos y colocaba sus equipajes.

El corazón se les salía por la boca cuando llegaron a la estación. Agitados y sudorosos, intentaron cruzar hasta el andén que no fue tarea fácil.

—No pueden pasar sin la documentación requerida —dijo autoritario el guardia.

—Por favor déjenos pasar, no queremos subir al tren solamente buscamos a alguien —suplicó Nathan.

—¡He dicho que no! —le gritó—. No insistan.

Kurt le cogió del cuello de la camisa y bramó a pocos centímetros de su cara:

—¡Soy el teniente Kurt Auttemberg de las *SchutzStaffel*! —le enseñó su carnet de identificación—. ¡Cómo no nos deje pasar ahora mismo me encargaré personalmente de que no vuelva a ver la luz del día!

El hombre levantó las manos atemorizado y les dejó pasar sin más objeción. De algo bueno sirvió que él perteneciera a ese maquiavélico grupo.

—¿Sabes a dónde vamos verdad? —preguntó mi hermana mirando al frente.

—No soy tan estúpida como creéis todos —espeté.

Vi que torcía la boca victoriosa.

—Iris deja de mirar por la ventana, él no vendrá a por ti —se burló haciéndome crecer el pesado nudo que llevaba en mi garganta—. Entiende de una vez que has sido sólo una distracción para desfogar sus deseos de hombre, nunca te tomó en serio, ya va siendo hora de que te lo metas en la cabeza hermanita.

Estaba tan enfadada, igual o más que un perro rabioso.

—Estoy harta de ti Esther —mascullé—. Harta de que me taches de golfa ¿te he dicho a ti lo sosa y frígida que eres alguna vez? —pregunté con odio—. ¡No! porque tengo mucha más personalidad y educación que tú —me retiró la vista ofendida—. Te guste o no ese hombre me ha hecho disfrutar como mujer, en sus brazos he sido plena, feliz, ha hecho sentirme amada y viva, eso tú jamás sabrás lo que es.

Parecían tres almas perdidas buscando luz. Como un espejismo vi sus ojos azules atormentados buscándome por todas partes. Alina, divisándome primero, señaló a Kurt dónde estaba yo. El sonido del claxon del tren me hizo volver a la realidad dando aviso de que ya íbamos a partir.

—Le amé desde el primer momento en que le vi —añadí—. Él es el hombre de mi vida, será mi marido hasta el día en que me muera y el padre de mis hijos. No voy a renunciar a él aunque yo sea judía y él ario, nuestro amor Esther —me levanté cuando noté que el tren empezaba a ponerse en marcha—. Nuestro amor está por encima de todo ese odio.

Corrí sin mirar atrás, corrí por el pasillo ante la mirada de incertidumbre de la gente. Ante las voces de mi hermana y los gritos de mi padre, apartando

con todas mis fuerzas al revisor que me llamaba loca. Sí. Estaba completamente enloquecida. Ahora entendía aquello de *por amor se hacen grandes locuras*.

El tren aún no había cogido apenas velocidad, no obstante, tuve que reconocer que daba impresión saltar en esa situación. Lo pensé dos segundos antes de coger impulso y abalanzarme al vacío. Afortunadamente, sólo me rasgué la rodilla cuando caí al suelo. Kurt, Alina y Nathan corrían hacia mí y yo hacia ellos. Kurt me abrazó y sin dejar de besarme comentó;

—¡Sólo a ti se te ocurre saltar de un tren en marcha! —exclamó—. ¿Estás bien?

Asentí.

—No tenía otra opción, tenía que asegurarme que estuvieran a salvo —dije—. Oh, creí que no ibais a llegar a tiempo —les miré a los tres.

—No te íbamos a dejar marchar —respiró cansada mi amiga.

### Capítulo 43

—¿Entonces Alina ya está enterada de todo? —pregunté.

—Así, es —respondió—, le expliqué todo a ella y a su novio de camino a la estación.

—Bien.

—Has sido muy valiente... —me susurraba Kurt a mi espalda mientras me curaba las heridas—. Aunque, no esperaba menos de ti.

—Fue muy duro, por un momento pensé en que me iba a ir con ellos y que dejaría a atrás todo, a ti, a Alina, mi barrio, todo —dije estirada en su cama boca abajo—. ¿Dónde estarán ahora? ¿Habrán conseguido partir hacia América?

—Es posible —añadió—. Ya he terminado, vámonos a dormir, mañana será otro día.

—No quiero dormir —me incorporé para mirarle a los ojos—. Esta noche no.

—Debes reposar —me acarició la mejilla—. Las heridas aún están frescas y...

—Hoy más que nunca necesito sentirte —le cogí la mano para llevármela a mi seno.

Me besó despacio, juntando ambas lenguas. Se desvió hacia mi cuello rozándolo con sus labios y bajando a mis pechos para seguir disfrutando de mi piel. Hice un leve gemido ahogado cuando noté que acariciaba mi sexo para humedecerlo.

Nos acabamos de desnudar el uno al otro, lentamente, como si no existiera el tiempo. Recreándonos en cada esquina de nuestro cuerpo, para explorarlo.

—Así no te haré daño... —dijo en voz baja.

Yo asentí. Me recosté delante suyo, los dos mirábamos hacia el mismo sentido. Mis heridas rozaban su fuerte pectoral, con su mano alzó uno de mis muslos.

Con delicadeza, me dejé llenar de él. Me embriagué de su olor, de sus caricias y de sus palabras de amor. Con cada movimiento me perdía más y más, la manera que tenía de amarme me dejó exhausta y complacida como cada vez que estábamos juntos.

## *Capítulo 44*

Días después, Kurt me acompañó uniformado a mi casa. Si le veían así vestido nadie se atrevía a sospechar nada. Todos los suboficiales le respetaban. Ver la cafetería que, con tanto esfuerzo sacamos adelante por mantener el legado de mis abuelos cerrada, me causó un profundo dolor. Sentía que les había defraudado. Guardé todas mis pertenencias y mi ropa en las maletas, busqué antiguas fotos de mamá y de los abuelos para llevármelas conmigo. Lloré en los brazos de Kurt, no podía aguantar más tantas emociones y me dejé consolar por él. Fui al cuarto de mi hermana, me arrepentía de haberle hablado de ese modo tan irrespetuoso. Cogí una pequeña fotografía en la que salíamos de pequeñas tomando helado junto a papá y también la guardé. Los pendientes favoritos de mamá, el vestido de noche que me ayudó a

confeccionar Esther, quería llevarme las cosas que eran importantes para mí. Los recuerdos de cuando vivir el día a día era fácil. Miré hacia el gato de peluche que me regaló Mark en nuestra primera cita, cuánto le echaba de menos... Pero no al Mark de ahora, sino el chico noble y simpático que tanto me hacía reír cuando éramos buenos amigos. A esa persona es la que yo extrañaba, era como si hubiera muerto y se hubiera reencarnado en alguien maligno.

—Cielo, debo llevarme algo más conmigo.

—Claro, lo que tú quieras.

—No sé si te parezca buena idea...

Como una madre con sus hijos a los que nunca abandonaría por nada del mundo, salí de mi casa por última vez con los tres felinos en mis brazos. Les prometí que jamás les iba a faltar comida y un techo, yo les apreciaba y sabía que ellos a mí también. No iba a dejarles morir de soledad, no me lo perdonaría a mí misma. Miré a lo que fue mi hogar los años que tenía de vida, había sido tan feliz allí... sin pensar en nada más me metí en el auto de Kurt para irme con él a su casa, donde viviría a partir de ese momento.

## *Capítulo 45*

*1936.*

No había sabido absolutamente nada de mi familia. No sabía si estaban bien si habían logrado llegar sanos y salvos a América o de lo contrario les habían descubierto y se los habían llevado a algún campo de concentración. Kurt me explicó que no salía el correo de Alemania ni tampoco entraba, así que, no teníamos nada que hacer. Los padres de él, continuaban en Auschwitz, Polonia. Alguna vez al mes llamaban para saber cómo le iba en Berlín, su padre estaba convencido de que yo estaba desaparecida y que su hijo no le guardaba ningún rencor. La situación cada vez me parecía más triste y asfixiante, nuestra vida social era nula. Él se reunía cada semana con los demás compañeros, en la sede del Partido. Eran una especie de asambleas donde escuchaban la palabra del *Führer* como si fuera el mismísimo

*Salvador.*

—¡No aguanto más esta cárcel! —grité desesperada cuando vi que entraba por la puerta—. Me ahogo en esta casa, no puedo llamar a nadie, no puedo ni pisar el jardín por si alguien me ve.

—Para mí tampoco es fácil, Iris —dijo con la voz cansada quitándose la chaqueta para dejarla en el guardarropa.

—Tú al menos hablas con gente, puedes salir a la calle sin temor a que te encierren ¡ves la luz del sol! —exclamé—. Ya me he leído todos los libros de la biblioteca y algunos dos veces.

Kurt soltó un soplando sin apenas prestarme atención, enfadada me crucé de brazos.

—¡Es que no piensas decir nada!

—Ya sabes dónde te metías cuando decidiste quedarte, podrías haberte ido con tu familia.

Le miré dolida, me dirigí hacia las escaleras con brío.

—Iris, espera —alzó la voz—. No quería decir eso ¡Iris!

—¡Eres un idiota! —le grité en la barandilla y subí hacia la habitación.

Me tumbé en la cama, muy afligida.

—Cariño, lo siento, no quería hablarte así —se sentó en la cama, a mi lado.

—Pues lo has hecho —dije sin mirarle a la cara.

Vi de reojo que se masajeaba las sienes y se rascaba el pelo de manera nerviosa.

—Sé que estás cansada de vivir de esta manera —comentó—. Yo tampoco soporto no poder disfrutar de las cosas que hacíamos antes, pasear, ir al cine... tengo que aguantar a esa panda de animales y hacer ver que soy uno de ellos.

—Oh Kurt... —lloré—. ¿Hasta cuándo? ¡Escapémonos juntos de una vez!

—No es posible ahora Iris, no lograríamos llegar ni a la frontera —se

puso de pie resignado.

—Quiero vivir nuestra juventud, casarnos... —añadí sonándome la nariz.

—¡Ah mujer! —bramó—. Piensa lo que estás diciendo ¿cómo nos vamos a casar? ¿Qué clase de sacerdote va a casar a una judía con un alemán? Nos echarían de cabeza —alzó las manos al aire.

—Tengo muchos sueños por cumplir, quiero ser madre...

—No podemos ahora Iris, ¡olvídalo! —Alzó la voz.

—¿Por eso ya ni me tocas?! —Exclamé—, ya no hacemos el amor como antes.

—Exacto, no me perdonaría traer hijos al mundo y que tuvieran que vivir esta condena —expuso—, ¿Cómo vamos a educarles?!

—¿Entonces qué demonios hacemos!? —chillé desesperada.

—Seguir juntos, continuar fuertes como hasta ahora —Se arrodilló ante mí—. No hay mal que dure cien años, amor. Todo pasará algún día.

Sollocé de impotencia, grité de rabia desde lo más profundo de mis entrañas abrazada por él.

—Estoy cansada de esperar, muy cansada.

## *Capítulo 46*

El Comité Olímpico Internacional eligió a Berlín como ciudad para que se celebraran las Olimpiadas de verano. Me distraía en el salón viéndolas en el televisor. Me percaté de algo muy curioso, la mayoría de los atletas y deportistas eran alemanes ¿quería decir que alguien había excluido a los demás negándoles así la oportunidad de participar? Los comentaristas, incluida la prensa y los periódicos, alababan y exaltaban la raza aria, por supuesto, también los portes musculados de los competidores, las facciones y los rasgos. Me sentí orgullosa cuando una mujer además de origen judío ganó una medalla de plata en esgrima. Los carteles antisemitas se retiraron de la ciudad, en su lugar, pusieron otros con atletas de mejor físico para que todos vieran qué clase de raza era la alemana. Les convenía lavar su imagen y demostrar al mundo una ciudad pacífica y tolerante, la hospitalidad y la capacidad de organización fue lo que se llevaron los visitantes de Alemania,

todo lo contrario a lo que era en realidad el país.

Al finalizar las Olimpiadas todo continuó a peor, había una persecución y odio ciego a los judíos. Alina y yo nos mandábamos mensajes ocultos durante todo ese periodo de tiempo. Kurt se encargaba de llevar mis cartas y entregarme las de ella. Mi amiga estaba viviendo una pesadilla peor que yo. Nathan tuvo que dejar la barbería y los padres de mi amiga la artesanía. Vivían prácticamente escondidos en sus casas. Kurt les llevaba de madrugada cuando nadie había por las calles, muda limpia, comida preparada, bebidas, medicinas, todo lo que necesitaran.

## Capítulo 47

1938

La depresión me estaba matando lentamente. Jamás pensé que estar encerrada iba a acabar con mi salud mental. Pensaba que era fuerte, lo pensaba...

Sólo pise la calle dos o tres veces en esos dos años. Conocía cada estancia de la casa de Kurt a la perfección. Llegué a aborrecer la imponente mansión de los Auttemberg. De nada servía el dinero ni la posición de su apellido cuando éramos esclavos y marionetas. Continuaba sin saber nada de mi familia, la incertidumbre me devoraba, hacía desesperarme. Mis gatos eran la única compañía que tenía cuando Kurt marchaba, se sentaban a mis pies los días que apenas quería salir de la cama y Miah me ronroneaba para que la acariciara. Por las noches lloraba, gritaba, la ansiedad que tenía era horrible. Muchas veces sentí alivio mientras bebía alguna copa de whisky en el salón, pero sabía que eso sólo empeoraría las cosas. Kurt me regañaba por beber, por verme derrotada. Él era la luz que me mantenía en pie y que me hacía seguir para adelante. Alina estaba igual o peor que yo, nada tenía que ver el modesto piso de Nathan con el lugar donde yo vivía. *Parecemos ratas encerradas en una alcantarilla*, me escribía muchas veces y yo siempre le contestaba; *Las ratas tienen más libertad que nosotros*.

## Capítulo 48

Kurt se fue temprano. No me dijo a dónde, solamente dijo que era importante que permaneciera en casa y por nada del mundo saliera. Eso me alarmó de inmediato. Pasaban las horas y él no volvía, estaba muy nerviosa pensando en que podía estar en peligro, que nos habían descubierto. No aguanté más y fui a buscarlo. Me vestí y oculté mi cabello bajo un pañuelo negro. Le escribí una nota y la dejé sobre su mesa del despacho por si volvía diciéndole que había salido.

Intentaba caminar con tranquilidad pero esa palabra yo ya no la conocía. Todo me parecía extraño, hasta el simple hecho de andar. Fue cuando vi el caos desatarse en medio de la plaza cuando sentí auténtico miedo. Pánico. Cientos de oficiales con fusiles de asalto corrían de aquí para allá detrás de civiles. Habían acabado con todo, los edificios estaban derruidos y manchados de sangre. Miré hacia la tienda de doña Ana y como ése, todos los negocios estaban destruidos. Los cristales rotos y pintados con la palabra *judío*, nuevamente. Yo quería ser invisible para esfumarme de allí. En ese momento, pensé en mi amiga y me dirigí a escondidas por los callejones hasta llegar a la artesanía.

Me quedé petrificada con lo que vi, no podía creer lo que estaba presenciando. Estaba todo destrozado, desordenado, roto. Descubrir los cuerpos sin vida de los padres de Alina hizo que me bajara la presión hasta el punto en que tuve que apoyarme en la pared. Notaba mi pulso débil y gotas de sudor frío me bajaban por la frente. Tenía arcadas por la angustia que sentía. Les habían fusilado. Respiré hondo y saqué fuerzas de donde no las tenía, ordené a mis piernas entumecidas que corrieran cuesta arriba sin mirar atrás.

*Por favor que estén allí. Suplicaba. Que estén a salvo.*

—No puede pasar señorita —me dijo autoritario un bombero.

—Por favor señor, necesito ver a alguien —le rogué con los ojos vidriosos.

—Lo siento, es peligroso hay un incendio en varios edificios —anunció.

—¿Un incendio?! —pregunté asustada—. ¿En qué número?

—Del 31 al 34.

—¡No, no, no! —salté el cordón de seguridad dejando atrás las voces del hombre.

No podía ser verdad, el número 32 pertenecía a la casa de Nathan.

—¡¡No!! —grité devastada cuando vi los edificios en llamas.

Mi casa y la de enfrente ardían junto a las de mis vecinos.

—¡Alina! —chillé llorando.

Alguien me sorprendió de espaldas y me llevó a arrastras de allí.

—¡Suéltame! —me revolví—. ¿¡Alina dónde estás!?

—Está muerta —alegó.

Miré a quien me hablaba, sus ojos grises y su sonrisa de satisfacción me hicieron odiarlo más de lo que yo creía.

—¡Eso no puede ser! —exclamé—. ¡Alina no puede estar muerta!

—Lo está —sonrió—. Yo mismo he provocado el incendio, con todos tus amiguitos dentro.

—¡¡Malnacido!! —le di una bofetada.

No obstante, él me dio otra mucho más fuerte tirándome al suelo.

—Pronto te reunirás con ellos.

Mark cogió de mi brazo y arrastras me obligó a ir con él hasta el principio de la calle percatándome de que iba armado.

—¡Me haces daño! —le grité— ¡Suéltame!

—¡Cállate!

—¿Por qué haces todo esto Mark? —dije llegando a la plaza.

—¡Porque te odio y no quiero que seas feliz con él!

—Éramos amigos, yo te apreciaba muchísimo...

—¡Que te calles! —me dio una bofetada de nuevo.

Sonó un disparo al aire muy cerca nuestro. Miré de dónde provenía y vi a Kurt con una expresión que jamás le había visto, su rostro estaba enfurecido y desencajado.

—¡Si le vuelves a poner una mano encima te vuelo la cabeza! —le apuntaba con el arma.

Mark atrajo mi cuerpo rápidamente hacia él y puso su pistola en mi sien.

—Quizá se la vuela yo antes a ella.

Estaba tan aterrada por estar a merced de aquél psicópata que por un momento creí estar en un mal sueño. *¿Es que había perdido el juicio ese hombre?*

—Deja la pistola en el suelo o la mato —advirtió quitando el seguro.

Kurt se lo pensó.

—Haz lo que te dice —dije con un hilo de voz.

Kurt puso con cuidado la pistola en el suelo, le dio una patada para alejarla y alzó sus manos al aire.

—Bien —sonrió—. ¡No te muevas!

Un coche paró al lado nuestro, Mark abrió la puerta y a la fuerza me metió dentro, yo le gritaba todos los insultos que conocía mientras me revolvía.

Kurt, corrió a ayudarme pero Mark se dio cuenta que se aproximaba. Escuché dos tiros.

—¡No! —miré por el cristal trasero del auto—. ¡Kurt!

Estaba arrodillado en el suelo, Mark se sentó a mi lado y apenas me dio tiempo a ver nada más. Acercó un pañuelo con olor a cloroformo tapando mi nariz y boca, me dormí mientras leía los labios de mi hombre.

—Te encontraré...

## Capítulo 49

Me desperté desorientada con un terrible dolor de cabeza, rodeada por muchas personas. Estábamos amontonados en el suelo. Se respiraba con dificultad a causa del polvo y el estrecho lugar, las motas de polvo se reflejaban en la tenue luz que entraba por las agrietadas maderas del vagón. Recordaba todo lo que había pasado y se me llenaron los ojos de lágrimas. Alina había muerto y junto a ella Nathan y Ella. Era muy fuerte el dolor que sentía en el pecho y ¿Kurt?, lo último que recordaba es que Mark le había disparado, ¿habría muerto él también? Sólo de pensar en esa idea me entraron ganas de vomitar. *Tengo que salir de aquí, tengo que saber si Kurt está bien.*

Me dirigí hacia lo que yo creía que era una puerta y toqué enérgica.

—¡Abran! —grité—. ¡Tengo que bajar de este tren! ¡Abran!

Un oficial abrió la puerta y voceó una serie de insultos empujándome hacia atrás haciéndome caer al suelo.

—¿Dónde estamos? —pregunté a una señora con un bebé en brazos.

No me respondió, ni siquiera me miró. Me acerqué a otro señor.

—¿Usted sabe hacia dónde nos dirigimos? —dije desesperada.

Negó con la cabeza. Solté un bramido y me senté donde estaba.

Horas más tarde, pasado el medio día el tren se paró. Tenía mucha sed y estaba sudada por el calor que hacía allí dentro. No sentía las piernas de lo dormidas que estaban al pasar tanto rato sentada.

—¡Vamos, moveos! —ordenaba autoritario un oficial.

Caminábamos uno detrás del otro, las personas de mi alrededor tenían cara de estar desconcertadas y aterradas, como yo. En la entrada del edificio donde me encontraba había unas enormes letras de hierro sobre una verja oscura que anunciaba <<Dachau>> y debajo de ese nombre una especie de lema <<El trabajo te hará libre>>

—¿Dachau? —murmuré pensativa.

*De que me suena esa palab... ¡No!* Abrí los ojos con horror y negaba en mi mente sobresaltada, sin dejar de mirar aquel cartel. *No es posible que Mark me haya metido aquí ¡No!*

El pánico se apoderó de mí. Quise darme la vuelta pero no pude, la gente me empujaba y había vigilantes por todas partes. Si huía estaba muerta. Llegamos a un amplio patio, era desolador y árido. Asomé la cabeza para ver qué es lo que me encontraría al llegar al principio de la cola y vi a un hombre sentado en una silla apuntando algo en un papel sobre una vieja mesa de madera. Esperé y cuando me tocó el turno aquel señor me observó brevemente sin dirigirme ni una palabra, levantó una mano hacia la derecha. Sabía lo que quería decir eso; estás sana, pasas al próximo nivel. Los guardias me acompañaron hasta formar un nuevo grupo, allí nadie hablaba, sólo obedecían. A mi derecha había mujeres embarazadas, niños pequeños, madres con bebés en brazos, ancianos y personas de aspecto enfermo. Les miraba con tristeza, solamente los alemanes y yo sabíamos a qué dos lugares iban a parar aquellas pobres almas; a campos de exterminio o a la cámara de gas.

Las colas de gente iban a parar a una especie de sala, donde comprobé aquello que Kurt me explicó;

*Cuando alguien nuevo entra en un campo de concentración, lo primero que hacen es separar a los aptos y no aptos para trabajar. Te observan si tienes indicios de estar enfermo y te tatúan un número en el antebrazo.*

—Eres de ascendencia judía, ¿cierto? —preguntó el oficial.

—Así es.

—Aquí tienes tu ropa, cámbiate y ves a la sala dos para el chequeo médico.

Me guiaron hasta unos vestuarios, rodeada de mujeres, me deshice de mi ropa para cambiarla por aquél vestido de rayas verticales de un tono azul claro y blanco. En mi pecho había un triángulo invertido de color amarillo. Te etiquetaban según a que ideología pertenecías, los judíos de amarillo, los presos políticos de rojo, los criminales de verde, los emigrantes de azul, para los testigos de Jehová les pertenecía el púrpura, los homosexuales el color rosa, el negro era para los sin techo, lesbianas, prostitutas, enfermos mentales o drogadictos. Finalmente, el marrón para las personas de raza gitana.

Esperé mi turno para entrar a la sala dos.

—Siéntate —me ofreció el médico sin apenas mirarme.

Hice lo que me pidió y continuó la breve entrevista;

—¿Fumas, bebes o tienes alguna drogadicción?

—No.

Anotó en un documento lo que le decía.

—¿Cómo te llamas?

—¿Acaso importa eso aquí? —enarqué una ceja.

Él me miró estupefacto, aclaré la voz y dije:

—Mi nombre es Iris Goldstein.

—¿Has mantenido relaciones sexuales los últimos meses?

—No. —mentí tajante.

Me sacaron sangre y tomaron muestra de orina. Me midieron, miraron las pupilas, oídos y lengua. Todo parecía estar en orden según el doctor. Sana y fuerte para trabajar. Pasé con éxito a la sala tres. ¿Debía alegrarme?

—¿Qué se te da bien hacer, judía? —preguntó un oficial.

*Qué considerados.*

—Pues... —pensé rápida—. Coser, señor.

—Te pondremos en el taller entonces —estableció.

En la última sala me tatuaron, el dolor que sentí al clavarse aquella fina aguja en mi antebrazo era muy inferior al que sentía por haber acabado en un sitio como ese. Miré el número que me había tocado 001402 y repetía la voz de Kurt en mi cabeza.

*Allí, las personas no tienen nombre, sólo son un simple número. Algunas se olvidan de cómo se llaman realmente.*

Por eso me propuse repetirme cada día cómo me llamaba, quien era y de dónde venía.

Me dirigieron al taller donde esperaba instrucciones junto a las demás mujeres.

—A ver, escoria —empezó a decir la supervisora—. No quiero repetir ni una sola palabra de lo que diga, trabajareis desde que sale el sol hasta que se pone.

Se iba paseando con aires de reina delante de nosotras explicando lo que teníamos que hacer y de qué manera. Nadie se atrevía a mirarla a la cara, la única que lo hacía era yo.

—¡Moveos asquerosas! —gritó—. ¡A trabajar holgazanas!

Las muchachas salieron despavoridas hacia los asientos, yo me senté en el único sitio que quedaba libre. El taller era un enorme almacén con mesas de madera muy extensas, en cada una de ellas tenían doce o quince máquinas de coser, mirábamos todas hacia el mismo sentido y había poca iluminación. Cogimos las telas de donde nos había indicado y en silencio empezamos a confeccionar los trajes para los oficiales de las SS.

*Si me llegan a decir que iba a acabar en un campo de concentración haciendo los famosos uniformes, no hubiera dado crédito. Pensé intentando*

ponerle algo de humor a mi situación.

Durante toda la tarde hice eso, me dolían las piernas de tanto mover el pedal y la vista de fijarme en las puntadas. Por suerte iba rápida y acabe un traje completo. Había compañeras que no sabían ni por dónde empezar. No me atrevía a hablar, la supervisora, aunque no lo parecía se fijaba en cada detalle y si abrías la boca te zurraba con su fusta en la boca o en las manos.

Cuando acabamos la jornada, nos presentaron lo que sería mi nuevo hogar.

Una habitación lúgubre, estrecha pero muy honda. Las camas, si se le podían llamar así a eso, eran nada más que literas de madera oscura en dos alturas sin ningún tipo de colchón o manta.

En cada uno de los huecos habían recostados de cuatro a cinco personas, como mínimo. Me entraron náuseas al percibir el desagradable olor a humedad y orina que había en el ambiente, más aún cuando una rata gris de larga cola pasó a pocos centímetros de mis pies. En el techo, las telarañas formaban parte de las paredes de cemento. No había ningún tipo de ventilación, ni lavabo, sólo un rincón con una especie de barreño para hacer las necesidades.

*Qué Dios me ayude, recé mirando a mi alrededor.*

## *Capítulo 50*

Me acomodé en una cama de las que parecía más vacía pero la señora me echó de allí de malas maneras.

—Puedes venir aquí —ofreció una muchacha.

—Gracias —dije una vez a su lado.

—¿Eres nueva, verdad? —preguntó simpática.

—Sí.

—Qué tengas suerte.

Estaba hambrienta, el estómago me rugía. No había comido nada desde el

desayuno.

—Disculpa, ¿cuándo cenamos aquí? —me dirigí a ella.

Se rió y con ella varias mujeres detrás de mí también.

—¿Ves esa apertura de allá? —señaló hacia la puerta—. Por allí nos dan la cena, pan o leche, caldo con verduras si les sobra.

En ese momento, se abrió la apertura de la que estábamos hablando. La chica se lanzó corriendo junto a todas las demás para coger la comida.

Parecían leonas desesperadas por cazar una succulenta cebrá.

—Toma —me ofreció un poco de pan—. Tienes que ser más rápida o durarás dos días aquí.

Me miró de arriba abajo.

—Estás muy flacucha.

Cuando lo miré estaba reseco, duro como las piedras y me entró asco al verlo mohoso, una pequeña larva asomaba su cabeza por uno de los agujeros.

—No me apetece —dije devolviéndole la porción—. No tengo hambre.

—Por cierto, ¿cómo te llamas? —preguntó curiosa.

—Mi nombre es Iris —respondí—. ¿Y tú?

—Soy Liz, encantada —me dio la mano con una sonrisa.

Tenía los ojos muy bonitos entre verdes y color miel, era morena como yo. Su tez estaba sucia pero estaba segura que con anterioridad había resplandecido.

Me fijé en el color de su triángulo; negro.

—Toma, pónitelo si no quieres que se te peguen los piojos y te tengan que afeitár la cabeza —me dio un pañuelo como el que llevaba ella.

Era de la misma tela que el uniforme que llevábamos puesto. Al momento

de oír eso, recogí todo el cabello e hice un nudo en la esquina de mi frente.

## *Capítulo 51*

Pasé una noche horrible. Encajonada por no poder moverme, pegada a Liz y a otras tres mujeres más. A punto estuve de caerme al suelo en un par de ocasiones. Me despertaba el hambre y los ronquidos de las demás.

Al día siguiente me levanté muy mareada, supuse que era por no haber dormido bien y por falta de alimento en mi cuerpo. Pude coger un tazón de leche agria y mojarla en migas de pan seco. Liz me contó que ella estaba en otra área confeccionando, por eso no la había visto antes donde yo estaba.

Cada día hacía lo mismo, mi vida había cambiado para ser prisionera de los malditos uniformes de los arios. ¡Cómo detestaba ese traje!

Aunque, cuando tuve entre mis manos el de teniente, no pude evitar emocionarme. Veía a Kurt detrás de él, tan apuesto y sonriente. Deseaba que esto fuera una pesadilla, deseaba despertarme y estar con él, entre sus brazos, donde me sentía segura.

—¡Espabila! —me dio un empujón la supervisora.

Seguí cosiendo semana tras semana. Intentaba esforzarme al máximo a pesar del cansancio y del hambre. Tenía que sobrevivir a eso y que se fijaran en mí, me lo había propuesto y no podía rendirme. Sabía que si destacaba tenía mi cabeza asegurada.

Nos daban de beber mucha agua, supuse que era para no deshidratarnos y poder explotarnos el máximo tiempo posible. Levanté la vista de la tela oscura unos segundos y vi al médico que me atendió cuando llegué hablando con la supervisora.

—¡Atención! —alzó la voz ésta.

Todas dejamos de trabajar.

—El señor busca la número 1402 —estableció.

Esa era yo. Me levanté enseguida, ¿se habría dado cuenta de lo mismo que yo?

—Acércate —me ordenaron.

Fui hasta ellos, el médico me llevó fuera de allí a una sala aparte. La misma donde me había hecho la exploración el primer día. Estaba nerviosa, con incertidumbre. Hizo sentarme en una silla, él estaba enfrente de mí y nos separaba una amplia mesa de consultorio.

—Me mentiste cuando llegaste aquí —dijo yendo al grano.

Tragué saliva e intenté disimular.

—No sé de qué habla.

—No lo niegues, los resultados en orina demuestran que estás embarazada —anunció.

Me quedé sin aliento al oír eso. Petrificada. Notaba que los ojos se entornaban vidriosos. Las sospechas que tenía eran ciertas, tenía un retraso en mi menstruación desde hacía varias semanas.

—No puedes estar aquí —estableció descolgando el teléfono de su derecha.

—¡Por favor! —le puse la mano encima y con la voz temblorosa dije—. ¡No lo haga, por favor! Estoy acostumbrada al trabajo duro, puedo resistirlo —supliqué.

—No se trata sólo de eso —me fijó la mirada poniendo el teléfono en su sitio—. Cuando empiece a notarse el vientre, se darán cuenta de que esperas un hijo —susurró en voz baja—. Entonces será muy tarde, me matarán a mí también por permitirlo.

Esas palabras me hicieron tener la esperanza de poder convencerle, decidí hablarle sin más miramientos.

—No tienen porque enterarse —propuse en voz baja—. Ni siquiera sé si el

bebé llegará a nacer, pronto empezaré a estar desnutrida, no me denuncie por favor —Había desesperación en mi voz—. Este hijo —me toqué el vientre—, es lo único que me queda del hombre que amo —empecé a llorar—. Ni siquiera sé si está vivo o muerto.

El médico guardó silencio mirándome con compasión, fue la única mirada empática que vi en las pocas semanas que llevaba allí. Se levantó de la silla, me giré para ver hacia dónde se dirigía, abrió una pequeña nevera y sacó un bote de orina marcado con mi número. Lo derramó en el fregadero y los folios de mi expediente los rompió en trozos incapaces de rehacer para acabar en la papelera.

—Ya puedes marcharte.

Me levanté de allí aliviada por el golpe de suerte que acababa de tener, si me hubiera topado con otro médico, no hubiera visto amanecer.

—Gracias —susurré.

## *Capítulo 52*

En las habitaciones, el frío te calaba hasta los huesos. Intentaba dormir, pero no podía dejar de pensar que estaba muy enfadada con la vida. ¿Por qué tenía que mandarme un hijo en estas condiciones? Siempre había soñado con tener un hijo de Kurt pero nada estaba saliendo como yo pensé. ¿Qué iba a hacer ahora que me encontraba allí y tenía una vida creciendo en mi interior? No quería hacerme ilusiones, sabía perfectamente que una mujer embarazada debía alimentarse bien y no hacer trabajos forzados, aún así yo quería a ese bebé tanto como a su padre y haría todo lo posible para que naciera.

Las náuseas eran horribles por las mañanas, me levantaba con dolores en las lumbares y en las cervicales. Tenía que aguantarme y trabajar pues ésa era mi nueva vida y no tenía otra opción.

—¡Tú! —me gritó la mujer que nos vigilaba—. Lleva esas cajas a la unidad cuatro ¡ahora!

—Sí, señora —asentí.

—¿Te he dicho que hables?! —Masculló—. ¡Muévete, asquerosa judía!

Me dio un empujón señalando la puerta. *¡Si no estuviera aquí metida te hubiera puesto en tu lugar, vieja del demonio!*

Hice lo que me pidió. Cogí las enormes y pesadas cajas de cartón que iban cargadas de uniformes para llevarlas a la unidad que me había dicho. No estaba muy segura de donde se encontraba y me perdí. Buscando los números de los edificios fui a parar a una zona alejada. Al voltear la esquina, se me cayeron todas las cajas al suelo. Casi me desmayo por lo que vi. Cientos de cadáveres completamente desnudos, entre ellos niños, se apilaban en camiones. Gente con mi mismo uniforme los amontonaba allá.

Me tapé la boca horrorizada e incapaz de contenerme vomité en el suelo apoyada en la pared. Seguidamente, me fui de ahí para encontrar de una vez la maldita unidad cuatro y acabar el trabajo que me habían encargado. Aunque esa imagen no podía quitármela de la cabeza, seguramente me acompañaría el resto de lo que me quedase de vida.

### Capítulo 53

—Y tu Iris, ¿a qué te dedicabas antes de venir a parar aquí? —preguntó Liz mientras cenábamos.

—Trabajaba en la cafetería de mi familia, en Berlín —respondí sorbiendo la sopa aguada e insulsa—. ¿Y tú?

—Digamos que alegraba las noches de los caballeros.

—Oh, ya entiendo...

—Vivía en Munich, en un burdel, allí nací y allí creí que me moriría —añadió.

—Las cosas nunca salen como uno espera —murmuré con desgana.

—Yo tenía familia —se unió una señora de mediana edad a nuestra conversación—. Nos metieron aquí a mi marido y a mis dos hijos.

—¿No los ha vuelto a ver? —cuestioné.

—No, de eso hace ya tres años —bajó la cabeza apenada—. Dudo que les vuelva a ver algún día.

La compañía de Liz me recordaba a las charlas que tenía con Alina, la manera de expresarse era como si ella aún estuviera conmigo. Me quedaba el consuelo que al menos ella no había tenido la desgracia de vivir todo lo que yo estaba pasando. Mi amiga no era tan dura como yo, no sabía si lo hubiera resistido aunque estar en un sitio así hacía perder la razón hasta el más cuerdo.

Lloraba su pérdida en las siniestras noches, pensaba en la bonita pareja que hacía con Nathan, ese muchacho tan noble. Recordaba lo feliz que era junto a él. Ellos no se merecían haber acabado así y mucho menos una niña tan dulce y bondadosa como Ella que habíamos sacado adelante todos juntos, como una familia.

Recordé lo que aquella mujer nos había contado durante la cena, yo también dudaba en si alguna vez volvería a ver a mi familia y a Kurt. Lo último que me dijo fue *Te encontraré*, pero pasaban los días y cada vez me convencía más que esa vez mi héroe no iba a venir a rescatarme.

## Capítulo 54

Llevaba tres meses en el campo de *Dachau*. Mi vida era muy rutinaria y agotadora. Las náuseas habían desaparecido, nadie se percataba de mi embarazo. El traje que llevaba me iba algo grande a causa de mi delgadez y disimulaba la pequeña elevación de mi vientre. Nos anunciaron que un nuevo oficial se encargaría de aguardar nuestra área, tuvieron el detalle de presentárnoslo, aunque yo ya le conociera y muy bien.

—¡En pie, ahora! —ordenó Mark junto a otro oficial.

Nos levantamos todas, situándonos delante de las literas. Cuando le vi me entró tanta rabia que un fuego intenso me subía por el cuello hasta las mejillas, la repugnancia que sentía hacia él era descomunal. Le odiaba, le odiaba con todas mis fuerzas, por su culpa estaba ahí encerrada.

—Estaré muy pendiente de todas vosotras, estúpidas mujeres —empezó a hablar en tono autoritario—. Me dais asco, no valéis nada, sois peores que las sucias ratas peores que...

—La única sucia rata aquí, eres tú —alcé la voz para que me oyera.

Todas a mi alrededor me miraron con horror. Sabía que había hecho mal en contestar a ese desgraciado pero no pude evitarlo.

—¿Quién ha dicho eso? —buscó furioso al culpable entre la multitud.

Di un paso al frente para que me viera.

—Mi nombre es Iris Goldstein, señor —le miré orgullosa.

Nos desafiamos mutuamente con la mirada, se dirigió hacia mi encolerizado y me agarró con fuerza de la nuca susurrándome al oído;

—Te voy a dar la paliza que no te di aquella noche y esta vez nadie te va a salvar.

Me sacó arrastras de allí para llevarme a una habitación vacía y oscura, parecía un almacén.

—No tienes idea de cuánto te detesto —espeté.

Me abofeteó con mucha rabia haciéndome sangrar el labio.

—¡No más que yo a ti! —gritó a pocos centímetros de mi cara—. Todo sería muy distinto si te hubieras quedado conmigo y no te hubieras fijado en él.

—¡Nunca serás ni la mitad de hombre que es Kurt! —chillé—. Pronto vendrá a buscarme, te matará por todo lo que me has hecho.

—Qué estúpida eres —rió con maldad—. Kurt nunca va a venir a por ti, está muerto.

—¡No, cállate! —voceé con lágrimas en mis ojos—. ¡Eso no es cierto! ¡No!

—Yo mismo le maté —dijo perverso—. Ahora, haré lo mismo contigo.

Alzó su puño con fuerza para acabar en la boca de mi estómago. Del impacto caí de rodillas al suelo, cortándome la respiración. No paraba de golpearme, la cara ya no la sentía. Estaba muy desorientada y la vista se me entornaba distante y borrosa.

—¡Para Mark, te lo suplico! ¡Estoy embarazada, para!

Mark se quedó quieto dejando que respirara unos instantes, tenía cara de asombro no se esperaba esa noticia. Sin embargo, segundos después su expresión se entornó enloquecida, me di cuenta de que había cometido un terrible error revelándole ese secreto. Comenzó a patearme el vientre con fiereza, descontroladamente, con más furia que nunca.

\*\*\*

Estaba moribunda, me dolía hasta el alma de la paliza que me había dado. Dejándome abandonada en el exterior, yacía tirada en el suelo árido de tierra. Pensé realmente que era mi final, vi la sangre caer por mis piernas y supe que ya era tarde, mi hijo se moría. Las sombras de la gente que pasaba a mi lado no se detenían a ayudarme, nadie sentía compasión por mí. Quizá por miedo o por prudencia, igualmente me dolió tanta indiferencia.

A punto de perder el conocimiento vi un ángel aparecer, él me había venido a ver tal y como yo lo había esperado tanto.

—¿Kurt? has venido a buscarme —dije con un hilo de voz.

—Mi nombre no es Kurt —me alzó en brazos llevándome a lo que parecía una sala de quirófano.

Estaba muy débil, sentía que flotaba en el aire y que mi cuerpo se apagaba poco a poco.

—Debes mantenerte despierta, ¿me oyes? —le oí muy lejano—. ¡No te duermas!

—Mi... mi... hijo —murmuré cansada.

—Estás perdiendo mucha sangre —anunció nervioso—. ¡Háblame! ¿Cómo te llamabas?

—Mi nombre es Iris.

—Bien, así continúa ¿cómo te apellidas?

—Goldstein, soy judía —añadí.

Veía muchas gasas manchadas de sangre e instrumental quirúrgico pasar de un lado a otro, el dolor que tenía en mi vientre no se comparaba con el que sentía por saber que lo único que me unía a Kurt ya no existía. Ni siquiera

Kurt, él había muerto. Estaba sola en ese sitio infernal, le rogué a Dios que me llevara a mí también y me reuniera con las personas que yo tanto amaba. En la tierra ya nada tenía que hacer. El rostro de mi único amor me vino a la mente y la primera vez que le vi, *disculpe señorita, ¿está usted bien? Oh su mano necesita atención médica.* Recordaba su voz, sus ojos y la calidez que transmitían. Cada momento vivido con él pasaba por mi cabeza en forma de imágenes, como si estuviera en una película. La más hermosa que había visto. La más maravillosa que había vivido. *Alina, te echo de menos amiga. Tu sonrisa y tus comentarios que tanto me hacían reír, quiero que estemos juntas de nuevo.* Los consejos de Esther, las discusiones con papá, no sabía dónde estaban. Quizá ellos también habían pasado a formar parte de la vida eterna. *Perdonadme por mis malas formas, os he hecho mucho a faltar, por favor perdonadme. Mamá, recuerdo cuando me dormía entre tus brazos, allí todo estaba en calma y nada podía lastimarme.* Pedía perdón a los abuelos por haberles fallado y de pronto, me pasó algo inexplicable. Oí una voz muy conocida que hacía años que no la escuchaba. Era lejana pero clara a la vez y me hablaba directamente a mí. *No ha llegado tu hora aún muchacha, debes luchar por tu vida, lucha Iris... eres más fuerte de lo que crees, lucha...*

—A... abuela... —murmuré.

## Capítulo 55

Pasé los días siguientes con fiebre alta y delirios. Nadie me acompañaba, estaba sola en una cama, algo más confortable que las literas. De vez en cuando venía un hombre a inyectarme algo en el brazo y a alimentarme. Allí estaba escondida ante los ojos de los oficiales. A medida que me iba recuperando reconocí quien me había salvado la vida; el mismo médico que me atendió cuando llegué.

—¿Por qué lo hizo? —pregunté recostada.

—Soy médico, es mi deber.

—Usted no es un médico cualquiera —repliqué.

—Tampoco soy uno de ellos.

—Debió dejar que me muriera —alegué con los ojos vidriosos.

Me miró con pesar y se marchó sin más.

En varias semanas, ya estaba más recuperada. Debía seguir trabajando para no levantar sospechas a pesar de mi cuerpo magullado. El médico me comentó que abriría un informe exponiendo que se me había practicado algún experimento sanitario novedoso y por ello la ausencia en el taller, nunca más lo volví a ver. Liz no me preguntó sobre las marcas en mi cuerpo, sólo me dijo que a ella también la habían torturado con anterioridad, por haber sido toda su vida una prostituta.

## *Capítulo 56*

Dos meses después...

Continuaba enfadada con la vida, sentía que no me había portado tan mal como para merecer un castigo así. Poco a poco, mi cuerpo se fue recuperando del aborto que tuve y de los duros golpes que me atizó Mark. Aunque mi mente seguía trastornada. Trabajaba muy duro, presentía que destacaba entre las demás. Muchas mujeres que convivían conmigo no eran tan afortunadas, les decían que se iban a las duchas para asearse y quitarse la mugre y los piojos pero yo sabía que en esas duchas no salía agua, sino gas tóxico que acabaría con sus vidas en segundos. Cada día notaba la ausencia de algunas compañeras y la presencia de otras que entraban nuevas.

Una mañana, me ordenaron llevar los trajes al almacén donde posteriormente se los llevarían a otras partes de Alemania. Crucé el patio y salí por un jardín para regresar a por más uniformes, a mi izquierda se encontraban los límites del campo. Iba a girar para entrar a uno de los callejones cuando vi a alguien correr con desesperación hacia las vallas electrificadas. Me alarmé al ver lo que pretendía hacer, en un principio dudé en ir ¿quién era yo para detener a nadie?, sin embargo, no pude pensármelo más cuando mis piernas salieron apresuradas detrás de esa persona.

—¡Detente! —grité.

No me hizo caso y, cuando lo vi conveniente me abalancé sobre aquella

mujer, agarrándola con tanta fuerza que la tiré hacia un lado y caí sobre ella.

—¡Suéltame, suéltame! —chillaba—. ¡¿Quién eres para detenerme?!

Aquella voz...

—¡Alina!! —se me llenaron los ojos de lágrimas—. ¡Estás viva! —la miré de arriba abajo.

Incrédula, puso sus manos en mis mejillas.

—¿Iris? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Eres tú?

—Claro que soy yo, soy Iris —lloré al abrazarla.

—Oh Iris —sollozó—. No sabes cuánto te he echado de menos.

—Y yo a ti también, muchísimo.

—He pasado cosas horribles, ¡horribles! —gimoteó.

—¿Cómo te atraparon? —pregunté inquieta.

—Salí a buscar a Nathan el día de la revuelta, hacía mucho que había salido con Ella y creí que les había ocurrido algo malo, bajé a ver a mis padres a la artesanía y les encontré muertos —lloró—. No me dio tiempo a nada, unos oficiales me atraparon y me llevaron en tren hasta aquí.

—¿Has sabido algo de ellos?

—No, cada día que pasa siento que me estoy volviendo loca —se desesperó—. Ya no lo soporto más, ¡no quiero vivir así! —gritó.

—Ahora estamos juntas, debemos luchar por sobrevivir —establecí—. Te prometo que pronto saldremos de aquí.

—No, no —negó—. Esto es una pesadilla, de aquí nadie sale vivo.

—Confía en mí, haré todo lo posible. Ahora dime en que unidad trabajas y dónde duermes para poder localizarte.

—Estoy en las cocinas en la unidad diez, queda algo retirado y mi habitación es la número doce.

—Bien, yo estoy en el taller es la unidad siete y el cuarto donde estoy es el seis.

Alina asintió.

—Creí que tu seguías en Berlín con Kurt —se extrañó—. ¿Qué pasó?

Alina se horripiló al oír todo lo que yo había pasado desde la última vez que salí de casa de Kurt hasta hoy.

—¡Dios Santo, es terrible! —gimoteó—. Maldito Mark ¿Cómo ha podido hacerte algo así? No sé si voy a resistir más tiempo aquí.

—Claro que lo harás —establecí seria—. Hemos llegado hasta aquí, estamos vivas y unidas, somos más fuertes que ellos.

—Doy gracias porque nos hayamos reencontrado —me volvió a abrazar.

Cerré mis ojos y agradecí yo también esa alegría después de tanta tristeza, encontrarme a Alina me llenó de energía para seguir en pie y continuar. Continuar esa batalla que la ganaría costara lo que me costara.

## *Capítulo 57*

Alina y yo nos veíamos de vez en cuando, me consolaba el hecho de saber que ella seguía bien. Más estable mentalmente después de nuestro inesperado encuentro. Liz aún les era útil además de trabajar en el taller, me confesó que algunos de los oficiales la usaban para desfogar sus deseos reprimidos a cambio de subsistir. Ese día, llevaba un par de trajes de coronel confeccionados, las hojas que bordaba en el cuello eran de color plata, daba puntadas con la aguja cuando alcé la vista y me percaté que un grupo de hombres entraban y saludaban a la supervisora muy amablemente. Debían

tener curiosidad de saber quien les hacía la ropa. Eran una panda de hipócritas, repudiaban a los judíos, no obstante, se vestían con los uniformes que nosotros mismos les hacíamos. ¿No es ridículo? Me fijé con disimulo que uno de ellos era Coronel y los demás solamente oficiales. Éste pasó con parsimonia, detrás de cada una de nosotras. Nos observaba trabajar, tranquilamente, con nadie se detuvo a intercambiar una palabra ni para bien ni para mal, únicamente se paró a mi lado. A mi derecha tenía acabados varios trajes, perfectamente ordenados uno encima del otro. Cogió uno de ellos entre sus manos y lo miró con detenimiento fijándose en cada detalle. Después de eso, lo dejó sin doblar donde lo había encontrado. En ese medio minuto, conseguí ponerme muy nerviosa, no entendía porque había hecho eso.

Nos anunciaron que era la hora de marchar a nuestras habitaciones, todas obedecieron y salieron derrotadas por el duro día, a pesar de estar igual que ellas, me quedé un par de minutos más. Quería acabar mi último traje del día. Faltaba por coser un par de botones y rápidamente lo hice. Los doblé minuciosamente y los llevé a la mesa de la supervisora donde continuaba ese hombre charlando con ella. Pasé por su lado, dejaron de hablar y se me quedaron mirando extrañados, yo bajé la vista y me fui de allí.

*¿Es que no se habían percatado que estaba allí todavía?*

## *Capítulo 58*

Estaba en una silla mecedora. El reloj marcaba las nueve en punto y de la cocina salía una rica olor a pollo al horno y patatas con hierbas aromáticas. Cantaba una canción de cuna mientras amamantaba a un bebé de apenas unos días de vida, tenía el vello de su cabecita rubio y su rostro era angelical.

—Pronto estaremos en casa Iris... —susurró una voz a mi oído.

Sus brazos nos rodearon al pequeño y a mí. Su olor me recordó a alguien especial.

—Pronto estaremos juntos mi amor...

Abrí los ojos a la oscuridad del cuarto. Lloré de inmediato y en silencio por aquél sueño que nunca se haría realidad. No volvería a ver a Kurt, ni a estar con él. Sólo me quedaba suplicarle que donde estuviera me ayudase a sobrevivir. Había perdido a nuestro bebé y eso me dolía en el alma, quería volver a dormirme para tener esa idílica imagen y habitar allí, en mis sueños. La realidad era demasiado cruel para continuar viviéndola. Estaba sudando del calor que hacía ahí dentro, apunto estuve de asfixiarme cuando nos llamaron para darnos el desayuno. Otra vez leche agria y pan seco, mi estómago no lo soportaba y pasaba toda la mañana con ardor.

Había pasado dos meses desde que Alina y yo nos encontramos, en total llevábamos allí encerradas siete meses. Los más largos y horribles de nuestras vidas. Con el paso de los días, el Coronel hacía visitas regulares a mi unidad, cosa que me extrañaba mucho más aún cuando no apartaba la vista de mí y de mis trabajos.

—Atención, buscamos a la número 1402 —informaron unos oficiales en el taller.

Paré la confección. *¿Para qué me querían esos hombres ahora?* Escoltada por ellos dos me llevaron hasta el edificio principal del campo, tocando con la entrada donde solían estar los altos cargos. No entendía que hacía yo en un lugar como ese, estaba asustada.

—Coronel Weinmann, aquí está la número 1402 —anunció.

*¿Ese hombre me había mandado llamar? ¿El Coronel? ¿Por qué motivo?*

—¡Panda de borregos! —se alzó con la barba untada en espuma de afeitarse—. ¡Os dije en media hora! ¡Inútiles!

—Lo sentimos Coronel, creíamos que... —rectificó el otro hombre.

—¡Iros de aquí, vamos fuera! —gritó de malos modos—. ¡Largo!

Me quedé muda con la vista fija en el suelo, no me atrevía ni a mirarlo con ese enojo que tenía.

—Disculpa —añadió seco.

Le miré y asentí otra vez mirando hacia abajo. *¿El Coronel me había pedido disculpas?* Definitivamente todo era muy raro.

—Puedes esperar a que acabe en ese asiento —señaló.

—Por supuesto, señor.

Hice lo que me pidió, al menos pude descansar un rato sin hacer nada. Notaba mis piernas cansadas y los pies con rozaduras por los estrechos zapatos. Ésa era la primera vez en todo el tiempo que llevaba allí que pude apoyarme en un cómodo respaldo.

Estaban afeitando al Coronel Weinmann, pensé irónicamente para mis adentros lo fácil que hubiera sido que ese judío le hubiera cortado la yugular con la afilada navaja pero sería una idea estúpida, le hubieran fusilado al instante.

Miré al hombre que hacía el minucioso trabajo, inmediatamente el cuerpo me dio un brinco al reconocerlo. No podía creer lo que veían mis ojos, Nathan era quien le atendía. Quise llamar su atención como fuera posible pero no podía pensar con claridad. Nathan me miró dos segundos a los ojos, con esa mirada supe que él me había reconocido en cuanto entré por la puerta. Me cercioré que no había ningún guardia y con disimulo me crucé de brazos apoyando el derecho en la barbilla. Bajo el lenguaje de signos le comuniqué;

—Alina está aquí, está bien.

Nathan cerró los ojos emocionado y vi que respiró hondo. El Coronel por suerte no se percató de nada, tenía sus ojos cerrados y descansaba relajado reposando los pies en un taburete. Nathan, acabó de afeitar el lado izquierdo de la cara, limpió la navaja y cruzó detrás de Weinmann, en esos escasos segundos para pasar al lado derecho él me contestó con signos diciendo;

—Ella está conmigo.

Los ojos se me llenaron de lágrimas ante esa noticia, la pequeña Ella estaba con su padre, Alina lloraría de felicidad al saber que ellos dos estaban vivos.

Acabó de afeitar al Coronel, él se puso en pie y se dirigió a mí.

—Acompáñame.

Caminaba detrás suyo, cuando iba a pasar por la puerta me giré para mi amigo con intención de despedirme y con signos le aseguré;

—Saldremos de aquí.

### *Capítulo 59*

Llegamos a un despacho, supuse que era el suyo propio. Había un cuadro con el águila del régimen que reposaba en las paredes, como también, una foto del *Führer*. Detrás de la mesa de madera barnizada, se alzaba una gran bandera roja con una esvástica dibujada. A la derecha, estanterías repletas de libros sobre política y al lado de ésta un sofá de color verde aterciopelado junto a una mesita de vidrio. No entendía que hacía yo allí reunida con el Coronel quien controlaba y supervisaba todo lo que ocurría en el campo. Se sentó en la silla, quedándome yo de pie.

—Me has llamado mucho la atención —empezó a hablar sereno—. Puedes mirarme —decretó.

Alcé mi vista y me fije en sus facciones, calculé que debía tener unos sesenta años aproximadamente. Su rostro era tosco y por supuesto, de raza aria.

—He podido observar tu capacidad de trabajo y la perfección que hay en él —expuso—. Me han pasado informes en los cuales está registrado que la producción de uniformes ha aumentado y no sólo eso, sino su calidad también.

Yo asentí.

—¿Realmente eres judía? —preguntó pedante.

—Sí señor, lo soy —respondí escueta.

Su burla no me hizo ninguna gracia pero me mordí la lengua y continué

escuchando a ese hombre.

—Normalmente, tenemos más consideraciones con los Testigos de Jehová —comentó—. Pero puedo hacer una excepción contigo, si aceptas ser mi sirvienta.

*¿Ha dicho su sirvienta? ¿Yo, Iris Goldstein?*

—Eres muy cumplidora, te encargarías de acatar todo lo que te pida. Hacer recados, servir mis comidas, acompañarme cuando te lo ordene en cualquier momento —explicó—. A cambio, seré algo más permisivo contigo en ciertos aspectos como la higiene y la comida, aunque deberás seguir las normas que te impongo.

—¿Cuáles son esas normas, señor?

—Trabajarás manteniendo la producción que has llevado hasta ahora con la misma calidad por la mañana o por la tarde según mi agenda hasta que algún oficial te llame para venir conmigo y si alguna noche me apetece tu compañía estarás siempre dispuesta, evidentemente, no hablarás sin que yo te de permiso —agregó—. ¿Qué dices, aceptas?

Aquél hombre estaba comprándome por unos derechos básicos que deberíamos tener todas las personas en el mundo. No tenía nada que perder y eso me ayudaría a ganar tiempo para averiguar de qué manera podíamos escapar de allí.

—Solamente acepto con una condición —me atreví a decir—, mis hermanos y mi sobrina están aquí también quiero que tenga las mismas atenciones que yo.

Él rió vilmente.

—¿Por qué debería considerar semejante cosa? —se mofó.

—Porque le complaceré en todo —dije segura de mi misma—. Absolutamente en todo lo que me pida.

## *Capítulo 60*

—Hay un Coronel, que se fijó en mi en el taller —me apresuré en decirle a Alina mirando de un lado a otro—. Dijo que yo era muy eficiente y estando a solas me propuso ser su sirvienta a cambio de tratos especiales.

—¿No habrás aceptado? —preguntó en voz baja.

—Por supuesto que he aceptado.

—¡Estás loca! —masculló—. ¿Estar a merced de un demente?

—Podremos averiguar la manera de salir de aquí y mientras tanto podremos mantenernos a salvo si le cumplo en todo.

—Pero Iris, puede ser peligroso.

—Yo sé lo que hago —le dije intentando tranquilizarla—. Estoy dispuesta a sacaros de aquí, sea como sea.

—¿Sacaros? —cuestionó extrañada—. ¿Nosotras y quién más?

—Oh, discúlpame —alcé mi mano a la cabeza—. Encontré a Nathan en el edificio principal, allá lo tienen trabajando, en la barbería.

—¡Oh cielos! —se tapó la boca emocionada—. ¿¡Nathan está aquí!? ¿¡Está vivo!?

—Sí, amiga —asentí—. Y Ella también, están los dos juntos.

Alina se puso a llorar de alegría.

—¿Ahora entiendes porqué acepté? —dije—. Además, antes de hacerlo le puse la condición que vosotros también tuvierais los mismos tratos que yo, os nombré ante él y me aseguró que así sería mientras yo no le fallara.

—Iris, te estás sacrificando por nosotros —se limpió las lágrimas—. Te lo agradezco pero tienes que tener mucho cuidado —me apretó las manos.

—Lo tendré —me despedí dándole un fuerte abrazo.

## *Capítulo 61*

Pasaron dos meses desde que acepté ser la sirvienta del Coronel Weinmann.

En total, llevábamos nueve meses internados en Dachau. Recordaba con tristeza que en ese mes hubiera dado a luz al bebé que Kurt y yo engendramos.

A pesar de no tener ningún futuro allí, era mi hijo y hubiera hecho hasta lo imposible por que se hubiera quedado a mi lado y verlo crecer.

Tal y como Weinmann me propuso, mi labor consistía en ir por las mañanas a trabajar al taller hasta que un oficial daba la orden de acompañarle para ir hasta donde él me esperaba. No me nombraba como Iris, no le llegué a decir mi nombre porque nunca me lo preguntó, me llamaba simplemente *1402* o *judía*, eso me hervía la sangre. Dedicaba el tiempo a servirle café, las comidas y cenas, a él y a otros cargos en las reuniones. Le limpiaba los trajes y los zapatos cada día, también su auto y el despacho. A cambio me dejaba asearme una vez en semana con agua fría y paños, me daba comida en mejor estado y medicinas si lo necesitaba. Como me prometió a Alina, Nathan y Ella le proporcionaba los mismos privilegios.

Muchas noches exigía que me quedase en su dormitorio, al cual me llevaban custodiada como una asesina. Me obligaba a vestir lencería fina, a arreglarme como una prostituta y a quitarme el pañuelo de la cabeza para enseñarle mi larga melena, que ya alcanzaba media espalda. *Para ser judía tu cuerpo me excita*. Repetía con lujuria en su mirada. *Tus cabellos se asemejan a los de una sirena son hipnóticos*. La primera noche esperé lo peor, pensaba que iba a forzarme a tener relaciones sexuales con él, solamente de pensarlo me entraban ganas de vomitar. Estaba muy segura que era lo que quería, gracias al cielo, me equivoqué. Verdaderamente, le gustaba y enloquecía cuando me desnudaba muy lentamente mientras él se masturbaba observándome cómo yo misma masajeaba cada parte de mi cuerpo de manera sensual y provocadora, debía tratarse de una especie de fetiche. Decía eso de *nunca me acostaría con una judía para arriesgarme a tener un hijo mestizo*. Nunca se acostaría con una sucia judía pero según él, era la mujer que más orgasmos le había proporcionado.

—*Judía* —me llamó—. Sírveme café sólo, con un chorro de coñac.

—Sí, señor.

Me dirigí al carrito donde reposaba la cafetera con el café recién hecho. Su olor hizo recordar mi hogar, a mi familia. Me trajo muchísimos buenos recuerdos que tenía de mi barrio y de la vida de antes. Coloqué la taza para servirle cuando comenzó el teléfono a sonar.

—Coronel Weinmann —contestó—. Sí, por supuesto pásame la llamada.

Derramé el chorro de coñac bañando el café cuando el hombre añadió;

—¡Teniente Auttemberg! ¡Cuánto me alegra volver a saber de usted! — exclamó—. ¿Cómo están sus padres, siguen en Auschwitz?

*¡¿T—teniente Auttemberg?! Pensé alarmada. ¡¿Kurt está vivo?!*

Las manos me temblaron y tuve que dejar la botella en el carro para que no se cayera al suelo. Miré al teléfono estupefacta, no podía desaprovechar esa oportunidad, si era Kurt realmente quien estaba al otro lado del teléfono tenía que saber que yo estaba allí, en Dachau prisionera. Tenía un nudo en la garganta, los ojos empezaban a humedecerse, temía que no me salieran las palabras o peor aún que el Coronel rompiera nuestro pacto por mi osadía pero, tenía que arriesgarme. Debía hacerlo.

Llené de aire mis pulmones y con todas mis fuerzas grité acercándome a él;

—¡Mi nombre es Iris Goldstein! ¡Mi nombre es Iris Goldstein!

—¡Cállate judía, cómo te atreves a hablar sin que yo lo ordene! —alzó la voz.

—¡No soy la número 1402, soy Iris Goldstein! —me dio una bofetada—. ¡AH!

—¡Al patio, fuera! —señaló autoritario la puerta—. Recórrelo hasta que anochezca y te advierto, una interrupción más y serás castigada de la peor manera.

Corrí hacia la puerta dejándola abierta al irme, esperé detrás de ella afinando mi oído.

—Disculpa Kurt, ya sabes cómo son estas asquerosas judías —añadió.

*¡Ha dicho Kurt!* Estaba segura que había dicho su nombre.

Caminé por el patio recorriendo toda la hectárea de campo de principio a fin. No me importaba nada, ni el cansancio, ni el hambre. Los pies casi me sangraban por las grandes rozaduras, los tenía en carne viva pero todo me daba igual. Kurt estaba vivo y había dado con mi paradero. Deseaba volver a

verle, estaba segura que vendría a por mí lo más rápido posible. Sentí esperanza, empezó a llover con intensidad y la lluvia calaba mi ropa, haciéndome estremecer de frío. Las gotas de agua que caían del cielo se unían a las que manaban mis mejillas radiadas de felicidad por saber que aquel hombre vivía. Me arrodillé en el suelo encharcado y espeso de barro, sintiéndome eufórica grité;

—¡¡Está vivo!! —sonreí hacia arriba—. ¡¡Gracias Dios mío, gracias!!

## *Capítulo 62*

Al día siguiente, quedé con Alina donde solíamos vernos para ponernos al día de las novedades o de lo que nos sucedía, no pudo contener la emoción al enterarse de que Kurt estaba vivo y que sabía dónde localizarme. A pesar de que pasaron varias semanas tras esa noticia yo no perdía la ilusión de que él viniera a por mí, confiaba plenamente en que así lo haría.

Cenaba junto a mis compañeras de habitación cuando un oficial entró al cuarto y anunció;

—Que venga conmigo la número 1402.

Me acabé de un sorbo la sopa, me dio una arcada del mal gusto que tenía y bajé de la litera apresurada para acompañar a aquel hombre.

—¿A dónde vamos? —le pregunté.

—Shh, cállate —respondió de mala gana sin mirarme—. El Coronel Weinmann te manda llamar y punto.

Llegamos a las afueras pasando por un túnel subterráneo donde se encontraban las casas de los oficiales y altos cargos del campo. Me llevaban por allí abajo para no arriesgarse a que yo me escapara.

—Coronel, la judía que me encargó ya está aquí —anunció cuando entramos por la puerta trasera.

—Perfecto, gracias oficial puede retirarse —concluyó—. Bien, esta noche celebraremos una nueva incorporación al campo y organizo una reunión. Me gustaría que nos atendieras tú junto a los demás sirvientes, has sido muy complaciente las últimas noches y has duplicado el trabajo en el taller, te daré lo que me pidas.

—Sus deseos son órdenes, señor —asentí—. Si no es mucho pedir con unos zapatos de mi talla me conformaría.

—Los tendrás —sonrió con aprobación—. La cena ya está preparada, sólo tienes que servirla y retirarla cuando te lo diga, nada que no hayas hecho antes y por supuesto ser amable con los invitados.

Volví a asentir.

—Cuando suene la campana quiero que vengas de inmediato al comedor —estableció—. ¿Queda claro?

—Muy claro, señor.

Se dio la vuelta y se fue tan campante. ¡Qué mal me caía ese pedazo de cretino! Dejaron preparados los platos en la cocina, el rico olor del salmón fresco con la dulce salsa de naranja me abrió los sentidos y el apetito. Al pescado azul le acompañaban unas mini patatas aromatizadas con romero y tomillo cocidas al vapor con espárragos verdes. La ensalada de berros y chucrut me recordaba a la que hacía mi hermana cuando se empeñaba en hacer dieta. Las botellas de vino blanco estaban refrescándose en la cubitera con hielos.

*Ojalá tuviera aquí matarratas para echárselo a toda esta comida y acabar con esos malnacidos.*

Lo teníamos todo listo para cuando sonó la campana anunciando así, que debíamos ir lo más rápido posible para no hacer esperar a nadie. Empujaba el carrito de metal con la succulenta cena hacia la sala. Estaba muy nerviosa, supuse que como todos los demás, parecíamos corderos a merced de una manada de lobos. Me situé al lado del Coronel, quien presidía la mesa y sin levantar la vista de los platos, me dispuse a servirlos;

—Espera, brindaremos antes de degustar la cena —anunció.

—Sí, señor.

—Tú —se dirigió a un joven—. Sirve el vino, ¡ahora!

El pobre muchacho se apresuró a llenar una por una las copas de los hombres, alcé cuidadosa la vista pero no me atrevía a mirar a ninguno directamente a los ojos. Conté a groso modo una quincena de personas, únicamente varones.

Cuando hubo acabado, todos se levantaron de sus asientos y Weinmann agregó;

—¡Brindo por la incorporación del teniente Auttemberg! —alzó la copa.

Al oír ese apellido el corazón me empezó a latir tan fuerte que se me iba a salir del pecho. Eché un vistazo con mis ojos llorosos para buscarle entre tantos hombres cuando nuestras miradas se volvieron a encontrar de nuevo. Estaba en la esquina izquierda, en diagonal a mí. Kurt estaba allí esa noche, parecía un milagro. Se había arriesgado a ingresar en Dachau por mí. Me miraba esperanzado.

De pronto sentí un pequeño mareo seguramente por la impresión de verle, me tambaleé apoyando una mano en la silla del Coronel, rozándole sin querer.

—Iris, ¿qué te pasa? —preguntó mirando hacia mí.

—Disculpe, señor no pretendía... —balbuceé.

—¿Llamas por su nombre a esa judía? —ironizó uno de ellos.

—La joven es una de las mejores trabajadoras que tenemos, gracias a ella la producción ha mejorado en calidad y cantidad —informó una vez sentados.

—¿Tú eres la famosa numero 1402? —se mofó otro hombre.

Asentí sin mirarle directamente a los ojos

—Aún así es una mugrosa judía —alegaron.

Rieron todos.

Mientras servía los platos, miré de reojo a Kurt. Estaba con el rostro desencajado, le conocía perfectamente como para saber que estaba

desquiciado por las burlas.

Los caballeros cenaban tranquilamente, hablaban principalmente de la producción del campo, de la situación social, del inicio de la guerra y de distintos sucesos personales.

—Mi mujer está esperando nuestro primer hijo —anunció uno de ellos—. Estamos muy felices e ilusionados.

Todos allí le dieron la enhorabuena. Kurt me observó, vi tristeza en su mirada. Yo me sentí dolida por haber perdido a nuestro bebé, hubiera deseado tener esa dicha como la que anunciaba aquél hombre.

Una vez concluida la cena, el Coronel me ordenó;

—No recojas la mesa, debes servirme a mí y a mis invitados en la sala.

—Como guste, señor.

Por dentro estaba contenta, así podría estar al lado de Kurt sin perder más el tiempo.

Los señores se dirigieron a la sala de reuniones, se sentaron en unos grandes y cómodos sofás de cuero marrón, yo esperaba en la puerta para atenderles.

—¿Qué os apetece tomar, caballeros? —preguntó el Coronel.

—Para mí un whisky con hielo —estableció uno.

—Que sean dos.

—Quizá varios licores de hierbas ¿qué decís? —opinó un teniente.

—Sí, es lo mejor para acompañar a los puros —añadió otro.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —me dijo.

Yo asentí y fui sirviendo todo como me lo habían pedido.

—Me apetecería un whisky sólo —anunció Kurt.

Estaba sentado al lado del Coronel, los dos me miraban y me ponían muy nerviosa.

—Aquí tiene, señor —le entregué el vaso.

Por unas décimas de segundos nuestros dedos se rozaron, pude sentir una chispa de adrenalina en mi cuerpo.

—Quédate aquí, cerca de mí —señaló Weinmann.

—Es muy complaciente tu sirvienta —expresó un oficial mirándome las piernas.

—No sabéis cuanto —rió—. Sabe muy bien como satisfacerme.

—Todas las judías son unas rameraas —se mofó otro—, saben hacer muy bien ese trabajo.

Me encendí de ira por esos comentarios. Miré a Kurt con la máxima discreción, tenía una sonrisa falsa en su cara e intentaba disimular pertenecer a ellos. Lo hacía muy bien, llevaba mucho tiempo haciéndolo aunque por dentro sabía que le estaba matando esa situación. Se pasaron la noche intercambiando comentarios machistas y ofensivos a otras etnias, estaba muy aburrida y cansada de aguantar eso. Jugaban a cartas y bebían como si no hubiera un mañana. La olor, el humo intenso de los puros y el tabaco me cegaba.

A medida que se acercaba la media noche, los hombres se fueron retirando hasta que no hubo nadie más allí solamente Kurt y Weinmann.

—Coronel, es mi primera noche aquí en Dachau y quisiera pedirle algo.

—¿De qué se trata, muchacho? —preguntó curioso.

—Verá, esa judía —me señaló con la vista—. Ha comentado que es muy atenta y servicial ¿usted cree que conmigo también se comporte así?

*No puedo creer lo que estoy oyendo, por favor que ese imbécil le diga que sí.*

—Si yo se lo ordeno lo será —agregó haciéndose el importante—. No se arrepentirá, se lo aseguro.

Hice ver como si no hubiera escuchado nada cuando Weinmann me nombró;

—Eh, Iris, acércate —me hizo un gesto con la mano.

—¿Qué se le ofrece, señor?

—Al teniente Auttemberg, le apetece pasar la noche contigo —anunció—. Espero que te comportes como siempre lo has hecho conmigo y no tenga ninguna queja —dispuso.

—Si usted me lo pide, así lo haré señor.

—Mañana por la mañana no te reclamaré —dijo—. Tu deber será complacerle en todo lo que te pida y por la tarde irás al taller en cuanto acabes de comer. ¿Ha quedado claro?

—Muy claro, señor —asentí.

—Estupendo, buena chica —sonrió—. Cuando usted quiera puede retirarse con ella.

—Bien, pues —se levantó para darle la mano—. Creo que ya es hora, es tarde y usted sabe cómo somos los hombres en cuestión de sexo —rió hipócrita.

El Coronel se carcajeó a causa del comentario y del alcohol. Kurt me agarró fuerte del brazo y alzó la voz;

—¡Vámonos, judía! ¡Vas a saber lo que es un hombre esta noche!

### *Capítulo 63*

La residencia de Kurt estaba a dos casas de la del Coronel. Por prudencia, él fue brusco conmigo durante el trayecto por si alguien nos veía. Entramos por la puerta trasera, él bajó todas las persianas de estilo veneciano a la vez que me pedía silencio con los dedos posados en su boca, se dirigió para cerrar con llave la puerta de la entrada. Me quedé en el salón esperándole y temblando de incredibilidad. Cuando regresó agitado, nos quedamos mirándonos a los ojos y nos fundimos en un intenso abrazo.

—Creí que nunca te volvería a ver —gimoteé—. Pensé que habías muerto, he pasado cosas tan horribles aquí...

—Ya estamos juntos —me besó en los labios—. Mi preciosa Iris, cuánto he sufrido estos meses sin saber de ti. ¿Quieres algo de comer o de beber?

—Sí, sí por favor, estoy hambrienta.  
—Enseguida vuelvo, toma asiento.

Kurt me dejó unos minutos sola en el comedor. Le hice caso y me senté en el sofá, era el mismo que el de casa del Coronel Weinmann. Respiraba pausada intentando apaciguar mis nervios, miraba ausente hacia la mesa de cristal, debajo de ella había un sofisticado ajedrez en blanco y negro, estaba pensando en todo lo que había sucedido esa noche cuando una enorme bola anaranjada se posó de pronto en la superficie de la mesa.

—¿T...Tom?! —tartamudeé sorprendida.

El felino maulló y de un salto colocó su rollizo cuerpo en mi regazo, cosa que nunca le había visto hacer. Oí cómo las piezas del juego caían dispersas y abriendo paso entre ellas salían dos gatitas atigradas.

—¡Lisa! —sonreí—. ¡Miah!

Miah se restregó entre mis piernas ronroneando, le rasqué el lomo como tanto le gustaba. Lisa se acercó a mi cara para acariciarme con su frente mi barbilla.

—¡Mis chicos, cuánto os he extrañado! —exclamé emocionada.

Kurt entró con una amplia fuente llena de fruta recién cortada. Había manzana, uvas, piña, peras, bollos de pan tierno, quesos curados, jamón dulce y salado. Mis sentidos se abrieron al oler todo aquello, también posó en la mesa varias jarras de leche fresca y zumos.

—Come mi amor —me acarició la mejilla sentándose a mi lado.

—Gracias, gracias... —empecé a degustar un poco de todo—. He pasado mucha hambre los últimos meses.

—Lo sé.

—Gracias por haber pensado en mis gatos —sonreí con la boca llena.

—No me agradezcas nada —dijo con voz cálida—. No iba a dejarles abandonados, son tus gatos. Además de ellos, he traído todo tu equipaje y tus pertenencias.

—Oh, mi ropa y mis fotos —gimoteé—. Ya lo daba todo por perdido —sorbí un vaso de zumo. Cuéntame ¿cómo has venido a parar aquí?

—Es una larga historia, te lo contaré todo desde el principio —estableció—. El día en que Mark te llevó me dejó herido del hombro, solamente me alcanzó una bala. El muy imbécil falló el otro disparo. Unos oficiales al verme en el suelo y con el uniforme de teniente me ayudaron a trasladarme a un hospital donde me operaron enseguida. Me he volcado todos estos meses atrás en encontrarte, ¡maldecía la hora en que pusiste un pie en la calle! —espetó—. ¡Te dije que no salieras! ¿Sabes lo que me llegué a alarmar cuando no te vi en casa?

—Lo siento muchísimo —me apené cabizbaja—. Estaba preocupada porque no volvías y salí a buscarte nunca me llegué a imaginar todo el caos que se desató ese día, crucé para ir a ver a Alina y me encontré asesinados a sus padres —respiré hondo—. Mi casa y la de mi amiga ardían en llamas, fue cuando Mark me cogió y me dijo que él les había matado provocando el incendio.

—¡Desgraciado! —alegó—. ¿Él te trajo hasta aquí, no es así?

—Sí, de hecho se encarga de supervisar mi unidad —añadí.

—Lo que nos faltaba —masculló—. Te busqué en todos los registros que pude obtener, utilicé los contactos de mi padre pero todo era muy complicado. Los nombres de los civiles judíos no aparecían por ningún lado, solamente habían números. Además, de haber muchísimas bajas por no contar las que no estaban oficialmente anotadas —explicó—. Estaba desesperado, no sabía nada de ti ni una sola pista de donde te había llevado ese malnacido, me atormentaba pensando en si ya te habían matado —me miró con los ojos vidriosos—. Hasta hace dos semanas, me invitaron a una reunión del Partido y allí me reencontré con un viejo amigo, él tiene el mismo pensamiento que yo con respecto al régimen y trabaja en los campos de concentración en el área médica por puro temor. Se me ocurrió preguntarle si había atendido a una judía describiendo tus facciones pero sólo con eso no fue suficiente. Él se sintió extrañado, no entendía mi interés en saber eso, fue entonces, cuando le conté la verdad y le confesé que me había enamorado de una judía y la habían llevado a Dios sabe dónde, no sé por qué motivo le dije tu nombre pero no le sonaba de nada.

—¿Qué pasó entonces?

—Al día siguiente se presentó en mi casa —continuó—. Le hice pasar a mi despacho, según él tenía algo muy importante que decirme y yo le escuché

atentamente. Textualmente me dijo; *Conocí a una mujer llamada Iris Goldstein en el campo de Dachau, de eso hace ya unos ocho o nueve meses. Estuve a punto de denunciarla cuando descubrí que estaba embarazada pero ella me suplicó que no lo hiciera, que era lo único que tenía del hombre al que ella amaba, del cual no sabía si vivía aún. Hubo algo en ella que me conmocionó, quizá porque mi mujer y yo estábamos esperando nuestro segundo hijo y la dejé ir.*

Se me llenaron los ojos de lágrimas ante esa casualidad.

—Entonces le pregunté ilusionado ante esa noticia si había sabido algo más de ti o del bebé que esperabas cuando me confesó; *Esa muchacha, no sé bien qué le pudo pasar pero un día la encontré tirada en el suelo, malherida. Tenía muchas contusiones en su rostro y por todo el cuerpo, me dijo; Kurt, has venido a buscarme, me confundió contigo. La llevé rápidamente al quirófano porque me percaté que tenía una hemorragia. Intenté... intenté pararla pero fue imposible ya había perdido al bebé y sólo me quedaba salvarle la vida a ella. La ayudé hasta que se recuperó y luego me destinaron a otro campo. No he vuelto a oír ese nombre hasta ahora.*

Kurt lloraba de impotencia, puso sus manos en su rostro con los codos apoyados en las rodillas.

—¿Quién te hizo eso, Iris?! —alzó la voz—. ¿Quién se atrevió a hacerte algo así?!

Yo no podía dejar de llorar al recordar ese momento.

—Hubo un oficial que dejé en ridículo delante de mis compañeras —comenté—. Me cogió y me llevo a una especie de almacén, empezó a pegarme sin piedad y cuando le dije que estaba embarazada me pateó el vientre con más violencia —sollocé.

—¿Dime su nombre!! —exigió.

—Me dijo que me iba a dar la paliza que no me dio hace años y me aseguró que te había matado —añadí—. ¡Fue Mark! ¡El hizo que perdiera a nuestro hijo!

—¡AAHH! —Bramó tirando toda la bandeja de comida al suelo.

Los gatos se fueron de allí espantados, las figuras y las botellas de licor de la estantería volaron por los aires. Todo lo tiró al suelo. Encolerizado mientras echaba por su boca palabras malsonantes.

—¡Le mataré, te lo juro! —rugió—. ¡Le mataré con mis propias manos!  
—Fue mi culpa —lloré—, no debí hablarle así, yo tuve la culpa.  
—¡¡No!! Eso no lo justifica.

Se arrodilló y puso su rostro en mi vientre mientras me abrazaba con fuerza.

—Era nuestro hijo, Iris —dijo desolado—. Te podría haber perdido a ti también.

—Pero estoy viva, saldremos de aquí para seguir con nuestras vidas como si todo esto no nos hubiera pasado —añadí—. Debemos hacerlo por el hijo que perdimos.

Una vez Kurt se hubo calmado siguió contándome, sentados en el sofá de cuero, cómo descubrió que estaba en Dachau.

—Llamé al Coronel Weinmann para solicitar un permiso para trabajar aquí —añadí—.

Cuando te oí detrás de ese teléfono, cerré los ojos victorioso por saber que vivías y que aún estabas en Dachau mi amor —me acarició con sus manos—. Tardé varias semanas en preparar el traslado, recogí nuestras pertenencias y me llevé a tus gatos como tú me hubieras pedido —sonrió—. Lo que me sorprendió es que tú estuvieras con el Coronel...

—El Coronel se fijó en mi cuando me vio en los talleres, allí trabajo haciendo estos malditos uniformes —le señale mirándole de arriba abajo—. Me propuso ser su sirvienta a cambio de tratos especiales y lo acepté.

—Pero, Iris, ¿no será verdad eso que ha insinuado...? —dijo—. ¡¿No te habrás acostado con él?!

—¿Crees que puedo elegir lo que quiero y lo que no? —pregunté irónica.

—¡Dios Santo!

—No me he acostado con él —aclaré—, simplemente porque él nunca tocaría a una judía —informé—. Lo hubiera hecho si eso me hubiera

asegurado salir de aquí viva, sin embargo, no te gustará saber lo que ese hombre hace conmigo...

—Quiero saberlo.

—Se masturbaba observándome desnuda.

—¡Maldito viejo verde! ¡Podrías ser su hija, que digo, su nieta!

—No podía hacer nada, tenía que obedecer y asegurarme que todos tuvieran higiene, comidas en mejor estado y medicinas mientras pensaba en cómo escapar.

—Espera, ¿quiénes son todos? —preguntó extrañado.

—Alina, Nathan y Ella están aquí —anuncié—. Al principio creí que habían muerto como me aseguró Mark pero también les llevaron para acá.

—Está bien, aunque quiera pegarle una paliza a Weinmann entiendo por lo que has tenido que pasar —expuso—. He estado trabajando en cómo podríamos salir de aquí pero va a ser mucho más complicado ahora que seremos cuatro adultos, una niña y tres gatos.

Reí.

—¿Te has reído?

—Sí es una locura, además hace mucho que no lo hacía. ¿De mi familia has sabido algo?

—No, cariño —negó con la cabeza—. Lo siento...

—Tranquilo... —le miré resignada—. No puedo pedirle más cosas a la vida.

Kurt se acercó a mí y me dio un beso con dulzura. Volví a probar el rico sabor de sus labios e hizo que me estremeciera. Bajó la intensidad de la luz para crear un ambiente más íntimo entre los dos. Sus ojos estaban brillantes, me quitó el lazo del pañuelo y mis cabellos se soltaron cayendo sobre mi pecho.

—Tienes el cabello larguísimo —lo acarició embobado.

—Llevo muchos meses sin cortarlo —añadí—. No sabes cuánto he sufrido pensando en que no te volvería a ver, que ya todo se había acabado.

—Yo también, cada noche te recordaba —me susurró—. Te añoraba en mi cama y me sentía vacío sin tu presencia.

Embrujada por su mirada, le besé con más ímpetu posándome a horcajadas encima de él.

—Creí que iba a volverme loco por no saber de tu paradero —me besaba el cuello—.

Comenzó a desabrocharme los botones del horrible vestido que llevaba, dejándome desnuda ante él. Me sentí cohibida, mi cuerpo no era el mismo. Estaba mucho más delgado y se me acentuaban las costillas y el hueso de las caderas. Me tapé los pechos tímidamente con mis brazos.

—No te avergüences delante de mí —dijo pausado—. Siempre te quise por cómo eras y volverás a ser la misma de antes. Mi preciosa Iris... —me acarició el rostro.

Notaba su duro miembro, pidiendo a gritos salir de la prisión de su pantalón. Le desabroche el cinturón para tener entre mis manos su virilidad y llevarla a la entrada de mi sexo. Cuando me hundí en él, los dos hicimos un rudo gemido de placer. Nos fundíamos a besos mientras él me acariciaba los muslos invitándome a acelerar las sacudidas.

—Cuánto echaba de menos esto —dije con la voz entrecortada.

Kurt hizo una media sonrisa, me cogió tal y como estábamos unidos me pegó de espaldas a la pared. El contraste de mi cuerpo caldeado y el frío granito, hizo estremecerme. Gemía por el intenso vaivén que me ofrecía.

—Te adoro, Iris —dijo un rostro de satisfacción—. Te amo, ¿me oyes?

—Y yo a ti, más que a nada en este mundo —conseguí decir—. No aguanto más voy a explotar —jadeé.

—No pienso parar hasta que lo hagas.

\*\*\*

Pasé toda la noche con él, aquello era un sueño hecho realidad. Me di un baño de agua caliente, ya no recordaba lo que era eso. Me miré en el espejo y no reconocía el reflejo que devolvía, tenía aspecto fatigado y pálido, había

perdido notablemente peso. Me embriagó la suavidad que desprendían las sábanas, fue como estar entre las nubes. Estirada en el colchón y emocionada al sentir su comodidad, me quedé adormilada por el cansancio y la calidez de la ducha, abrazada a mi amor.

—Kurt... —susurré.

—¿Sí, cariño? —respondió mientras acariciaba mi cabello.

—No quiero alejarme más de tu lado —murmuré somnolienta.

—Te prometo que nunca más nos separaremos —dijo con ternura—. Nunca más.

## *Capítulo 64*

Cuando abrí los ojos al nuevo día estaba en la cama de Kurt. Había dormido de un tirón y ¡qué a gusto! Nada tenía que ver esas casas y sus lujos con la pocilga donde nos tenían encerrados. Los animales de granja vivían mejor que las personas allá.

Miré a mi alrededor y no vi a nadie.

—¿Kurt? —pregunté alarmada—. ¿Dónde estás?

—Tranquila, estoy aquí —sonrió entrando por la puerta con un enorme desayuno.

Estaba irresistible con su cabello alborotado. Iba sin cubrirse el torso, sólo con el pantalón de dormir.

—Buenos días, preciosa —me besó en los labios.

—¿Y todo esto? —sonreí emocionada.

—Quería recordar los viejos tiempos cuando desayunábamos juntos en la cama.

—¡Estoy famélica! —reí.

Más entrada la mañana, intercambiamos opiniones sobre cómo estaba la situación allá dentro. Le indiqué dónde podía encontrar a mis amigos y a mí para que nos tuviera controlados. Él era un cargo importante allí también y

tenía bastante autoridad para hacer lo que quisiera. Informó quien controlaba las guardias y me enseñó el mapa de Dachau.

—En la entrada —señaló—, se encuentra el edificio principal y al lado de éste el patio.

Asentí atenta.

—Aquí se encuentra la cámara de gas y los hornos crematorios —indicó—. Están bastante retirados y hay vigilantes que sólo se encargan de aquella zona.

—Sí, un día fui a parar allí —comenté entre dientes—. Fue muy desagradable.

—Estos puntos de aquí es donde estás trabajando y durmiendo —estableció—. Estos dos Alina y aquí Nathan y su hija —resopló—. Estáis muy lejos los unos de los otros.

—¿Qué podemos hacer?

—Nuestras casas también están bajo vigilancia permanente por seguridad y en todo el perímetro del campo hay guardias en las torres, por lo tanto por arriba será imposible que nos fuguemos.

—¿Quieres decir que...?

—Tengo que analizar a sangre fría todo pero sí, tendremos que huir por abajo.

## *Capítulo 65*

El Coronel presentó a Kurt oficialmente ante la supervisora, supuse que lo haría con todas las unidades, con suerte Alina y Nathan le reconocerían y deseaba con todas mis fuerzas que no pasara lo mismo con Mark.

—*Judía 1402*, acércate —alzó la voz Weinmann.

Me aproxime hacia ellos y les acompañé fuera del taller.

—Me ha comentado el Teniente Auttemberg que fuiste muy generosa con él

anoche —expuso—. Me alegra saber que le complaciste en todo, judía.

Asentí sin mirarle.

—Me ha propuesto tener tu disponibilidad cuando él lo desee, quiero que sepas que le he dado mi autorización así que te compartiremos —rió.

—Como usted lo ordene, señor —respondí.

*Estúpido viejo, si supieras que te estamos tomando el pelo no te reirías así.*

Por el momento todo estaba bajo control. Por las noches podía reunirme con Kurt y meditar con exactitud cómo sería nuestra fuga sin que nadie sospechara lo más mínimo, sólo que, cuando el Coronel me reclamaba él se moría de celos y se enloquecía, debía aceptar que formaba parte del plan. Kurt me dio instrucciones de lo que debía hacer la próxima vez que Weinmann me llamara para pasar la noche con él, por lo tanto, esperaría el momento clave para cumplir lo que él tenía planeado, al pie de la letra.

—...Y así fue como llegó hasta aquí —dije finalizando toda la historia resumidamente—. Nos pusimos al día de todo.

—¿De todo? —preguntó con su típica sonrisa pícara.

—Alina... —me ruboricé.

—Qué suerte, yo hubiera hecho lo mismo —dijo con una sonrisa—, tengo muchas ganas de volver a ver a Nathan, poder abrazarle y decirle cuánto le amo.

Estábamos en el patio trasero, dónde a menudo nos visitábamos.

—Cuando sepa exactamente cómo lo haremos para huir, te lo indicaré —añadí—.

—¿Y los demás?

—Por ellos no te preocupes, le hará saber a Nathan todos los detalles cuando vaya a afeitarse —respondí.

—Sueño con volver a estar todos juntos, como antes —añadió.

—Yo también, lucharemos hasta el final porque así sea.

Sonaron los silbatos, eso quería decir que el poco tiempo de descanso se acababa y debíamos continuar la jornada.

—Nos vemos pronto —me despedí.

—Cuidate mucho —se preocupó Alina—. Mira que si Mark ve a Kurt, estamos perdidos.

—Lo sé —suspiré y me fui a paso ligero hacia mi unidad.

—Ts... Iris... —dijo alguien en voz baja.

Me giré y Kurt vino hacia mí.

—¿Nos vemos esta noche? —preguntó escueto.

—No puedo esta noche, el Coronel me quiere con él —respondí mirando a los alrededores—. Debo irme o me castigarán.

—Ese malnacido... —masculló.

—Propone tenerme mañana por la noche —me fui corriendo.

—Ves con cuidado —susurró—. Acuérdate de todo lo que tienes que hacer, confío en ti.

Asentí de lejos.

Él se quedó con cara de impotencia, me sabía mal pero si llegaba tarde me esperaba vete a saber que salvajada de sanción. Después de pasarme diez horas sin descanso, cosiendo, cortando, planchando uniformes con sumo cuidado y apilándolos, estaba exhausta. No me sentía los dedos ni las manos. Mis piernas estaban entumecidas, pesadas y con agujetas. El trasero lo notaba engarrotado de estar tantas horas sentada sin moverme. Tenía nauseas por mi estómago vacío y dolor de cabeza por fijar tanto la vista.

Fui directa al comedor para servirle al Coronel.

—Aquí tiene su cena, señor.

La sopa de verduras y las jugosas salchichas de cerdo tenían una pinta deliciosa, el rico olor subía hasta llegar a mis fosas nasales, abriéndome aún más el apetito.

—Puedes comerte mis sobras —dispuso—. Ya estoy satisfecho.

Aquellas palabras me sonaron a gloria.

—Gracias, señor.

—Pero come de pie y sin cubiertos —añadió autoritario—. No quiero que ensucies nada ni que me contagies una enfermedad.

—Por supuesto, señor.

Casi lloro de felicidad al degustar aquel trozo tan tierno y suave de carne que se deshacía en la boca. Las verduras se notaban al dente y de textura fresca. No me importaba en absoluto quedarme de pie ni comerme las sobras como si fuera un perro y no una persona, yo sólo quería llenar mi estómago y el caldo me hidrataría suficiente para darme energía hasta el desayuno.

—Por cierto, mañana deberás acompañar al teniente Auttemberg —anunció—. No te reclamaré, te recuerdo que debes ser tan amable como lo eres conmigo, mujer.

—Haré lo que él me ordene, señor.

—Buena chica, así deberían ser todas las mujeres —rió fanfarrón—. Sumisas y servidoras al hombre, que pena que seas judía hubieras sido una buena ama de casa.

*Si supieras cómo soy realmente, me mandarías de cabeza a la cámara de gas.*

Seguidamente, me llevó hasta su despacho. Mientras él se emborrachaba con whisky, los ojos se le salían de lujuria al ver cómo bailaba ante él semidesnuda y de manera sensual con tacones de aguja junto a una silla. Me sentía sucia y denigrada pero debía hacerlo.

—Acércate, quiero verte más de cerca —dijo mientras se masturbaba—. Tienes un cuerpo tentador, si fueras aria te violaría.

Cada día que pasaba aborrecía más a aquel imbécil de Weinmann. Lo tenía todo, viejo verde, arrogante, machista, solamente le veía un par de virtudes, que era manipulable y estúpido. Por muy inteligente que se creyera, una judía

como yo le estaba utilizando y no al revés cómo él creía.

—¿Desea más whisky, señor?

—Tu sumisión me excita.

El tipo no tardo mucho en quedarse dormido en el sofá, el somnífero que Kurt me había proporcionado y que yo le había puesto en la copa hizo efecto en pocos minutos.

Atranqué la puerta con los muebles que habían ahí por si alguien se atrevía a entrar, quité el cuadro del *Fhürer* con cuidado de no hacer ruido. Era bastante pesado y de gran tamaño, detrás estaba la caja fuerte tal y como Kurt me aseguró. Saqué el papel que me dio con las anotaciones de las combinaciones y a la primera el hierro blindado se abrió.

—¡Bingo! —dije en voz baja.

Recordaba sus instrucciones al detalle;

*Ahí encontrarás los mapas de la construcción de los túneles subterráneos junto con la llave maestra, abre todas las cámaras. Por seguridad, hicieron varias secciones. Coge la llave y la copia, por supuesto no te olvides de los mapas. Te esperaré para recogerlo todo a media noche y estudiar cómo salir.*

—Pero Kurt ¿allí no hay guardias? —pregunté—. ¿Y si el Coronel abre la caja y se da cuenta de que está vacía?

—No hay guardias en los túneles, todos están en las torres —respondió seguro de sí mismo—. Deberás cambiar la combinación para que se bloquee y así nunca podrán abrirla.

Cambié la combinación por la nueva que apuntó, apresurada lo dejé todo como lo había encontrado y miré al reloj, marcaba las doce en punto. Me vestí con el pijama de rayas y saqué la cabeza con cuidado por la puerta, vi a Kurt esperando y cerciorándose que no pasaba nadie.

—Aquí tienes lo que me pediste —susurré.

—Sabía que lo conseguirías —dijo en voz baja—. Le diré a Weinmann a primera hora de la mañana que yo mismo te acompañé a tu habitación.

—Espero que salga todo bien.

—Juntos lo conseguiremos, vamos, ya es tarde.

## Capítulo 66

Al día siguiente, desayunamos la misma leche agria de siempre con trozos de pan seco y un par de insectos que ni pude averiguar de qué clase eran.

—Estos días te he notado más alegre —me preguntó Liz—. ¿Te has reencontrado con algún familiar tuyo?

—Sí a un par de viejos amigos —sonreí.

—Al menos tú has visto a alguien conocido, yo en cambio aquí no tengo a nadie —dijo con desgana—. Sabes, sólo una vez me enamoré de un hombre, estuve a punto de dejarlo todo por él, cambiar de vida y formar mi propia familia pero se fue con otra, quien iba a tomar enserio a una prostituta... —negó con la cabeza.

—El amor verdadero no entiende ni de edades, ni clases sociales —expuse—, ni de razas ni de sexos, simplemente nace o no nace.

Todas callaron y me miraron atónitas.

—¡Vaya! —exclamó una mujer a mi lado—, tú sí que has *estudiao*.

Me aclaré la voz.

—¿Tú te has enamorado alguna vez, Iris? —cuestionó con curiosidad.

—Sí, de hecho sigo enamorada de él como el primer día —suspiré—. Nuestro amor es muy complicado y más estando aquí dentro.

—¿También lo encontraste?! —se sorprendió.

—Em... bueno... —balbuceé—. Digamos que me encontró él a mí.

Esa mañana, después de dejar varias cajas en la unidad cuatro, me dispuse a volver al taller para continuar el trabajo. Ví a Kurt de lejos paseando junto a

otros tres oficiales, parecía que les estaba dando instrucciones por los gestos que hacía, ellos obedecieron y se fueron hacia donde les indicó. A pesar de aborrecer con todas mis fuerzas aquel maldito traje, pensé que estaba muy atractivo y seductor con él.

De pronto me miró, se recolocó la gorra y alzó la voz;

—Usted judía, venga para acá enseguida —ordenó autoritario.

—Sí, señor —dije sin mirarle a los ojos fingiendo tenerle miedo.

—Hoy no te he dicho cuánto te amo —susurró tierno—. No dejo de pensar en que quiero hacerte mía de nuevo.

—Es lo que más deseo —murmuré.

—Tengo que decirte algo muy importante...

Al ver que se aproximaban dos guardias añadió;

—¡Espero que te haya quedado claro! Ahora lárgate de aquí —alzó la mano con desaire—. ¡Mugrosa judía!

Ellos asintieron con aprobación y continuaron pedantes su camino. Me di la vuelta para continuar con mi trabajo. Llegué a la esquina y oí una voz muy conocida.

—¿¡Qué demonios haces aquí!? —voceó Mark encolerizado—. ¿¡Qué pretendéis, reiros de todos nosotros?!

*¡¡Oh no, nos ha visto!!*

Me escondí detrás del muro para observarles.

—¡A mi tú no me gritas! —le zarandé cogiéndole del cuello de la camisa—. ¡Te voy a devolver uno por uno todos los golpes que le diste a Iris, imbécil! —alegó.

—Esa ramera tuvo suerte de vivir para contarlo —se mofó—. Qué lástima que vuestro bastardo, no.

Me dolieron sus palabras tan dañinas.

—¡Malnacido! —le dio un puñetazo con todas sus fuerzas—. ¡Te voy a

mandar directo al infierno para que te pudras allí!

Le asestó otro y vi como un hilo de sangre le salía por un orificio nasal.

—Pégame todo lo que quieras pero le diré al Coronel lo que está pasando —añadió—. No permitiré que la saques de aquí.

—¿Así? —rió Kurt—. ¿Y a quién piensas que creará, a un simple oficial como tú o a un teniente con un padre que es Mariscal de campo de Alemania?

—¿Qué se supone que está pasando aquí! —alzó la voz el Coronel Weinmann.

—Señor, este oficial que ni siquiera sé su nombre me ha desautorizado delante de mis hombres —dijo con voz seria y firme—. No puedo tolerar una ofensa así, como comprenderá.

—¿¡Cómo dice!?! —gritó—. ¿Cómo se atreve a increpar al teniente?

—Señor yo... hay algo que debe... —balbuceó Mark.

—¿¡Encima me responde a mi también!?! —chilló más alto—. ¡Queda destituido ahora mismo de supervisar este área! preséntese en dos horas en mi despacho ¡largo!

Mark miró con ojos de odio a Kurt y se marchó sin más. Yo respiré aliviada por la suerte que habíamos tenido, por un momento pensé que Mark le iba a confesar toda la verdad a Weinmann y si eso pasaba nos colgarían a todos.

## *Capítulo 67*

—Ya no me acordaba del sabor del pollo —dije masticando un trozo en la boca.

Cenábamos tranquilamente en la cocina, rememorando las noches que pasábamos juntos cuando vivíamos en Berlín.

—Lo he preparado yo todo —sonrió al beber de la copa de vino.

—Pues te felicito, está todo delicioso.

—¿Alina, Nathan y Ella se alimentan bien, quiero decir, ese tipo cumple

con su palabra? —preguntó.

—Les dan las sobras de los oficiales a escondidas de los demás —respondí—. Al menos eso me cuenta ella, la ración es más generosa que antes, con Nathan aún no he hablado y a Ella no la he visto.

—Bien, que nada sea en vano.

—Por cierto, dijiste esta mañana que tenías algo que decirme —cuestioné curiosa—. ¿De qué se trata?

—Bueno, quería esperar a que acabáramos de cenar, es algo importante.

—¿Algo malo?

—No, al contrario.

—Pues dime de una vez ¿qué pasa? —insistí.

—Verás, he estado charlando desde hace meses con varios contactos que se dedican a rastrear a personas.

—¿Cómo los detectives?

—Mmm... —dijo pensativo—. Sí, pero en mayor nivel, trabajan en grandes empresas de telefonía y comunicación.

Asentí.

—Hoy he recibido una llamada de ellos —estableció—. Han encontrado a tu hermana y a tu padre.

—¿Qué? —dije con un hilo de voz—. ¿Ellos están...?

—Sí Iris, tu familia está a salvo —afirmó—. Están en Nueva Jersey, pudieron cruzar hasta América.

Solté los cubiertos de cualquier manera, tapando mi boca con mis manos no pude evitar emocionarme ante esa maravillosa noticia.

—Tranquila —se aproximó a mí y arrodillándose añadió—. Ya les he puesto al corriente de lo que está sucediendo.

—¿Hablaste con ellos? —cuestioné ilusionada—. ¿Le contaste todo lo que nos ha pasado?

—Hablé solamente con tu hermana, está enterada absolutamente de todo.

—Oh... —gimoteé—. ¡Los teléfonos! ¿No están pinchados?

—Aquí en Dachau no y en América tampoco.

Sentí un gran alivio y alegría al oír que mi hermana Esther y mi padre

estaban bien después de años sin saber de ellos.

—Ahora más que nunca debemos salir de aquí —dije esperanzada.

—Pero hay algo más —añadió—. Su marido Björn, trabaja para el Estado como funcionario, nos arreglará el papeleo para residir allí.

—¿Y los pasaportes?

—He conseguido unos falsificados. Está todo listo Iris. He dado instrucciones a Nathan y a Alina de lo que deben hacer y la hora exacta en la que nos reuniremos.

—De acuerdo.

—Bien esto es lo que tengo planeado...

Kurt desarrolló toda la huída de principio a fin muy detalladamente, todo lo tenía pensado y calculado fríamente. Me pareció muy arriesgado en un principio pero debíamos intentarlo. Si salía bien conseguiríamos salir de ese infierno aunque estaba atemorizada, un mínimo error y acabaríamos fusilados, por lo menos.

—...Toma —sacó un arma del cajón para entregármela.

—Yo no sé utilizar esto —miré la pistola inquieta—. Me da pánico.

—Iris —me miró serio—. Es por prudencia, esperemos que no tengas que usarla.

—Está bien —dije resignada—. A las seis en punto te esperaré en la última unidad.

—Eres tan valiente...

—No tanto, en el fondo estoy aterrada.

—Saldrá bien, te lo prometo.

Fui a mi recámara junto a las demás, escondí el arma entre mis caderas. Esa noche estaba segura que no pegaría ojo. Rezaba a Dios para que nos ayudara y nos enviara suerte. Rezaba para pedirle solamente una cosa; nuestra libertad.

## *Capítulo 68*

5:45h a.m.

Abrí la claustrofóbica habitación con la llave que Kurt me entregó. La dejé abierta, por una parte por despiste y por otra apenada de encerrar a las pobres mujeres, sabiendo que yo me iba y ellas se quedaban. El guardia estaba durmiendo con la boca abierta y un enorme fusil de asalto ente sus manos. Caminaba con cautela, observando todo a mi alrededor. Estaba casi amaneciendo y a esas horas no había tanta vigilancia. Intentaba hacer el menor ruido posible y estar lo más apegada a la pared. Ya casi llegaba al punto donde me reuniría con los demás cuando alguien me sorprendió por la espalda.

—¿¡Te crees que soy estúpido!?! —alegó Mark tapándome la boca—. Ahora sígueme y no hagas ninguna tontería.

Le mordí la mano con rabia e intenté huir, me cogió de la manga del vestido atizándome una bofetada.

—Sabes, esa idea que tuve en pinchar el teléfono de su vivienda fue brillante —comentó—. ¿Crees que a Weinmann le gustará el regalito que le he dejado?

Le escupí en la cara. Él se limpió mirándome con odio y yo le fijé la misma mirada.

—Te la devuelvo por el día en que me escupiste a mí.

—No vas a salir de aquí viva —espetó apuntándome con un arma las costillas.

Me agarró del cabello con fuerza y me llevó arrastras a un lugar muy apartado. Era un muro estrecho pero alto y con restos de sangre seca rodeado de vegetación.

—Pronto, el Coronel sabrá que tú y tu amorcito os habéis estado burlando de él —se carcajeó como un demente—. ¡Está todo grabado! Os creía más inteligentes.

—¡Vete al demonio! —grité.

—Gírate y arrodíllate en el suelo —me ordenó.

Cuando lo hice añadió;

—Ahora te mataré y después los demás oficiales llevarán a tus amiguitos a la cámara de gas por intento de fuga —rió—. ¿Y sabes que le pasará al imbécil de Kurt? ¡Yo mismo le fusilaré hasta desfigurarlo!

—No pienso darte el gusto de suplicarte que no lo hagas.

*¿Realmente todo acabará aquí, de esta manera?*

En ese instante, alguien le habló por su *walkie talkie*.

—¡Oficial, oficial! —oí la voz de un hombre que gritaba—. Es importante, conteste.

Vi de reojo que Mark dejó de apuntarme y se giró para contestar.

—¿Qué es lo que ocurre?

Alguien salió entre los matorrales que tenía a mi derecha dejándome sorprendida y confusa por no saber qué es lo que hacía allí. Sin decirme ni una sola palabra me empujó con rapidez a los arbustos situados a la izquierda y susurró;

—Sé que el teniente es tu amor, huid de aquí y vive la vida que yo no pude tener.

Escondida, la vi arrodillada tal y como yo estaba colocada apretando con miedo los ojos. Mark acabó de hablar y volvió a apuntar, oí como quitaba el seguro y desvié la vista hacia el suelo para no presenciar lo que ése hombre pretendía hacer. Escuché el sonido de tres balas, no una ni dos, sino tres. Mark me hubiera disparado tres veces seguidas sin temblarle el pulso. Me quedé sin habla. Estaba en shock. Mi cuerpo no reaccionaba. No podía creer lo que había hecho esa mujer por mí.

—¡¡No!! —gritó con desesperación Kurt—. ¡¡Iris!!

Ví que se aproximaba al cuerpo y se arrodilló ante él devastado. El hombre de mi vida había presenciado mi muerte sin ser yo la que estaba allí. Me arrastré hábil sobre los hierbajos y la tierra húmeda para tener otra perspectiva y salir sin que me viera Mark. Al saber sus intenciones me levanté apresurada cuando éste anunció;

—Ahora te toca a ti

Sin dejarle acabar la frase disparé con mala suerte que fallé. Sin embargo, él se asustó y cuando se giró puso cara de no entender qué hacía yo allí apuntándole con una pistola. Sin darle tiempo a reaccionar volví a apretar el gatillo, el segundo tiro le herí el brazo contrario al que sujetaba el arma. Hizo un grito tosco y grave de dolor. Kurt reaccionó y se abalanzó sobre él para intentar desarmarle. Hicieron un forcejeo donde yo me esperaba lo peor, no podía disparar en ese estado, con mi nula experiencia podría herir a Kurt. A los pocos segundos se escuchó un par de disparos dejándonos a los tres mudos. Miré a mi hombre horrorizada pensando que él había recibido las balas. Me percaté que Mark caía arrodillado al suelo empalidecido y de que su abdomen manaba un río de sangre.

—Malditos seáis —dijo agonizando.

Mark se quedó tendido en el suelo, con las pupilas cada vez más dilatadas. Pronto dejó de respirar. Pensé en un principio que era el hombre que más había odiado, todo el cariño que sentía hacia él se convirtió en aversión. No obstante, había sido mi amigo desde que éramos pequeños y me afectaba lo que nos había pasado por culpa de ese maldito Partido obrero. Me maltrató, casi mata a mis amigos y al amor de mi vida, me encerró en Dachau, me pegó hasta hacer que perdiera a mi hijo y estaba dispuesto a matarme sin ningún tipo de remordimiento. ¿Cómo iba a perdonar aquello? recordé algo que nos enseñaron en la Sinagoga y es que, nunca entendí bien a lo que se referían los rabinos al decir que el perdón te hacía libre, te sanaba y te ayudaba a restaurar el equilibrio en tu vida. Ahora sí. Si me iba de ese campo, quería irme sabiendo que era completamente libre, que dejaba atrás los horrores que me habían sucedido para así, poder ser una nueva Iris, aún más fuerte. Me arrodillé ante él y susurré al cerrarle los ojos;

—Te perdono por todo lo que me has hecho.

Me acerqué al cuerpo de la mujer que había dado su vida por mí.

—Nunca olvidaré tu valentía —le cerré los ojos—. Descansa en paz, Liz.

## Capítulo 69

—¡Vámonos ya Iris! —me apresuró Kurt.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —pregunté mientras corríamos hasta donde habíamos quedado con los demás.

—Alina esperaba a escondidas cuando llegué con Nathan y Ella —dijo agitado—. Les fui a buscar a su unidad como te expliqué anoche. Cuando no te vi me alarmé, la mujer que estaba en el suelo me vino a ver.

—¿Liz? —me sorprendió—. Debí seguirme cuando salí, dejé la puerta abierta.

—Me dijo *sé que usted no es como los demás, debe apurarse he visto a ese oficial de ojos grises llevarse a Iris arrastras*. Enseguida supe que era Mark, ella te encontró antes que yo, lo que nunca me imaginé es que diera su vida por ti.

—¡Kurt, debo decirte algo importante! —alcé la voz parándome al instante—. Mark pinchó tu teléfono y grabó todas las conversaciones, me dijo que había dejado algo en el despacho del Coronel, seguramente los audios.

Él hizo bramido y blasfemó.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Las seis y media —expuso—. Hemos perdido mucho tiempo, el Coronel suele ir a su despacho a esta hora.

—¡Dios mío! —alcé mis manos a la cabeza.

—¡Escúchame atenta, Iris! —me agarró de los brazos y me fijó la vista—. Tengo que ir al almacén a por unas cosas.

—¿Qué cosas?

—No puedo explicártelo ahora cielo, sólo quiero que vayas a la salida

donde te indiqué con los demás y esperes a que vuelva —ordenó—, si en diez minutos no estoy allí, iros sin mí.

—¡No! —gimoteé—. ¡No pienso irme de aquí sin ti, no puedes pedirme eso!

—Pase lo que pase, igual que te encontré en esta vida te juro que te encontraré en todas las que vivamos.

Kurt me besó con deleite y se fue corriendo de allí.

Con lágrimas cayendo por mis mejillas caminé hasta la vegetación, ahí entre los matorrales estaban escondidos mi amiga, Nathan y Ella.

—¡Tía Iris! —exclamó la pequeña al verme.

—¡Ella, mi niña! —me emocioné al abrazarla—. Cuanto te he echado de menos.

—Yo también a ti.

—¿Sabes lo que tenemos que hacer ahora verdad?

La pequeña asintió.

—¿Y Kurt? —preguntó Nathan—. ¿Dónde está?

—Ha ido a por algo al almacén. Debemos darnos prisa, el Coronel en breve sabrá que nos fugamos.

—¡¿Qué?! —dijo Alina espantada.

—Es una larga historia, te la contaré cuando estemos a salvo.

Deshice las ramas y las plantas enredaderas de la puerta de metal, saqué la llave que robé de la caja fuerte y la abrí.

—Escondeos aquí —anuncié—. ¡Vamos!

Alina llevaba a mis tres gatos en una bolsa de tela con unos pequeños agujeros para que pudieran respirar. Nathan un par de maletas, con nuestras pertenencias básicas y comida para subsistir. La última que entré fui yo, dejé la puerta entreabierta y vigilé para ver si Kurt aparecía.

—Dios mío por favor, que vuelva —supliqué con las manos entrelazadas.

Pasaron cerca de diez minutos y no le veía, lloraba de lo nerviosa y angustiada que estaba. Sentía un dolor intenso en el centro del pecho, si Kurt no volvía, si le mataban yo me moriría de tristeza. No podía imaginarme estar de nuevo sin él.

—Debemos irnos —alcé a Ella en mis brazos.

—¿Y Kurt? —preguntó Alina.

—Me dijo *si en diez minutos no estoy allí irás sin mí*.

Alina hizo un triste gemido de congoja. Sin mirar a atrás empezamos a correr entre esos poco iluminados pasillos, recordaba las instrucciones de Kurt.

*Te encontraras con dos caminos. Debes elegir el de la derecha, el otro no tiene salida.*

—¡A la derecha! —guié.

*Después, diríjios hacia la derecha de nuevo*

—¡Por aquí! —indiqué.

—Tengo miedo, tía Iris —gimoteó la niña a mi oído.

Yo también estaba aterrada pero tenía que demostrarle entereza.

—No va a pasar nada, pronto estaremos allá fuera —dije segura—. Ya llegamos a la salida —anuncié cansada.

Cuando abrí la puerta que daba al exterior del campo de concentración oí muchas voces y seguidamente unas explosiones continuadas.

—¡Salid, vamos! —grité a mis amigos entregándole a Ella a su padre—. ¡Escondeos lo mejor que podáis, muy lejos!

Me giré y vi a Kurt correr con todas sus fuerzas.

—¡Sal, Iris! —chilló—. ¡Vamos, rápido!

Detrás de él una enorme llamarada de fuego invadía el techo y se aproximaba con rapidez hacia nosotros. Me quedé paralizada al ver las llamas, las piernas no me respondían si él no salía de allí yo tampoco lo haría.

—¡Prefiero morir contigo que vivir sin ti!

Se abalanzó sobre mí y con su máxima fuerza me sostuvo para salir rápidamente al exterior.

—¡Sigue corriendo Iris!

La onda expansiva nos sorprendió. Lanzándonos a medio metro, cayendo de bruces contra el suelo de frondosa hierba seca. Por suerte estábamos bastante alejados de la entrada cuando todo ardió. Estaba mareada y aturdida pero tenía claro que seguía con vida, los oídos me pitaban y escuchaba los sonidos muy lejanos.

—¿Cariño, estás bien?

—¿Kurt? —pregunté perturbada.

—Sí, soy yo, Kurt.

Veía su rostro, su sonrisa, sus hermosos ojos azules, Kurt estaba bien. Respiré complacida, *¿habíamos salido ya de esa pesadilla?* Tardé varios segundos más en recuperarme.

—¡Iris, Kurt! —exclamó Alina a lo lejos—. ¿Estáis bien?

Kurt asintió y ayudándome a levantarme fuimos agachados hasta donde mis amigos se encontraban.

—¿Sabes usarlo? —preguntó a Nathan entregándole un fusil de asalto.

—No, nunca he usado una pistola —respondió—. Mucho menos esto.

—Sólo tienes que quitar el seguro y apretar el gatillo, sobretodo, mantenla agarrada con fuerza.

Nathan asintió.

—¿De verdad nos va a hacer falta tantas armas? —preguntó Alina horrorizada.

—No sé que podemos encontrarnos hasta llegar al tren —contestó—, nos aproximaremos lo suficiente para oír el aviso de partida, seguramente hayan informado de la fuga a los guardias.

—¿Y qué vamos a hacer? —dije.

—Normalmente y espero que hoy también sea así —respiró hondo—, no hay oficiales en los vagones porque es un tren de ida, van a reclutar a más gente y va vacío.

—¡Dios mío! —Señalé con la mano—, mirad eso.

Todos se giraron en dirección a donde estaba indicando.

—Es hora de irnos —estableció Kurt—, Iris, Alina, coged en brazos a Ella y corred lo más rápido que podáis sin deteneros ni un segundo.

—¿Y vosotros? —cuestionó mi amiga.

—Os cubriremos —concluyó—, ¡vamos!

## Capítulo 70

Hicimos lo que Kurt nos ordenó, aquello parecía una auténtica batalla. El campo de Dachau era un verdadero caos. Una película a cámara lenta, yo deseaba que fuera con un final feliz. Exigí a mis piernas que lucharan por ir más rápido, no quería mirar en dirección a Kurt ni a Nathan porque sabía que eso me distraería, pero, era imposible oír tantos disparos y no pensar en que una de aquellas balas atravesaría el cuerpo de mi amor o al de mi amiga. Cientos de oficiales nazis iban a buscarnos, tenían órdenes directas de matarnos a todos. Ví por un momento sus posiciones, las vallas cercanas a donde había sido la explosión yacían destrozadas y abiertas. Muchas corrieron para escapar de allí *¿serán mis compañeras de habitación aquellas?* Otras estaban sin vida en el suelo por un intento de ser libres.

Próximos al tren, dio aviso que saldría en breve. Nosotras, nos subimos al primer vagón que divisamos. Noté como se movía, cuando, con cautela me

asomé por la puerta para ver a Kurt y Nathan correr hacia él, dejando atrás una serie de disparos. Nathan se subió en él con nuestra ayuda. El tren cada vez iba acelerando más el paso, me asomé de nuevo para ayudar a Kurt pero él ya no estaba.

—¡¡Kurt!! —gemí de dolor—. ¡Oh, dios mío!

Me tambaleé junto a Alina, horrorizada pensando en que le habían abatido cuando una puerta se abrió de repente, miramos todos hacia ella alarmados.

—Estamos... estamos a salvo —dijo Kurt inspirando y expirando agitadamente.

Todos respiramos aliviados y nos unimos en un profundo abrazo.

## *Capítulo 71*

Viajamos desde Dachau hasta Berlín durante casi todo el día. Llegamos a nuestra ciudad cerca del anochecer. Nos habíamos deshecho del pijama de rayas y pudimos, al fin, vestir con nuestra propia ropa. Eso hizo sentirme extraña. Comimos en los vagones y charlamos de la locura que habíamos hecho ese día, Alina se horripiló cuando le conté que Mark estuvo a punto de matarme y que éste había fallecido. Y, al igual que a mí, le entró una especie de melancolía por el cuerpo al recordar los buenos momentos que pasamos juntos. Kurt, había ido a buscar al almacén minas y granadas para dispersarlas por el pasadizo subterráneo. Me relató que justo cuando se dirigía al túnel los oficiales y el propio Coronel le dieron el alto. Todos murieron en el acto por la explosión. Kurt, se llevó monedas de oro que le había robado a Weinmann, suficientes como para vivir bien una larga temporada.

Cogimos el tren destino a Francia. Obviamente no íbamos en los asientos como la gente normal, sino en la bodega junto al equipaje. Logramos colarnos sin que nadie se percatara de ello. Pasamos mucho calor, estábamos exhaustos y dormitábamos un poco pero no descansábamos lo suficiente. La pequeña Ella estaba confundida por todo lo que había vivido esos meses atrás. Intentábamos explicarle lo que habíamos vivido como si hubiera sido una

especie de juego o prueba para que no sufriera más.

—Pasaportes —dispuso el guardia.

Todos estábamos tensos. Le entregamos uno por uno nuestra identificación, pensando en si lograríamos engañar una vez más a alguien o no correríamos con esa suerte. ¿Sería mucho pedir? Suplicábamos que nadie se percatara que esos pasaportes eran falsos ni que llevábamos animales en las bolsas. Rezaba para que nos dieran el visto bueno y subir a bordo del gran transatlántico. Ya habíamos llegado hasta allí, ya nada podía salirnos mal.

—Muy bien, adelante pueden pasar —estableció.

Fue oír esas palabras y llenármeme los ojos de lágrimas. Cuando entramos al barco ya éramos unos simples pasajeros más que viajaban hasta la gran América. Alina y yo nos abrazamos.

—Lo logramos, amiga –sonreí emocionada—, lo logramos.

—Ya somos completamente libres —sollozó.

—Te la robo unos minutos –dijo Nathan.

Cogió a Alina entre sus brazos y los dos se fundieron en un beso apasionado, siempre pensé que hacían una bonita pareja, por ello, verles así de felices, me llenaba de alegría a mí también.

## *Capítulo 72*

Era el tercer día que llevábamos a bordo. Viajar en barco me sentaba realmente mal, los mareos y los vómitos matutinos eran horribles. Al pobre de Nathan le pasaba exactamente lo mismo. Estaba observando el majestuoso mar, mirando fijamente al horizonte. No quería apartar la vista de allá pensando en cuando vería tierra firme, deseaba volver a encontrarme con mi familia. Tenía tantas cosas por contarles, tantas por las que disculparme... Sobre todo, había una cuestión que me atormentaba desde que Kurt entró en Dachau.

—Iris

—¿Sí? —volví a la realidad.

—Ya falta menos para llegar a nuestro nuevo hogar —sonrió.

Al ver que yo estaba algo ausente dijo;

—Te conozco, ¿qué es lo que te ocurre? ¿En qué piensas?

—Kurt, voy a serte muy sincera —respiré hondo—, temo que no pueda volver a quedarme embarazada.

—No, no digas eso —me acarició la mejilla.

—Es la verdad, aquello que pasó fue muy violento y yo no sé si podré darte hijos —le aparté la vista.

—Eso no importa ahora, cariño —me habló con ternura—, mi mayor anhelo era poder escapar de Berlín de tu mano y se ha cumplido. Lo que nos depare el futuro está en manos de Dios, no te preocupes por eso.

Suspiré no muy convencida de sus palabras.

—Iris, sé que todo lo que hemos vivido ha sido de locos —comenzó a relatar—, hemos pasado por cosas horribles, con idas y venidas, con momentos muy duros pero juntos los hemos superado todos.

—Sí, es cierto.

—Sabes, cuando te vi en el mercado por primera vez pensé ella será mi mujer.

—¿De verdad? —me reí— ¿Eso pensaste?

—Sí, ¡cielos! Estabas preciosa, por no decirte cuando nos reencontramos en la fiesta de Erika, ahí me acabaste de robar el corazón.

—Oh, Kurt ¿por qué me dices todo esto ahora?

—Porque quiero que tengas claro que te amé cuando no te conocía, cuando supe que eras humilde y judía, aún así nada me importó —expuso—. Quiero que sepas que estoy convencido de una cosa.

—¿De qué cosa?

Kurt se retiró de mi lado.

—De que eres la mujer de mi vida y quiero que seas mi esposa.

Se arrodilló ante mi enseñándome un anillo de brillantes y preguntó aquella típica frase que yo siempre había ansiado escuchar de su boca.

—Iris Goldstein ¿quieres casarte conmigo?

—¡Por supuesto que quiero! —me emocioné—. ¡Claro que sí!

Él me puso aquél anillo que tanto resplandecía en el dedo anular y lo miré anonadada de lo hermoso que era.

—¿Te gusta?

—Me encanta, es precioso.

—¡Enhorabuena, parejita! —nos sorprendió Alina—, estaba deseando que te lo pidiera.

—¡Felicidades a los dos! —añadió Nathan.

—¿Sabíais algo de esto? —pregunté con guasa.

—¡Pues claro! —rió—, yo me entero de todo ¿cómo se pasa una tantas horas aquí sin cotillear?

Me reí con ella, no había cambiado nada mi amiga.

—Eh, mirad —señaló Nathan—. Allá a lo lejos se ve tierra firme.

Me giré ilusionada.

—Ya hemos llegado —estableció Kurt.

—No puedo creer que ya estemos en América —añadió Alina.

—Aquí empezaremos de cero —agregué esperanzada—, recuperaremos nuestras vidas, las que nos intentaron arrebatarnos en Dachau.

### *Capítulo 73*

Bajamos por la plataforma, algo indescriptible sentí cuando pise el suelo. Los nervios y la alegría invadían mi cuerpo, por allá, iba y venían muchísimas personas. Estaba todo a rebosar de gente recibiendo a familiares.

—Deben estar por aquí —comentó Kurt.

—¿Quiénes?

En ese momento oí de lejos alguien que me llamaba por mi nombre pero no estaba segura si lo había escuchado bien.

—¡Iris, Iris!

Sí. Lo había oído muy claro. Ésa era la voz de mi hermana Esther. Me giré para buscarla impaciente y la vi haciéndose paso entre la multitud, seguida por mi padre Ben.

—¡Esther! —grité dirigiéndome hacia ellos—. ¡Padre!

—¡Iris, hermana! —lloró al abrazarme—. ¡Oh, Iris cuánto te he añorado!

—Y yo a ti —lloré—, perdóname por todo lo que te dije aquel día yo... tenía que asegurarme que os ibais de Berlín, era peligroso.

—Shh tranquila, todo está olvidado pequeña...

—Iris, hija —me abrazó papá emocionado.

—¡Padre! —sollocé—. Perdóneme por haberle causado tantos dolores de cabeza.

—No, hija mía, perdóname tú a mi por haberte tratado de esa manera, me arrepiento tanto... Nunca te dije lo mucho que te quiero y pensé que jamás volvería a verte para decírtelo.

Le volví a abrazar.

—¿Alina?

—¿¡Esther!?! —lloró mi amiga abrazando a mi hermana.

—¡Santo Dios, suerte que estáis todos bien! —exclamó papá—. Gracias a ti muchacho mi hija está hoy con nosotros, le has salvado la vida y siempre estaré en deuda contigo.

—Se equivoca, fue ella quien me salvó la vida a mí —dijo Kurt dirigiéndome una mirada.

—Te debo una disculpa por mis actos, no debí juzgarte mal, era el terror quien habló por mí —añadió.

—Lo entiendo perfectamente señor, no tengo nada que disculparle —le dio la mano.

—Bienvenidos a casa —se aproximó Björn—. Qué alegría saber que ya estáis aquí.

—¿Pero no te he dicho que esperaras en el coche? —preguntó con las manos en jarras mi hermana.

—El niño insistía en venir, quería ver a su tía.

—¿Has dicho... el niño? —repetí boquiabierta— ¿Tía?

Esther alzó en sus brazos a un pequeño, moreno de ojos verdes.

—Mira Álex, ella es tu tía Iris. Le he hablado mucho de ti —me miró sonriente.

Les miré emocionada.

—¿Soy tía? —pregunté limpiándome las lágrimas de los ojos—. ¡Tengo un sobrino!

—¿Quieres ir con ella?

El niño asintió y esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Lo alcé en mis brazos y lo abracé cerrando los ojos. Sentir que ese pequeño era parte de mi hermana me conmovió el alma.

—Eres un niño muy guapo —le acaricié sus mofletes haciéndole reír.

—Espero que me hagas tía a mi también, pronto —susurró mi hermana sin que nadie se percatara.

—Esther yo no sé...

—Tranquila, antes de Álex yo también tuve un aborto —confesó—, no estás sola.

—Oh.

—Iris, hay alguien que quiere verte —dijo de pronto—, a ti y a Alina.

—¿Quién?

—¿Iris? —Me llamó una voz conocida—, ¿Alina?

Devolví al pequeño con su madre, no daba crédito de lo que veían mis ojos. Alina me agarró la mano, tan temblorosa como lo estaba yo.

—¿¡Erika!? —dijimos a la vez.

Nos quedamos las tres petrificadas. Observándonos en silencio. ¿Qué había pasado con ella? Se le veía ojerosa y de aspecto decaído. Su madre Katrina la acompañaba, ella también se le notaba afligida, nada se parecía a la elegante señora que conocí en el pasado. Ya no llevaban joyas caras y el vestuario era de lo más modesto.

—¿Qué haces aquí? —pregunté consternada.

—Es difícil de contar, Iris —dijo Katrina—. Primero, Erika tiene que decirnos algo. Vamos cielo.

—Sé que no merezco ni vuestro saludo —se le entornaron los ojos más vidriosos de lo que ya estaban—, debo pedirnos perdón por lo mal que me comporté con vosotras.

—No nos lo esperábamos de ti —comenté.

—Lo sé, me aproveché de vuestra buena voluntad —añadió—, lo siento muchísimo, yo no quería odiaros... os lo juro... fue lo que nos enseñaban... —lloró.

—Lo que Erika quiere decir es que mi marido la apuntó en las juventudes hitlerianas y allí adoctrinaban a las mujeres.

—¿También tú, Erika? —preguntó Kurt.

—Sí, mi padre estaba absorbido por ese maldito Partido —dijo con esfuerzo—, le destinaron a Kulmhof, nos fuimos para allá unos años.

—Después descubrimos lo que hacían allí, él se encargaba de experimentar con judíos —dijo Katrina.

—Hacían cosas horribles, lo leí en sus informes —comentó Erika—. Hubo un incendio y él murió.

—Nosotras nos fuimos para acá con muy pocos recursos, él lo donó prácticamente todo al *Führer*.

—Estamos casi arruinadas.

—Las encontré de casualidad —interrumpió Esther—, unas navidades en el comedor social de la ciudad, las ayudé a buscar un piso de alquiler. Mientras tanto se quedaron en mi casa.

—Espero que algún día podáis perdonarme —murmuró cabizbaja.

La miré con tristeza, ella también lo había pasado mal esos últimos años. Quizá arrastraba aversión hacia la etnia pero sabía cómo era ella realmente. En sus ojos veía remordimiento y pena, sobre todo mucha culpa. Veía a una

Erika arrepentida de sus actos.

—Erika, no soy nadie para no perdonarte.

Cerró los ojos, posó sus manos en su cara y sollozó.

—Más bien, no somos nadie —añadió Alina mirándome—. Perdonar nos hace mejores personas y olvidar, más libres.

—¿Qué esperas para darnos un fuerte abrazo? —abrí los brazos para recibirla.

—Oh chicas...

Las tres nos fundimos emocionadas. Sí, lo sentía en mi interior. Sentía que la vida ya me había cambiado. Ya empezaba a mirar hacia el futuro dejando atrás el pasado, mi tormentoso pasado.

## Prólogo

Nos mudamos a vivir a unas casas en la misma zona residencial que Esther y papá. Nos encantó el barrio en cuanto lo pisamos ¡qué tranquilidad se respiraba por allá! Las casas eran casi todas del mismo tamaño y de la misma forma, de madera en color crudo y el techo gris. En la entrada encontrabas un amplio porche y en la parte trasera un hermoso jardín. Alina y Nathan eran nuestros vecinos, de otra manera no podía ser.

—¡Vivan los novios! —Exclamó mi hermana en cuanto salimos del registro civil.

Con una mano sujetaba el brazo de Kurt y con la otra mi largo vestido de novia, que por supuesto lo confeccionó Esther, bajamos las escaleras mientras nos vitoreaban mis familiares y amigos.

—¡Qué seáis muy felices! —dijo Erika emocionada de la mano de su novio Dylan, su compañero de profesión.

—¡Hija mía, te deseo todo lo mejor! —me abrazó—, cuídala mucho Kurt, ella es mi pequeña, la niña de mis ojos.

—Así lo haré, siempre —respondió mirándome a los ojos.

Lancé el ramo de novia y le cayó a Alina en los brazos. Ésta saltó de alegría y más aún cuando Nathan se arrodilló allí mismo pidiéndole matrimonio.

Kurt y yo nos fuimos de luna de miel a México. Pasando por sus playas paradisíacas hasta contemplar sus monumentos mayas, la gastronomía me fascinó y sus gentes tan hospitalarias me devolvieron un poco más la confianza en el ser humano. Al volver, fuimos testigos de la unión de mi amiga con su amor. Pero no en un lugar cualquiera, con el dinero del pedante de Weinmann nos fuimos a Las Vegas. Aquello fue un desbarajuste, fotos por aquí, luces por allá. Fuentes de agua quilométricas y hoteles de un lujo espectacular. ¡Nunca me imaginé que un sitio como ese pudiera existir! Mucho menos llegué a pensar que la suerte nos sonreiría pero cuando Dylan, Nathan y Kurt apostaron en uno de los casinos y vi con mis propios ojos la exagerada suma de dinero que ganaron, lo celebramos por todo lo alto.

Tiempo después...

—Tardan mucho en salir —expuso Kurt dando vueltas por la sala de espera.

Alina y Nathan estaban con él intentado tranquilizarle.

—Cálmate, Erika está con ella —le dijo Nathan—. Todo saldrá bien.

—Pero es que ya hace más de una hora que está allí dentro.

—Oh, Kurt... estas cosas llevan su tiempo.

—Kurt, ¡es un niño! —anunció mi hermana entrando por la puerta.

—¡Un niño! —dijo ilusionado—. ¿Y cómo está Iris?

—Bien, ha ido todo muy bien, mi hermana es de hierro —rió—, Erika me ha dicho que ya puedes pasar a verles.

Cuando Kurt entró por la puerta de la habitación del hospital, yo cargaba a nuestro recién nacido bebé entre mis brazos. Le observaba con cariño como dormitaba y lo frágil que parecía.

—Cariño ¿cómo te encuentras? —asomó la cabeza por el enorme ramo de rosas blancas que traía.

—Oh Kurt estoy bien, pero ¿has acabado con todas las rosas de la floristería?

Nos reímos, las dejó en la mesita y se aproximó a nosotros. Sentándose al lado mío le entregue a su hijo con sumo cuidado.

- Es un niño precioso —se emocionó, conmoviéndome a mí también.
- Sí que lo es y se parece mucho a ti —sonreí.
- Te vamos a cuidar mucho, pequeño —le agarró de su manita.
- ¿Cómo se va a llamar? —preguntó Esther—. Tengo que registrarle.
- Nils —dijimos Kurt y yo a la vez.

Mi hermana Esther se hizo enfermera y Erika estudió medicina convirtiéndose en comadrona. Ella nos atendía en todos los partos, porque, nuestra familia fue en aumento. Erika se casó con Dylan y decía que no le apetecía tener hijos por el momento que ya tenía bastante con los nuestros. Mi hermana tuvo un varón más Jürgen. Alina sólo traía niñas al mundo, en concreto dos; Marie y Helen. Finalmente, yo, además de Nils di a luz a una niña llamada Sarah, como mi madre.

Papá nunca había estado más feliz, le encantaba estar rodeado de nietos. Siempre decía *ya puedo morirme en paz, he cumplido todo en esta vida*.

Yo también decidí estudiar en la universidad y me licencié en historia y bellas artes. Con el tiempo, me dieron una plaza para trabajar en un instituto dando clase. Allí estaba muy a gusto, desde el primer día tanto alumnos como profesorado me aceptaron y me fui ganando un puesto respetable. Me sentía útil y valorada. Kurt se incorporó al cuerpo de policía de la ciudad, en un principio no me gustó la idea pero tenía que dejarle hacer eso que hacía tan bien; proteger a las personas indefensas.

Alina y Nathan abrieron su propia peluquería, no sólo de hombres sino de mujeres también. Era un salón muy glamuroso, que pronto se nombraría en todo Nueva Jersey. La vida allí era muy distinta a la de Berlín. Las mujeres eran muy coquetas y les encantaba ir a la peluquería a hacerse la permanente. Ninguna salía de sus hogares sin maquillarse. Ése era el estilo de vida que me gustaba, libre y desenfrenado.

El tatuaje que nos hicieron en Dachau quedó atrás para dejar paso a uno nuevo. Alina y yo nos tatuamos encima la palabra *Freedom*, libertad en inglés.

Estábamos muy unidos, nos reuníamos casi siempre que podíamos y celebrábamos todas las fiestas juntos.

—Mamá, mamá –vinieron corriendo hacia mi Nils y Sarah.

Estaba sentada en el sofá, en mis pies dormían mis tres gatos y dejé de leer la revista de modas para saber porqué venían tan apresurados.

—¿Qué os pasa, niños?

—¿Es cierto que saltaste de un tren en marcha? –preguntó Nils.

—¿Quién os ha dicho eso?

—Ha sido papá –dijo la pequeña Sarah.

Kurt reposó su hombro en la entrada de la puerta con una media sonrisa.

—Bueno... sí, es cierto pero no iba a mucha velocidad.

—¿Y es verdad que papá os rescató de un lugar donde os tenían atrapados a ti y a los tíos? –cuestionó Nils.

—Sí, vuestro padre nos sacó de allí.

—¡Qué guay! –exclamó Sarah—, yo de mayor quiero ser policía como papá –le miró muy orgullosa. ¿Puedo mami, puedo?

—Claro que sí tesoro, tú serás lo que te propongas –le acaricié los cabellos oscuros.

—¿Y por qué os encerraron allí?

—Eso os lo explicaremos cuando seáis más mayores –dijo Kurt.

—¿Nos puedes contar de nuevo cómo conociste a mamá? –preguntó la pequeña a su padre.

—Sí, por supuesto –respondió acercándose a nosotros—, Fue un día en que vigilaba la zona de la plaza, cuando vivíamos en Berlín...

Ver a Kurt con nuestros hijos me causó una felicidad inminente. Oírle relatar la historia de nuestro amor me emocionaba, el tiempo pasaba muy rápido pero la llama que se prendió entre nosotros desde aquél día jamás se apagó y estaba segura que nunca lo haría.

—Niños –me aclaré la voz—, necesito hablar con papá un momento ¿podéis ir a jugar al jardín? Enseguida os alcanzo.

Los dos asintieron y se fueron para dejarnos a solas. Me levanté del sofá y cerré la puerta con sigilo. Detrás de mí Kurt me agarró de la cintura y me

susurró en el oído.

—¿Quieres que vayamos a por el tercero? —besó mi cuello.

—Kurt, que cosas dices... —reí.

—¿No te gustaría tener otro hijo?

—Todos los que vengan —dije mirándole de frente.

—Pues si quieres empezamos ahora mismo —bajó sus manos por mis caderas.

—¡Espera! No hace falta que lo intentemos.

—¿Cómo?

—Pues que ya viene en camino —me toqué el vientre—, otro encargo de la cigüeña.

—¡Estás embarazada!

Asentí sonriente.

—¡Eso es maravilloso! —me alzó en sus brazos.

\*\*\*

Después de cenar en casa de papá, todas las parejas dejamos a los niños a su cargo. Ellos le adoraban, les encantaba pasar las noches de verano en su casa. Hacían lo que querían, veían películas de dibujos, jugaban a juegos de mesa... Mi padre les contaba historias y ellos se asombraban y le miraban embobados. Les daba dulces a escondidas de nosotros y se divertían con él.

Fuimos a un bar musical, solíamos ir a menudo para distraernos. Los vestidos que llevábamos eran muy diferentes a la moda que se llevaba en Alemania. Eran con más vuelo y colorido. Las muchachas solían llevar pañuelos como diadema o lazos en la cabeza, los hombres mantenían el porte de caballeros con sus trajes impolutos.

Bailábamos al ritmo del swing y del rock and roll en la pista de baile. ¡Cómo me gustaba moverme con esa soltura! Lo mejor de todo es que Esther se animaba y ella también se adaptó a esa vida menos recatada.

Tomábamos unos refrescos en una mesa cuando Erika soltó de pronto;

—¡Esa no es Ella!

Todos nos giramos en la dirección que miraba y la vimos bailando muy apegada a un chico.

—¡La madre que...! —se levantó Alina asombrada—. ¡Ahora mismo le voy a decir cuatro cosas a esa muchachita!

—Espera —la paró Esther del brazo—, la avergonzarás delante de ese joven ¿ya no recuerdas cómo erais a su edad?

—Pero si apenas tiene dieciséis años —replicó.

—Déjala, Alina —dije—, déjala que disfrute de su juventud.

—Está bien...

—Además, yo ya tuve una charla muy pero que muy larga con ella sobre sexo —sorbí del vaso.

Nathan empezó a toser.

—Vamos Nathan no me mires así, ya no es una niña.

—Sí, los hijos crecen muy deprisa —comentó resignado.

—Hablando de eso, tenemos que daros una gran noticia —expuso Kurt.

Todos nos miraron expectantes.

—No será que... —dijo Esther.

No pudimos evitar sonreír de oreja a oreja.

—¿¡Estás embarazada!? —exclamó Erika.

—Sí, lo estoy.

Nos dieron la enhorabuena y se alegraron de aquella buena nueva. Alina y yo fuimos al servicio aprovechando que los demás volvieron a la pista.

—Iris, ¿te das cuenta de lo felices que somos ahora?

—Sí, es lo que nos merecemos ¿no crees?

—A veces recuerdo aquél día cuando me encontraste en Dachau y pienso ¿y si tú no hubieras estado allí? nada de esto estaría pasando ahora mismo.

—No debes atormentarte, las cosas suceden siempre por algo —puse una mano en su hombro—, la abuela siempre decía; niña, a las personas buenas también les ocurren cosas malas y...

—Y debemos aprender a superarlas —sonrió—, sí lo recuerdo muy bien.

—Vamos, salgamos fuera —la cogí de la mano—, la noche aún no ha acabado.

—¿Qué os parece si ese chico nos toma una fotografía a todos? —propuso Esther cuando llegamos nosotras.

—Claro, vayamos a preguntarle —se fue del brazo de Erika hasta donde estaba aquél hombre.

—Mi amor, ¿te encuentras bien? —preguntó Kurt.

—Sí, estoy perfectamente.

—Si estás muy cansada o mareada, lo que sea, nos vamos.

—¡No, ni lo sueñes! Me apetece mucho bailar.

De pronto sonó una balada, Kurt me agarró de la cintura y me pegó a él.

—Esto me recuerda a una noche muy especial... —murmuró en mi oído.

—¿Erika estaba de por medio?

—Ajá.

Reí.

—Yo también me he acordado de ese momento, señor Auttemberg —enarqué una ceja.

—Y, dígame señorita Gold —susurró—, ¿volvería a concederme ese baile?

—Sin lugar a dudas, sí.

—Te adoro, Iris —me besó—, tú y los niños sois mi vida.

—Yo también te amo, lo sabes bien.

—¿Mucho?

—Muchísimo, tanto que volvería a pasar por ese infierno sólo si al final de todo vuelves a estar tú.

—Oh, Iris...

—Es cierto, nunca te llegué a agradecer lo suficiente por haberte sacrificado por mí.

—Cuando se hacen las cosas por amor, nada es un sacrificio.

—¡Chicos, la foto! —nos dijo Alina.

Nos colocamos cada uno con nuestras parejas, con las personas que se habían ganado nuestro corazón y nuestra confianza. Sentía que la vida me había devuelto cada una de las cosas que me arrebató un día. Hice finalmente las paces con ella y la perdoné por las heridas que había dejado en mí. No podía ser más dichosa, tenía una vida plena. Rodeada de mis amigos y de mi familia. Llena de amor y de vida junto a Kurt. Miré por un momento a todos ellos. Sí. Eran tan felices como yo. Todos esbozaban una gran sonrisa que les salía desde dentro, una sonrisa que se quedaría inmortalizada para siempre en aquella fotografía para recordar lo bello que fue volver a vivir.